Mariquita León (1901)

José Nogales y Nogales

Sevilla
16 Mayo 1901.

MARIQUITA LEON

JOSÉ NOGALES Y NOGALES

MARIQUITA LEÓN

NOVELA ORIGINAL

ILUSTRACIONES DE DIÉGUEZ

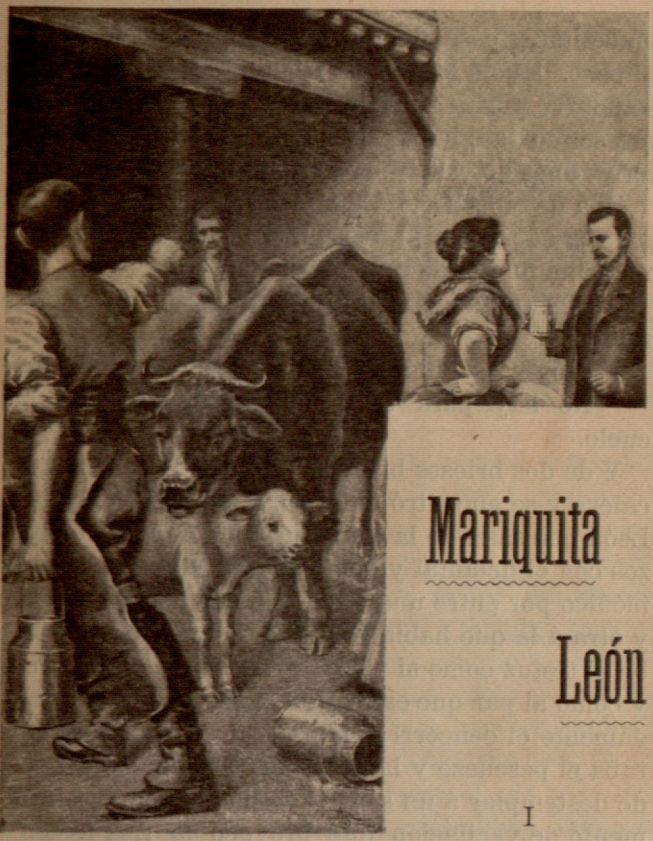


BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 Y 228

Buenos Ayres	México	Habana
MAUCCI HERMANOS	MAUCCI HERMANOS	J. LÓPEZ RODRÍGUEZ
Cuyo, 1070	Primera del Relox, 1	Obispo, 133 y 135

1901

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI



Mariquita León

I

SERÍAN como las siete de una hermosa mañanita de Mayo, cuando el médico don Jacinto entró en una de las mejores casas de Venusta. Pasó, dando con el bastón en el suelo y repitiendo «¿quién vive?» por el recibidor lleno de cromos,

macetitas y perendengues, y como nadie le saliera al paso, llegó á la galería frontera al corral y allí se detuvo mirando hacia la cocina, en la que lo menos se movían, haciendo que hace, seis ó siete mujeres, unas de casa y otras de la calle.

Una de ellas arrimóse á la escalera que desde la galería daba paso al corral, y gritó con más que mediana fuerza de pulmones:

—¡Mariquita... Mariquita! Aquí está el médico nuevo.

—¡Voy en seguida!

—No hay para qué molestarse, que allá me cuelo.

Y de dos briosos brincos bajó don Jacinto la escalera y se encontró en el corral. Vió á Mariquita León que salía de la quesería limpiándose los brazos con el delantal y como ella se detuvo, pasó el médico por entre una vaca que estaban ordeñando y otra á la que habían soltado el becerro y meneaba el testuz como si no le agradasen esas bromas; y como al par que esto hacía, zamarreaba endiabladamente el cencerro, mientras la compañera estiraba el pescuezo y largaba unos mugidos capaces de destemplar á un sordo, el médico tuvo un momento de vacilación que provocó la risa fresca y sincera de Mariquita.

—No tenga usted cuidado, ¡hombre de Dios, si no hacen nada!

Aunque le hubiesen hecho pedazos habría pasado don Jacinto, después de aquella risa y de aquella advertencia.

—Muy buenos días, Mariquita. A usted no le pre-

gunto por la salud, porque esa cara además de otras muchas cosas buenas está rebosando...

—A usted tampoco habrá que preguntarle; porque esas ganas de requiebro tan tempraneras, no son de estar malo. Le daré á usted su vasito de esa que están sacando y en seguida verá usted al niño. El alma mía no duerme bien; está endeblito... endeblito como su padre, que esté en gloria.

Y se fué para la quesería donde se la oyó mover vasos y coladores, en tanto que un jayán sonando los zahones lustrosos, llevaba para allá una vasija de hojalata con un gran colmo de espuma caliente, que casi humeaba.

Don Jacinto, como hombre de capital, sentía harta curiosidad por estas cosas. Aquel corralón húmedo con el vaho de las vacas y sus sanas evacuaciones; aquel otro olor de la quesería, acre, fuerte, que casi embriagaba; el blando mugir del ganado, el chupetón de los becerros que á topadas sacan el sustento de la ubre; aquella casa mitad tosca como establo, mitad refinada con un gusto chillón que atacaba los nervios; aquella rica hembra haciendo quesos por voluptuosidad, por capricho, por impulsos de una actividad casera desarrollada hasta desterrar el sueño sin malear una sola fibra, todo esto desplegándose bajo un sol de primavera que hacía brillar los ramos de lancetas verdes del único olivo del corral y el pelo lustroso de las vacas, parecíale al médico que era como una oleada de salud bucólica, que llevaba paz al ánimo y energías al cuerpo.

—Esta tiñe el vaso: parece manteca.

—A la salud de usted y que Dios se lo pague.

—¡Arriba con ella! Y que sirva de provecho según se da con voluntad.

—Gracias, Mariquita. Y el mèdico se limpió apresuradamente los bigotes, con un inconsciente deseo de no aparecer ridículo por un poco de espuma que quedóse en aquella rubia parte de su juventud.

En esto trajeron al niño recién despertado, ligeramente vestido y sin poder abrir los ojos á la luz intensa de la mañana.

Mariquita le llenó la cara de sonoros besos. La criatura refunfuñaba, pateaba, protestando de aquel brusco lanzamiento del lecho á la hora en que mejor dormía. Hubo que calmarle, reconciliarle con el día enseñándole los becerros, llevándole á que los tentase. ¡Cuán poco prometían aquellos seis años de linfatismo, engendrados por un tuberculoso que en su afán de paternidad, dejaba en el mundo la huella morbosa, la estela triste de sus propios su frimientos!

—¿Verdad que no hay cuidado, don Jacinto? ¡Si supiera usted! Este hijito me quita la vida.

—Vamos; la cosa no es para tanto. Tónicos, tónicos. Hay que hacer sangre...

—Es que yo... tengo una espina aquí... que me pincha. Su padre, tísico pasado y ya en las últimas ¡qué sé yo! parece que á las personas se las quiere más cuando van á morir..

Y una súbita amargura, algo como un tardío reproche de la conciencia, tiñó de blanco la hermosa cara de la rica-hembra. Después, como alejando de un vuelo aquella idea que la hacía sufrir, se encaró

con el médico que miraba atentamente la faena de los gañanes y con sonrisa algo dudosa le dijo:

—Es bueno que aprenda usted, porque en la «casa de la olla» hay mucha labor.

—¿Qué dice usted, Mariquita?

—¡Cómo nos gusta que nos repitan lo bueno! ¡Si lo saben hasta los perros!...

—Le aseguro á usted que el pueblo anda muy por delante de mi intención.

—Yo, francamente, me alegraría por dos cosas: porque al fin se quedaría usted entre nosotros y porque se llevaría usted lo mejor, lo único bueno de la casta esa.

—Ahora tiene usted la culpa de que yo afloje un poco las riendas á la curiosidad. Dígame, por Dios, qué es eso de la «Olla» condenada, que estoy oyendo siempre y nadie me explica.

—¡Voy tío Francisco!... Me llama el quesero. Algo que hace falta. ¡Jesús, qué vida la mía! Conque, don Jacinto, me alegro de su contento, y lo dicho.

—Adios, Mariquita. El niño, ya sabe: abrigadito.

Marchóse el médico y Mariquita León entró otra vez en la quesería donde el tío Francisco con los zahones puestos y los brazos negros y lustrosos, desnudos desde el codo, aplastaba y daba vueltas á la masa blanca ceñida por el aro. Del canalón de madera, algo inclinado, chorreaba el suero: muchas colodras contenían, unas, la leche de oveja, otras el requesón que estaba haciéndose, y todo aquello olía á cuajo, á suero, á espuma... y aquel olor mareaba.

El niñito lo miraba todo con una curiosidad fría y

paciente: sus ojos algo cenizosos, tenían una seriedad impropia... Mariquita le cogió otra vez, le chilló, le besó en uno de esos arrebatos que repentinamente le entraban.

—¿Te gusta ver hacer eso, mi alma? ¿Tú quieres mucho á tu madre, mi vida? Tío Francisco, hágale usted un quesito chico á mi niño. ¡Ay qué rico! ¡Si parece un hombre, Dios mío!

Después le dejó sentado en una silla basta enfrente del trabajador, y se puso á trastear por todo el cuarto con una agilidad de hormiga casera que está en todo y para todo sirve.

—De modo y manera,—rompió diciendo el tío Francisco, como siguiendo el hilo de una conversación interrumpida,—que yo se lo dije al amo. Yo, aonde como el pan más veces al año y jallo calor siempre. Eso será singún, me dijo. No hay singún que valga, le dije; y desde ahora mesmo estamos al otro lao. Demasiao sabes, —le seguí diciendo,—que soy hombre parcial y agradecío. Se puso hecho un alacrán y escupiendo venenos. Paece que estos probes que se güelven ricos de sopetón porque apañan un tesoro ó limpian al prójimo singún pueden, les entra talmente una carga de jumos que á naide miran.

—¿Y á usted, qué? ¿Ha necesitado usted nunca de esa «olla» para comer, tío Francisco? Usted se fué allá porque quiso.

—Cállate y no me lo arrefregues más, porque demasiao sabes que las mujeres piden alcalde de palo y la mía es de esas. ¿Qué quiéres? Se amontonó

con lo de la quinta del hijo, y como el bicho es alcalde, pallá nos fuimos, y aluego ni libre ni ná.

—Si; pero quería el voto.

—¡Miá tú que dárselo yo! Anque á tí no te hiciera falta. No sé pa qué á los probes nos dan eso. Pa disgustos.

—Tío Francisco, ¿ha visto usted esas hijas de Larán larán, cómo se han puesto?

—Argullo.

—¡Y el pedazo de alcornoque con esa vara haciendo perjuicios á todo el mundo!

—Argullo. No hay más que argullo en esa casa de la «olla» que recomía de gusarapos habemos de ver, si comprenden las maldiciones. Con Berrinches tiene bastante pa que se la coman.

—No me hable usted de ese perdido. Borrachera, escándalo, fachenda y nada entre dos platos.

—¿Qué sabes tú? Cuando á un pino le entra gusanera, allí está el gusano roe que roe... la gente se ríe del bicho, ¡buena diferiencia! pero tiempo al tiempo, el gusano seca el pino y el viento lo tumba ó el rayo lo enciende como yesca...

—¡Ay! ¡qué cabeza la mía! Vamos, mi alma: á tomar la papa.

Y se fué jugando con el niño, con mimos y risas que parecían cantos de alondra.

Ya dentro de la casa comenzó á dar gritos. ¡Qué gandulería de mujeres! A ver, ¿dónde está el saco de pan de los pastores, que vendrán por él? ¿Quién midió el aceite? A ¡que los azufradores no se llevaron el cántaro... ¿Vino el de la carga de queso? ¿Sacó mi hermano el trigo? ¡Jesús! abrid esas puertas

que se ventile la casa ¿vamos á hundirnos en basura?

Y con su voz, parecía entrar su alma en la casa: aquella pandilla ociosa de mujeres que chismorreaban en la cocina, recobró súbita actividad, y como hormigas silenciosas, dirigidas por la mandona del hormiguero, comenzaron á traginar, á ir y venir, á trabajar de firme en aquella casota de labor, de la que graneros, establos, bodegas, tinajerío, pajares y dependencias, consumían las tres partes y media del solar y el resto quedaba destinado á habitación y aún sobraba bastante.

Mariquita León continuó su faena, que era rudísima. Mandar, dirigir, salvar dificultades, dar á cuenta de jornales lo que venían pidiendo, vender, comprar, pesar, medir, llevar sus cuentas, estudiar negocios, atar tantos cabos y saber atarlos con precisión; vigilarlo todo, derramar en todas partes su actividad incansable... y por la noche, recibir á la gente, acomodar el ganado, oir la relación de la faena hecha y disponer la del otro día; reñir, aconsejar, pagar, apuntar, proveer. Más tarde, cuidar de que los piensos se den á sus horas, de que los mastines se suelten, de que los pajares se recorran para evitar incendios... ser un centinela de lo suyo. Más tarde aún, sentarse junto á la cama del niño, verlo dormir, oir su respiración, volverlo, besarlo, mientras masculla alguna oración dando cabezadas y pensando en el campo, en los negocios, en la ruín política del pueblo: acostarse luego por pura fórmula, *descabezar* un poco el sueño, y á la madrugada otra vez en pie, á despertar á la gente, á

disponer la salida de los trabajadores, á recibir el ganado y los cántaros de leche, á cuidar de todo, á trabajar ella misma para ahuyentar la pereza. Y esto un día, y otro y siempre.

Casada á los veinte y cuatro años con un hombre de bien, acaudalado y enfermo, tuvo que ser ella el hombre de la casa. Aquel pobre tísico tenía horror á la muerte y suspiraba por una descendencia, como si en eso vislumbrase un átomo de vida. La familia de Mariquita, más pobre que las ratas, no cesaba de repetir en sus oidos como una fórmula jurídica aquella tenaz exclamación: «¡Un hijo; si tuvieras un hijo! ¡Esos bienes que se los llevará cualquiera!...»

Y uniéndose en una misma y angustiosa aspiración los clamores del tísico que se moría á pedazos y los de aquella pobretería que le plagueaba un hijo, como una limosna por amor de Dios, vino al mundo aquel pobrecito niño pálido y endeblito, á quien apenas pudo besar con ansias de agonizante el triste padre. De ahí esa espina «que le punzaba». ¿Acaso, contaminada de aquel egoismo de los suyos, prestóse con todo su sér á la realización de aquel enfermizo deseo, por el que otro sér humano sería sacrificado en la bárbara lucha del interés?

¿Por qué poseía ella todos aquellos bienes? Por aquel niño doliente, triste como si oyese voces misteriosas que le llamaban desde allá muy lejos... y con una especie de templada desesperación disciplinó su espíritu, aplicando la vida por entero á dos cosas: la salud del niño y el aumento de su caudal.

Para con los suyos se volvió huraña, tiránica,

con un rencor oculto que nadie podía entender. Cada vez que el niño caía en una de esas sigilosas crisis de los linfáticos, Mariquita León creía escuchar aquel coro de voces interesadas; «¡Un hijo! ¡Si tuvieras un hijo!» y sus hermanos, todos sus parientes, pobres, egoistas, secos de alma como espartos, pagaban aquellas congojas de la maternidad. ¡Como si ellos solos tuvieran la culpa de tan gran dolor!

Pretendientes no le faltaron á Mariquita, pero ¡arre allá! ¡En eso estaba pensando! Y en verdad que, capital á un lado, no era saco de paja. Tenía el tipo clásico de la matrona. Alta, «metida en carnes», de rostro moreno claro, en que el color subía y bajaba sinceramente á compás de todas las impresiones: el cabello negro azulado, cayendo en bandas sobre la frente: los ojos negros tambien y grandes, llameando siempre como cargados de un fluído luminoso: la boca incomparable, y en la barba un hoyuelo que era una tentación. Faltábale solo una muela, la primera de arriba, al lado derecho, y cuando reía, aquel agujerito negro y aquel hoyuelo claro de la barba, no sé qué combinación hacían, que era un encanto. Los brazos eran de estatua, ¡qué brazos! y de toda ella salía un olor de limpieza, como de fruta en sazón, azucarada, madura, que embriagaba sin artificio alguno.

Su amplia labor que exigía el concurso de muchos brazos, su disposición servicial que la inclinaba á hacer favores sin usuras, en asuntos de dinero, en los que se cuidaba más de las garantías que de la ganancia; el amparo material con que sujetaba á

los suyos en todas las ramificaciones de la familia, dábanle un influjo político que ella utilizaba para defender su casa y mantener un simpático cacicato frente al odioso poder del cazurro y siniestro don José el de las brevas, cacique de verdad, que no pudiendo vencer nunca á Mariquita llamábala con fingido desdén la Buscavotos y Buscaruidos, sin perjuicio de doblar el espinazo y pedirla auxilio cada y cuando así le convenía.

En el gobierno civil y demás *círculos políticos* de la provincia, corría una verdadera leyenda. Quién se imaginaba á Mariquita León como una amazona bravía, de cascos alegres, metida en esos caldos por estímulos hombrunos. Quién se la pintaba como una pedantona rural, «leída y escribida», dada á la política por puro y empachoso *sport*... Nadie daba en lo cierto.

Pero es el caso que todos los candidatos que iban al distrito para formar la urdimbre electoral, habían de visitarla y para todos los enjuagues tenían que contar con ella.

—¡Qué asco me dá de estas cosas! Pero, ¿qué se habían figurado? ¿Porque soy mujer me va á arrollar ese tío Brevas y su pandilla? ¡Las tengo muy bien puestas!

¡Brevas! ¡Qué historia más negra la de ese alias! Durante muchos años, un buen par de zorros, el cacique ese y el «Sacristán», usureros finísimos, fueron chupándose todas las gangas de la comarca. Despojaron á Oblita, un pobre pueblo que agonizaba allá abajo tumbado al sol, entre ilusiones hidalgas y miserias reales: arruinaron á muchos de Ve-

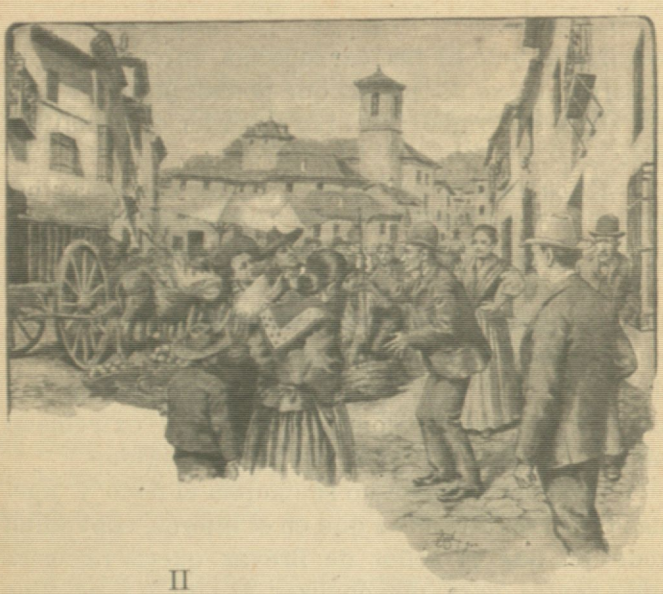
nusta y sus cercanías, y cuando madura ya, estaba para caer alguna fortunita, todos decían: ¡qué breva! Esta, para don José. El Sacristán las coje más verdes.

Aquellos ricos nuevos, aquella turba de gente lista, trabajadora, afanosa por adquirir, que iban haciendo de la antigua aldea la esponja de todos los bienes comarcanos, uníanse cada vez más en odio á Mariquita, envidiosos de aquella mujer que acrecentaba el caudal y con él su influencia sin tener que apelar á la rebaja de los jornales, al acaparamiento de las especies, á la vil usura, al concierto del capital para acogotar al trabajo... y que era un vivo y no muy silencioso reproche de todas sus ilícitas empresas.

—¡Mejor!—decía ella.—Que se unan todos. A menos parte tocan. Cada uno lo quiere todo para sí, y por eso riñen. Mientras más se junten, mejor los venzo. ¡Como si no los conociera!

Y era la pura verdad. Brevas, antes tan acaparador y egoista, tuvo que *descentralizar* para dar abasto á los que llegaban. Unos con los otros reñían ahora disputándose los puestos y las prebendas y en medio de esa lucha intestina, Mariquita se imponía en todas las ocasiones, con su hueste compacta, vigorizada como por una especie de religión.

Era la señora de Venusta, sin que pretendiera hacer alarde del señorío.



II

Al salir de casa de Mariquita León, dirigióse el médico á la plaza. Allí encontró al alcalde Larán larán, su presunto suegro según daba en decir la gente, que estaba disputando con unos vendedores de hortalizas, que habían invadido el paseillo: porque ya se sabe; entre los de Venusta, el principio de autoridad tiene que manifestarse entre voces y dicharachos.

Tambien andaba por allí el gran zorro del cacique Brevas, conocido en el mundo oficial por don José Miguel de los Santos Cárdenas, muy cuidadoso de que se guardase orden y como siempre, censurando que los trabajadores, agrupados allá en la

esquina al lado de las carnecerías, entrasen en la taberna donde lo menos que podían hacer en contra suya, era emborracharse y perder el jornal del día.

—Estos brutos no saben más que dos cosas: beber, y pedir aumento de jornales. No sé donde vamos á parar... Venusta no puede con los vicios.

Y enjaretaba el sermón de siempre, el de todos los días, sobre la moralidad, sobre la quietud y economía, bases de la prosperidad de los pueblos.—«El diablo harto de carne se metió á fraile:» solían decir sus convecinos comentando aquel extremado afán moralizador que Brevas «había cogido.»

Y como en Venusta no se chupan el dedo y apenas creen en otra cosa que en el interés, convenían todos en que el señor de Brevas quería hacerlos unos santos para monopolizar el pillaje y ampliar sus negocios. ¡Eche usted guindas á la tarasca!

Larán-larán cuando vió al médico dejó á los vendedores que, serones á cuestas, estaban mudando el rancho, y trabando conversación sobre la enfermedad de su hija Mercedes, que por ser la menor era la que más quería, empeñóse al fin en convidarle y así no hubo más remedio que hacer un alto en la visita y entrar en el casino.

El resto de buen gusto que como á hombre de capital quedaba á don Jacinto, se le sublevaba bruscamente cada vez que ponía el pié en aquella casa. Los azulejos más chillones, las pinturas más horribles, los colgajos de tela más ofensivos á la vista, un conjunto *macabro* digno del alto Congo. El casino no era más que un salón en el piso bajo, con un

corralete detrás y en él una cocinilla. Una escalera de hierro en forma de tirabuzón comunicaba con el salón alto en que jugaban al billar y á «otras cosas.»

Abajo, tres ó cuatro espejos grandes proporcionaban á los venustenses la rara ocasión de mirarse de cuerpo entero. En el fondo había un piano y encima de él, mal dibujada al carbón, una tremenda Osa limpiándose las lágrimas con un pañuelo; caricatura alusiva á cierta ceremonia funeral de los de Oblita. El resto de las paredes lo llenaban carteles de toros, anuncios de ferias y veladas, de toda suerte de festejos de que hubo inusitada abundancia en aquel año de guerras y desdichas que nos dejaron por puertas.

En el casino había un conserje que él mismo servía, en mangas de camisa las más veces, tuteaba á los sócios y se entremetía en las conversaciones. Tambien solía desvergonzarse con los deudores cuando llegaba el caso.—¡Estos tales y cuales! y sacaba á relucir, con la colilla en la boca, la historia de los linajes y la crónica negra de la politiquilla local. Era temible.

Sentáronse Larán-larán y el médico á los lados de una mesilla y tuvieron que aguardar que Currito el conserje acabase de relatar á ocho ó diez sócios que tomaban copas en torno de una mesa grande y redonda, la compra de un caballo que había hecho el yerno de Brevas.

Le habían engañado miserablemente. El caballo tenía esto y lo otro y lo de más allá. ¡Una desdicha! ¡A buenas manos iría á parar el dinero de Brevas!

Siempre se dijo que aquel forastero sería la ruina de la casa. ¡Cómo han de tener los forasteros el golpe de vista comercial de los hijos del pueblo! Y miraban á Larán-larán y al médico como diciéndoles: «chúpate esa.»

Tan claro fué el tema, que don Jacinto se puso colorado; y eso que aún no había nada, nada más que un poco de inclinación por ningún modo confesada. Larán-larán siguió inperturbable.

—Vamos, ¿viene eso, Currito? O nos iremos si te parece.

—Voy. Y sacó los fósforos y encendió la rebelde colilla y fuese para el corral á ver el perdigón que «tomaba tierra» y por último entró en la cocina de la que salió con el café. ¡Qué democracia! —decía el médico para sí. —Aquí todos son iguales:—¡ninguno tiene educación!

Y mientras los unos seguían hablando del caballo, los otros de la carestía de jornales y de la labor en las viñas, Currito de la cacería que iba á emprender furtivamente al coto de los Rodriguez, y algunos disputaban sobre los terrenos que ofrecen mejor garantía hipotecaria, don Jacinto miraba aquella plaza de pueblo, fea, chica, con unas pretensiones ridículas de capitalidad, merced á los altos asientos de ladrillo que dejaban con los pies colgando á los que en ellos descansan, y á la media docena de acacias entecas por falta de riego, que entonces brotaban como haciendo un esfuerzo supremo... y pensaba en cosas más altas, en el país, en la guerra, en la situación de la pobre España, ¡en tonterías! como le hubiesen dicho aquellos del

caballo y la cacería y las garantías hipotecarias.

¿Qué pueblo es este? se decía don Jacinto, oyendo á todos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, apurar la misma nota; el negocio, la ganancia, el interés en todas sus formas. Parecía que los chiquillos lo mamaban y así la juventud era experta pero descreída, ignorantísima en todo lo que no fuera ganar dinero según los principios aprendidos por contínua observación más ó menos inconsciente.

El mismo Larán-larán creía prestar al médico un servicio digno de gratitud, por ser tan fuera de su costumbre, con aquel convite á la taza de café y la copa de aguardiente. Otra de las cosas que á don Jacinto repugnaban era la absoluta falta de caridad social que en todos observaba.

¿Tenía uno un flaco, un recuerdo penoso, un defecto físico? Pues allí daban una y otra vez convirtiendo la molestia ajena en goce propio. De estos rozamientos que la continuidad hacía irresistibles, nacían odios que no se acababan. Qué, ¿los hombres han venido al mundo para morderse? se preguntaba el médico acostumbrado á esa más cómoda amplitud moral de las poblaciones grandes.

Un alguacil trajo el correo y el alcalde empezó á romper sobres de oficios, y á leer con unas gafas puestas, lentamente, como quien deletrea para sí.—Llama al secretario.

—Enseguida. ¿Sabes á que hora se fué del casino, Currito?—Dijo el alguacil.

—A las cinco y media;—respondió el aludido.—Perdió treinta duros al golfo y se fué con una zan-

garriana que lo menos en tres días no da remor de sí.

—Hum... larán larán... ¡por vida de!... se lo tengo dicho á Brevas. Este hombre es un perdido que nos vá á comprometer. Cuando no está preso, lo andan buscando. Toma una copa.—Le dijo al poco respetuoso alguacil.

—Venga. De champurrao, ¿sabes?

—¿No lo he de saber? ¿Ibas á variar porque ahora eres cosa de justicia? Así anda la justicia.

Todos rieron la ocurrencia de Currito. Don Jacinto había cogido un periódico y andaba engolfado leyendo partes, artículos y comentarios.

—¡Esto es grave, señores, oígan ustedes! ¡He aquí la lista verdadera de los buques yanquis, y lo que dice este diario que no se muerde la lengua. ¡Vamos á la ruina más espantosa, nos quedamos al amparo de Dios!

—¡Qué cosas tiene este médico! A la ruina, con tan buenas cosechas á la vista... ¿Qué tenemos que ver con listas ni buques ni zarandajas? En todas partes no hay más que negocios. ¡Bueno fuera! Y como don Jacinto se pusiera harto pesado con eso del patriotismo y la historia y la dignidad nacional, comenzaron á desfilar y le dejaron solo.

—¡Mal camino!—iban diciendo.—Lo que es por ese no llegarás tú al fondo de la *olla*.

—¿Quién sabe?— dijo un jovenzuelo. Quizá la atrape. El dinero del sacristán...

—¿Qué tienes tú que decir del Sacristán? ¿Tu abuelo no fué *monacillo*?

—Ah, es verdad; cállate so bruto. No hablaba yo

de tu tío; lo que digo esque lo que vino cantando debe irse bailando. Y quizá este tonto...

—Ahora he caido: y ojalay que lo estripe.

—Mira lo que pasó á Brevas con la niña.

—Y ¡qué podía hacer el hombre! Antonia se emperró por aquel «marsellés» con botones de plata... ¿las mujeres saben lo que les conviene?

—Anda, que buena mano tiene para comprar caballos ¡seis mil reales por un penco!

Solos ya en el casino Larán-larán, don Jacinto y el conserje, continuó el segundo su interrumpida peroración.

—Hum, el gobernador aprieta para que mandemos dinero. ¡Cualquier cosa!

—¿La guardia anda muy salía, por lo de ahora? —preguntó Currito al alcalde, en su constante preocupación de cazador que prepara una jugada.

Y con estas interrupciones don Jacinto dió fin á su patriótico discurso, un tanto amoscado por aquella indiferencia de los oyentes.

—¿Usted se queda? Tengo que ir al Ayuntamiento.

—Sí. Voy á seguir la visita.

—Pues hasta luego... Y que vea usted á Mercedes.

Pero en vez de continuar visitando, don Jacinto se quedó en el casino. Aquel Currito hablador, desvergonzado y conocedor de todo el mundo ¿no podría ponerle en autos de muchas cosas que le interesaban? A la ocasión hay que cojerla por el único pelo libre.

—Currito, ¿tomamos unas copas?
—Como usted guste.
—¿Aquí, ó allá?
—En donde mejor le parezca.
—Pues vamos allá y veremos el perdigón.
—¿Es usted aficionado?
—Algo.
—Me alegro.—Te veo de venir. Este perdigón si que es nuevo: de la última cría.

Y allá hacia el corral se fueron entrambos cazadores, dispuestos á no volver sin cobrar pieza.



III

Por lo que toca á Larán-larán, el apodo se lo debe al estribillo. Para ese don Aulerio Rabí, todo es larán larán. No hay nadie que administre mejor una muletilla. Tanto, que con su larán larán lo hicieron Alcalde. Por encima, ya lo conoce usted. Rico, mísere, y sin más afecto que al tanto más cuanto. Dicen que á la hija, la que usted sabe, la quiere casi tanto como á los intereses: pero yo no lo creo, porque es un reo de consideración. Lo mismo que Brevas, otro reo de consideración. Y si le voy rezando el padrón, no oirá usted otra cosa.

Atento á lo que usted me ha preguntado de la

«casa de la Olla», es raro que no lo sepa, cuando aquí no hay perro ni gato que no lo sepa y lo tenga hasta olvidado. Pero cómo quien pregunta saber quiere, y no hay agua que no vaya al molino si tiene la zanja abierta, se lo contaré en dos por tres y saldrá usted de apuros.

Y aquí se paró Currito, acarició al perdigón que daba saltos en su estrecha cárcel, y á título de presunto aficionado, dijo al médico, que era todo oídos:

—Eh ¿qué tal? ¡Si viera usted como piñonea!...

—Pues verá usted: hace muchos años,—yo era un chiquillo,—al señor Aulerio, todavía no le decían Larán-larán; era un trabajador como esos que usted ve por las esquinas. El y otro hermano que valía más, ¡buena diferiencia! mantenían á la madre, una vieja muy malita que tiraba siempre por Aulerio; al otro, que lo partiese un rayo. Vivían en la misma casa que hoy vive el tal, es decir en el mismo sitio, porque lo que es la casa... En la de al lao, la que tiene la virgencilla en el zaguán, vivía el cura Coscales, un chopo con sotana, ¡parece que lo estoy viendo! que había sido fraile y se trajo del convento la mar de dinerales y de plata labrá pa que el gobierno de entonces no lo apañase: porque parece que tós los gobiernos son iguales. Total, que el Aulerio andaba siempre venteando y la madre idem, hasta que llegó el día en que se dijo que si venía Prim con una partía pa Portugal y que otras partías andaban cerca y que se iba á armar la gorda, y mi cura Coscales se aturrulló, se zurró de miedo, y una noche, ayudándole la vieja matusalona que tenía en casa, fué á la bodega soterránea, hizo

un hoyo, metió la plata y en una olla grande las peluconas, y aparte lo demás que había, y encima hizo un poyete de material en que asentó dos pipas de vinagre, que ni Dios sabe cómo pudo valerse para montarlas él solo.

No se le escapó á la otra vieja el teje maneje y avisó á su hijo. Daba la causalidá que la bodega caía pared por medio, y como la casa de Larán larán está más baja, el poyete preñado venía mismamente detrás de la chimenea de la cocina. Apercibío por la madre, Aulerio echó fuera al hermano la noche en que hicieron el negocio. ¡Una vieja y un avariento! Lo mismo que en la casa de al lao cuando escondieron el gato. Rasca que rasca y la vieja alumbrando, llegaron á lo vivo, y sin tocarle al poyo le sacaron los tuétanos. Tapiaron el bujero, encendieron candela, y como si ná.

—Bueno; y eso ¿quién lo ha visto? ¿Quién lo ha dicho?—saltó el médico sin poder contenerse.

—Poquito á poco hilaba la vieja el copo, que hay más días que longanizas; punto en boca y vamos andando, que tóo parecerá. Como el dinero y el cariño no pueden estar escondíos, comenzó Aulerio á echar fantesías y á gastar dinero. El hermano se cabreó y quíso tomar parte en la función. ¡El trabajar, mientras los otros jolgaban horros y alegres! Y aquí principió la bronca. La madre se puso al lao y de parte de Berrinches, el otro hermano, y quería que se partiese entre los tres. ¡A buena parte! Y sobre si era si no era, cada noche se armaba á la sordina un escándalo que se jundía la casa.

Pa remate de cuentas: que Aulerio se amontonó un día y echó á la calle á la madre y al hermano. Al principio no hicieron ná; pero cuando vieron que compraba fincas y prestaba dineros como un ministro, la vieja se volvió una víbora y el hermano no digo qué. Ambos á dos venían de noche á la puerta de la casa y se hartaban de decirle: «¡Anda, so ladrón, suelta lo que no es tuyo! ¡Parte la olla... la olla siquiera!...

. Con estos escándalos y la fachenda de Aulerio, el cura Coscales principió á escamarse y á tener reconcomios y no paró hasta quitar las botas, deshacer el poyo y registrar el nido.—¡Ladrones, ladrones! fué lo primero que dijo, y como no quería declarar lo que habían robado, porqne por el hilo no se sacase el ovillo, le dió una pataleta y al salir de ella la tomó con la vieja que le ayudaba, y á pocos estrujones más, la estrangula.

El lío que se armó fué de ole. El cura dió en no comer, en no dormir y se puso de remate. Y lo bueno es que cada vez que oía á la otra vieja y á Berrinches decirle al prójimo: «¡parte la olla, la olla siquiera!» salía Coscales maullando como un gato por encima de las tapias: «¡la olla... dame la olla... la olla siquiera, y quédate con lo otro!» ¿Qué tal sería la ollita, eh?

—¡Caramba! ¿Sabe usted que la historia interesa?

—El cura se volvió loco y se lo llevaron á Sevilla; la vieja que le servía se murió del susto. La madre del tal, comenzó á cantar más que un jilguero... echó mano la justicia y en esto vino la revolución. Aulerio se hizo predicaor, se llevó á la pobrea

por delante y la justicia tuvo que echar tierra... ¡las cosas del mundo!

La madre se murió rabiá con to eso y hasta la enterraron de caridá. Berrinches se casó y tuvo ese lárgalo que anda por ahí emborrachándose y dando que hacer al tío. Aulerio también se casó, tuvo esas hijas, compró la casa, la hizo nueva, fué alcalde y vive como un príncipe. Y colorín colorao... ¡Paca! el almuerzo.

Y aquel otro príncipe reinante, dejó al médico y entró en la cocina á buscar el pan de cada día que ya le tenía preparado su robusta cónyuge, la hermosa Paca, que no era el menor atractivo del casino.

—¡Confíe usted en las gentes! ¡Fíese usted de los pueblos! Pero ¿eso no será una infamia, una calumnia rodadiza, acaso una exageración burda del *se dice*, una leyenda estúpida de esas que clavan como en la cruz á una familia? Larán larán es rico, es alcalde, tienen donde morder y muerden. Esto es lógico dentro de esta espantosa lógica de que nos servimos en el mundo... ¡Qué candidez la suya! ¡Cómo se reiría de él aquel Currito infame que cuenta esas patrañas de folletín con la mayor seriedad posible, con una crudeza que hace daño!

Y enteramente desimpresionado, burlándose del cuento, entró don Jacinto en la «casa de la Olla». Grande era y cómoda y alegre como ninguna en Venusta. Por la amplia galería de cristales que se abría sobre el corral, entraba el sol á oleadas que llenaban la casa. En toda ella se respiraba bienes

tar, tranquilidad, solidez. Ni un solo átomo trágico se agitaba allí, denunciando horrores.

Como en la vivienda de Mariquita León, había en ésta mucho cromo chillón, mucho lujo aparente dispuesto por manos sin gusto. Pero á través de esas muñequerías femeninas, aparecía y se asomaba siempre la casa de labor, la vivienda del rico llena de tragín y henchida de abundancia como el cuerno mitológico.

—¡Que me vengan á repetir aquí esos disparates! —decía para sí el médico, mientras sentado ya, contemplaba á Mercedes Rabí, que le sonreía envuelta en una atmósfera de átomos de oro.

—No, no estoy mejor. ¡Si usted supiera! Apenas duermo y tengo más sobresaltos... Andar por un espacio grande, como el corral, imposible: se vacía la cabeza, se duermen las manos... estoy hecha una maula, don Jacinto. Y luego, ¡qué humor! Yo misma no puedo sufrirme. No sé como me sufren.

—No le haga usted caso:—dijo la hermana mayor, una chicarrona que estaba para casarse.—Se empeña en que tiene algo, y lo va á conseguir. Dígaselo usted, porque á mí no me cree.

El médico sonrió y poniendo en sus palabras el mejor tono de convicción que supo, dijo á la enferma:

—Su hermana tiene razón: créala y créame usted. Esa voluntad... ¡querer es poder! Usted no tiene nada.

—Porque ustedes no lo ven... ¡Porque no pueden verlo!—exclamó Mercedes con una energía desgarradora.

—¡Hola, hola! ¡Conque tiene usted sus cositas guardadas y no se las dice á nadie! Miren la enferma... pues hija, al médico y al confesor...

—Mis cosas son para el confesor: al médico no le interesan.

—¡Miel sobre hojuelas! ¿Conque al médico no le interesan las cosas de usted? ¡Más de lo que usted se imagina!

Y sin quererlo, puso tal timbre de pasión en estas palabras, que Mercedes sintió como un largo escalofrío que le sacudió los nervios.

Quedáronse solos en aquella galería llena de sol, en la que cantaban dos canarios, y entrambos, médico y enferma, se miraron largamente en silencio, como si cada uno de ellos buscase en el fondo de los ojos del otro alguna cosa llena de angustia. Luego, Mercedes cerró los suyos y se quedó inmóvil, oyendo los canarios que cantaban.

El médico sintió una punzada muy fría que le entraba muy hondo: tuvo en aquel momento la revelación clara y completa de que era verdad que la quería, y esta revelación la tenía precisamente cuando se alzaban misterios en el alma de aquella mujer. ¿Habría llegado tarde? Y á este solo pensamiento don Jacinto sintió una amargura intensa, que difundió por todo su rostro una dolorida espresión.

—¿Conque tiene usted cosas que no las dice? Dígalas por Dios... ya usted ve, soy el médico. Acaso sirvan para curarla mejor, más pronto...

Mercedes dijo que no, con la cabeza, con un movimiento tardo, como si al negarse se le fuera la

vida. Estaba en una de esas crisis de mujer en que no se puede hablar, porque tras la primera palabra rompe el llanto como un torrente que se desborda.

—Como usted quiera. Lo siento por lo que le he dicho. No es curiosidad... aunque lo fuese; la curiosidad del médico es legítima. ¡Vale tanto conocer la parte moral! A veces eso que parece enfermedad se origina de un pesar, de un afecto hondo contrariado.

—No, no, no,—dijo Mercedes moviendo la cabeza.

—De algunos amorcillos que empiezan y traen nubes de apariencia obscura...

—No, no, no.

¡Qué alegría para el médico! No pudo ocultarla, y al verlo así, radiante, como hombre al que lo salvan de una desventura, Mercedes sintió una ternura inmensa, mezcla de amor, de satisfacción, de agradecimiento... ¿Por qué había de ocultarle nada á aquel hombre tan bueno?

—Se lo diré todo, ¡todo!—Y luego, como arrepentida, añadió muy bajito, inclinando su cabeza hacia el médico,—todo nō, ¡algo!

—Lo que usted quiera.

—Antes de que viniera usted, un día...—porque yo quiero mucho á mi padre, mucho, muchísimo. ¡Es tan bueno! Padres buenos habrá; pero como él... —Estaba yo sola en casa, alegre, saludable, ¿ve usted mis hermanas? pues lo mismo; cuando ví entrar á un hombre... á un hombre no; á una fiera que venía á matarlo. No estaba mi padre y yo lo que quería es que Berrinches no saliera, ya que había

entrado. Venía algo borracho, con un cuchillo largo con que amenazaba. ¡Susto más grande! No sé como me valí para aquietarlo, para desarmarlo... la fiera se humanizó, me contó cosas... ¡qué horror! No había comido no sé en cuántas horas... y lloramos juntos, desesperadamente, ¡cuántas amarguras, Dios mío! Ese infeliz tiene mi sangre... le hice que prometiera no hacer daño á mi padre, nunca, ¡nunca! mientras le socorra y le ampare... y le socorro sin que nadie se entere, por amor á mi padre... ¡y porque es justo!

Mercedes inclinó la cabeza como abrumada.

—Desde aquel día estoy así... mala, triste, llena de rarezas, pero guardando el secreto. Eso sí: no se lo he dicho más que al médico, ¿qué médico? al amigo. Esto es mejor y casi alivia. ¿Hice bien?

—Mercedes, yo creo que usted no puede hacer nada malo... Y le retumbaban en los oídos las palabras de Mariquita León: «Se lleva usted lo mejor, lo único bueno de la casta esa». Pero ¡qué abismo! La espantosa historia era verdad... y seguía haciendo víctimas. Primero, el cura despojado, muriendo en una casa de locos: luego, la vieja sirviente, realmente asesinada... más tarde, la madre cómplice enterrada de caridad y ahora, ese Berrinches desesperado, esta Mercedes muriéndose de pena bajo el peso de un conjunto trágico... Después, ¡Dios sabe! ¡Qué rastra la del crimen!

Y á don Jacinto le parecía que acababa de caer allá de lo alto de la torre y mientras se hacía pedazos el alma, oía maullar por aquellas tapias al

cura loco, diciendo siempre su lúgubre cantinela... «¡la olla, dame la olla... la olla siquiera y quédate con lo otro!»

—¡Oh, infame casa! ¡Qué bien merecido tenía el estigma. Pero aquella inocente criatura en que venía á estallar el dolor de las ajenas culpas... ¿Por qué, Dios mío, el culpable vivía feliz, mientras el inocente padecía? Aquel delito que la sociedad amparaba, ¿por qué había de llevar en su oleada de cieno almas tan puras? ¿Quizá la Justicia necesitaba, como los ídolos salvajes, víctimas y sacrificios?

Y mientras los dos, callados, sobrecogidos por aquella confesión, sumergían sus espíritus en amargas ondas, llegó Larán-larán, besó á su hija y comenzó á bromear sobre los supuestos males.

—Ríñala usted, don Jacinto, que no sea mala.

Para eso estaba el pobre don Jacinto; para reñirle á nadie. ¡Demonio de pueblo! Aquello era un presidio suelto, sin más juez que el confesor ni más responsabilidad que la penitencia. ¡En buena parte se había metido!

Y como pudo, torpemente, esquivando el contacto, despidióse el médico y se fué á la calle á respirar libremente, á todas sus anchas.

Mercedes le miró, le vió salir, y como si algo muy hondo se le desgarrara, lanzó un gemido tan doloroso, que al parecer se le partía el alma.

—¡Ya!... Hum, larán larán... me lo había figurado.

Y Larán-larán se puso serio. Mirò á su hija con una especie de rabia que no quiere salir de ojos afuera y se quedó pensativo, en aquella alegre galería en que reía el sol y los canarios cantaban...



IV

Por la antigua calle del Diezmo, hoy de «Sagasta», venía haldeando á más no poder el simpático cura Baquero, grandote, buenazo, con su cara de pascua y sus mil varas de manteo de merino que cogía toda la calle. Aún no eran las seis y el calor apretaba en aquella tarde de Julio, como si lloviera fuego. Sudaba el buen Padre y respiraba sofocadísimo, mascullando el medio puro que ora subía hasta tocar la punta de la nariz, ora iba de un lado al otro de la noble boca en que había hecho nido la risa.

Hácia el medio de la calle encontró á Juanito

Sinsál hijo del cacique Brevas, hablando por la ventana con una moza de empuje.

—Hola, hola, ¡miren los tórtolos! Me gusta. A ver cuando leemos un poquito de San Pablo. ¡Andando, hijos, que se acaba el mundo! Y se echó á reir con toda su alma, mientras el manteo tomaba vuelo y se hinchaba comola vela mayor de un barco.

—¡Padre Baquero, quiere usted un refresco?

—¡No!—respondió con tono afeminado, remedando á la muchacha.—El refresco te lo daré yo llevándome á este pillastre. Echa para allá, que tenemos que hablar y largo.

Y quieras que no, se llevó á Juanito y sin cuidarse de la curiosidad del vecindario, siempre aguzada, comenzó á sermonear en firme. ¿Cómo se entiende? ¿Otro disgusto en casa? ¿Eso iba á durar toda la vida? Los padres, son padres ¿estamos? Si son buenos, hay que quererlos; si son malos... hay que quererlos y respetarlos y sufrirlos. ¡Vaya con el don Cascarrabias! Y mira que te arrepientas, porque sinó, allá te lo dirán de misas, que lo que es yo, no he de decir ninguna á persona tan furris furris y tan empachosa.

—¡Ajo! Es que usted no conoce á *ese hombre*. Es capaz de requemar más todavía á las animas benditas.

—¿Qué no lo conozco inocente? Más que tú, y antes que tu vinieras al mundo. Tu padre es un zorrón sin más ley que la moneda. Por el dinero es capaz de vender su parentela al moro. ¿Es esto? ¿Y tú, qué tienes que ver con eso? ¿Es tu padre? Pues punto en boca y á respetarlo como conviene. Apar-

te de que tú tampoco te descuidas ni desmientes la casta. Siempre andas meciendo el ojo y donde lo pones, pones la bala. No te hagas el santurrón. ¿Cuántos costales de trigo has apañado? ¿Cuántas faneguillas has vendido en la era? En eso tiene razón tu padre, ¿á qué guardarse de los de fuera, si la rapiña anda por dentro?

—Pero es que ¡ajo! yo no cojo más que lo mío. ¿Y la legítima de mi madre? ¿Porqué no me la da? ¿Eso no es mío? Pues si es mío, lo quiero yo pa tirarlo, pa jundirlo, pa lo que me dé la real gana, ¿estamos? Verá usted si ahora va de veras y si por la curia se lo saco y le derrito las mantecas.

—¿Estás viendo, pedazo de bruto? Derritele las mantecas, que tuyas son: friele la sangre, mátalo, déjalo por puertas y sin más caudal que la noche y el día, á ver quien pierde. ¿No ves que el monton que va haciendo, es para tí, so bárbaro? Aguanta, sufre, no des mal ejemplo, afánate; si él con una mano, tu con dos; que ambos haceis por uno y ese eres tu.

—Señor cura, digo que ahora va de veras. No quiero que ese hombre triunfe con lo mío y me tenga hasta sin tabaco y hambreando por más señas, ¡ajo! que ni Cristo pasó de la cruz ni yo paso de esta.

—Vamos, á tí te han revuelto los sesos. Pero ven acá Juanito de Dios ó de los diantres; ¿no ves que se divertirán contigo? ¿Dónde tienes tú trigo á mano para levantar la curia, inocentote?

– ¡Ay que gracia! ¡Qué si tengo! Y una caja que no se apura. ¿Vé usted? Billetes. ¿Vé usted? plata.

—¡María Santísima! ¿Dónde has escarbado, grandísimo demonio?

—¿En dónde?—Y acercándos á la oreja le dijo:

—¡Mariquita León!

—¡Oh!... Y al cura se le escapó el puro con esta exclamación casi de espanto.

—Ya tiene Brevas lo que le hace falta.

—¡Las mujeres... las mujeres! Cualquiera pelea con ellas.—Y el Padre Baquero sintió tal escalofrío, que hasta el manteo revoleó azotando las dos hileras de casas de la calle.

Iba á casa de Joselito Ridoro, uno de Oblita que vivía en Venusta como único y exótico ejemplar y tenía la mujer mejor guisandera de la comarca. A consecuencia de cierta apuesta hecha sobre el aforo de trigo en un sembrado, había aquella tarde guiso de gallinas por todo lo alto y á más un pargo en amarillo que la Ridora sabía hacer y no daba á nadie la receta.

Más como aún era temprano y el padre Baquero tenía que intervenir en cierto negocio en casa del Sacristán, allá se entraron él y Juanito que ya no se despegaba. Al verlos entrar, el Sacristan que estaba comiendo junto á la puerta del corral, sirviéndole de mesa el asiento de una silla, comenzó á santiguarse con la navajilla que tenía en la mano y á cantar en tono de vísperas: «*¡Deus in adjutorium meun intende!*»

—Lo que se mama no se olvida,—dijo el cura.

—Señá Matea,—gritó el Sacristán,—recoja usted esto.—Y dobló los cuatro picos de la servilleta que no estaba muy limpia, cerró la navaja, echó un

regüeldo de padre y señor mío, y sacando la petaca que era de suela resobada y lustrosa, convidó á tabaco á los visitantes.

La casa era ruin y toda ella respiraba ancianidad y sordidez, como sus habitantes. Porqué la señá Matea más bien tendría sus setenta que de ahí para abajo, y en cuanto al Sacristán tenía sus sesenta y ocho á cuestas y eso lo sabía bien el padre Baquero, como quien ha tenido en la mano la partida bautismal.

No había más que verlo: sin un diente ni muela; calvo, arrugado, torcido de un hombro, que se le quedó así de un *dire*, torpe de oido y de vista, pero *fino del sentio* y más sutil que una aguja. Había sido sacristán allá en sus mocedades, más lo lanzó la iglesia cuando se justificó que vivía de la usura, de una usura implacable, afrentosa, como jamás se había conocido en la comarca.

Dicen que él no era más que el *testa fèrrea* de unos cuantos beatos que no querían cargar la conciencia con estos pesos y, sin enterarse, tomaban crecidas utilidades y, allá el Sacristan que se las entendiera con lo divino y lo humano. Y juntó dinero, siguió la marcha, hizo capital y fué «prohombre.»

Al pronto pareció contrariado con la presencia de Juanito, porque esperaba solo al cura; tenía que hablarle... ¡Cómo ha de ser! Y cogió unas llaves y echó para el corral seguido de entrambos huéspedes. El corral era un listón de tierra que el padre Baquero abriéndose de piernas lo abarcaba todo. La bodega se lo había ido chupando poco á poco.

Una mata de dompedros y una enredadera que subía por el brocal del pozo era toda la flora de la casa. Abrió el Sacristán la puerta, luego, tirando de un cordel una ventana, y entraron en la bodega. De encima de una bota polvorienta tomó la «venencia» de caña y una copa: hundió la primera en un tonel que había á la entrada, sacóla llena, limpió la copa con el vino y fuese allá al rincon más obscuro, donde estaba lo bueno.

¡Clam! glu glu glu. glu!... hizo la venencia al llenarse de vino en la tripa de otra gran bota. La sacó, la vertió de chorro en la copa, que se medió de espuma, y tras el cristal brilló un líquido rojizo coronado de un collar de burbujas que parecían perlas temblando.

—¡El tinto de los Paniagnas! Esto es canela.

El padre Baquero miró al trasluz, meneó la copa, olió el vino con ese rápido movimiento de nariz del inteligente, la apuró de un trago enjuagándose la boca, y mientras chascaba con la lengua saboreando, hacia signos de aprobación con la cabeza. ¡Bueno, bueno de verdad! quería decir; y al buen entendedor...

Hablaron de aquellas viñas arrancadas por la vía ejecutiva del mayorazgo de Oblita, un Paniagna medio tonto que se había quedado sin dos pesetas y pensaba en la patria... eran viejas, producían poco ¡pero el vino! á la vista estaba; lo mejor, lo más fino, caldo señorial; tenía ejecutoria, era noble por los cuatro costados. Hasta en la viña había escudos.

—¡Qué atrasos!—Se permitió decir Juanito, que

creía de buena fe que debía decir eso siempre que hablaran de religión, de historia, de linajes... Pero ¡qué orgulloso estaba aquel buen Sacristán con tener el tinto ilustre y la viña de los escudos!

—Ahora, los blancos. Este no tiene alcohol; palabra de honor que no lo ha visto siquiera. ¡Allá vá un señor vino! Hay que quitarle el sombrero.

La venencia volvió á hundirse, cayó el chorro en el aire, llenó la copa, hirvió la espuma y...

—¡La marcha real! Este se la merece,—dijo el cura.

Y siguieron catando toda la ringlera de botas. En esto andaban, cuando se entró por la bodega un diablejo de ocho años, rubianco, huesudo, robusto y que «también lo daba de un hombro», como marca de fábrica, según el cura.

—Padre, vino.

—Quita de ahí so tunante... ¡habráse visto! ¿A que no has ido á la escuela?

—¡Digo! Y que no me pegó el maestro porque le rompí dos cántaros... digo, se le rompieron: y se hizo un lio. Y como el Sacristán enarbolara la venencia para castigar aquel crimen, que le costaría dinero, el chiquillo echó á correr brincando por entre las botas.

—¡Ven aquí, granuja!

El cura intervino.

—Haya paz, vamos.

El chico obtendría el indulto por influencia y gracia de aquellos respetables vinos. Y lo cogió, se lo echó al hombro, cual otro San Cristobal, y después de campanearlo en el aire le dejó en el suelo.

¡Aquel hijo!... El usurero al cabo de su vida se veía cogido en las garras de una paternidad dudosa é ilegítima. Resultado de ciertas ligerezas seniles aunque baratas, habidas con una mozuela alegre, el chiquillo aquel era una duda que se lo comía. Si *era* ¡cómo abandonarlo, una vez admitido? Si no *era* ¿cómo dejar parte de su caudal, de su propia sangre al que sabe Dios de quién la tendría! El cura opinaba que sí, y con él muchos. Los sobrinos y herederos opinaban que no, ¡naturalmente! y el triste presunto autor de la gracia, inquiría, escudriñaba en aquella personilla, deseando sorprender un rasgo suyo, un átomo de identidad aunque fuera en lo perverso. ¿Qué vale lo plástico, para estas cosas! La procesión anda por dentro, en lo hondo...

El Sacristán quería hacer testamento: se había decidido al fin, «por si llego á faltar», «si falto algún día...» Como todos los que se entregan al interés, hablaba de la muerte en hipótesis, como de un riesgo lejano que puede ó no descargar su hachazo. Y para esto quería hablar con el padre Baquero. Pero ya hablaría, había tiempo para todo; aquel *aire* que lo dejó tullido ¿había de repetirse sin más ni más?

Dejaron al Sacristán en el patio, arreglando un bieldo, y echaron hacia la casa de Ridoro, á la que llegaron á punto que el último rayo de sol jugaba en los azulejos de la torre.

—¡Desde la puerta las huelo! Manos como esas para guisar gallinas...

—Muchas gracias padre Baquero; á poquito más se pasan de punto.

—¡Qué se habían de pasar, inocente! Como si yo no supiera lo que es eso...

Ya en el corral debajo de la parra añosa y frondosísima, vió la mesa dispuesta con mantel limpio, el «apartador» de metal en el centro esperando la cazuela, los platos de aceitunas y el pan esponjoso y tierno partido en pedazos. En un cubo de agua fría recién sacada, se refrescaba el vino.

—¡Este Joselito es una halaja! No parece de Oblita.

—Chito, padre Baquero, que le va á morder la Osa. Y señalaron el cuadro con el escudo de Oblita toscamente pintado, que recordaba á Joselito las glorias de su no negada patria.

—Caballeros y hombres buenos... un convidado convida á ciento, pero yo no convido más que á uno, á este gracioso niño, y si me apuran un poco digo que se convida él solo.

Juanito *Sinsál* fué él primero en reir de la franqueza del cura. Ya era conocido en estos lances. Aquel rico futuro, hambreaba... era susto de todo guisado y sobresalto de todo banquete. Pero entonces no; los duros de Mariquita León saltaban solos en el bolsillo y sonaban como un alegre repique.

—¡Yo pago el vino ea!

—¡Tú!—exclamaron.—¿Has matado á Brevas?

—Quizá no está muy lejos.

—¡Chiquillo, que te arruinas!—dijo el cura riendo mientras colgaba su manteo de un palo de la parra.

—Es decir,—rectificó Juanito,—si es que el vino no entra en el tanto de la apuesta.

—¿Lo ves? ¡Qué has de perder la pinta!

—Ya está asustado.

—¿Asustao? ¡Ajo! pues si mi arremango, lo pago todo.

—¡Arremángate, anda!

—No lo permito: ¿queréis que se quede aquí la legítima?—saltó el cura, y luego tocando las palmas,—¡aquí falta algo, eh, Joselito!

—¿Traigo?

—No, todavía no.

—¿A quién se espera?

Y se contaron con la vista: estaban los dos labradores de la apuesta, Currito el conserje, trástulo indispensable de toda juerga por lo bien que tañía y punteaba; el boticario, dueño del mejor perdigón de la comarca, y un sóbrino del Sacristán, amen de los recien llegados. Faltaba el médico, y quizá algún otro. Empezaron á hacer boca con las aceitunas: el vino blanco, frío y amargosillo, se colaba solo, y aquel tufo que salía de la cocina donde guisaban las gallinas y el pargo, los impacientaba ya. Por fin apareció don Jacinto. Le recibieron con palmas y olivas y hasta con música, porque Currito echó mano á la guitarra destemplada y comenzó á changarrear una sonata perruna que aserraba las carnes.

—Currito, ¿qué marcha es esa?

—La marcha del estómago.

—¡Venga eso!

Y Joselito agarrándolo con dos trapos trajo un cazolón en que sosegadamente cabía doble número de gallinas. Humeaba como un pebetero... ¡qué bien guisaba la Ridora! A poco no se veía debajo del

emparrado y hubo que traer luces. El médico anda ba malucho. No le sentaba el pueblo pero tiraba allí, según la gente, atento á lo de Larán-larán.

—Hijos,—dijo el cura con toda la bocaza llena—para la fiesta de la Patrona hay que hacer algo bueno. El año no puede ir mejor.

—Y nos predicará usted el de siempre.

—Cállate, mala lengua ¿no lo varío todos los años? pero sois tan rebárbaros que no lo conocéis.

—Bueno; pues eche usted por la calle de enmedio y haga lo que quiera. El año ha sido bueno...

—¿Bueno?—dijo el médico sin poder contenerse. ¿Año bueno este? ¡El «año terrible» el año infame en que se acaba todo! ¿Qué les parece á ustedes eso de Santiago? Cuba perdida, Puerto Rico perdido, Filipinas perdida, la peninsula misma amenazada, los puertos destruidos!...

—Y ¿esto es puerto? ¿Qué se les ha perdido pa venir aquí? ¡Qué allá se avien!

—¡Allá! como si ese allá no fuese España. Ellos no querían guerras sino buenas cosechas y buenos negocios. ¿Había guerras? Eso, los gobiernos. Verdad que adonde quiera que se volvía la cara no se oían más que desastres, que todo se hundía y se acababa, que tendrían que pagar unos recargos atroces... pero el eco de la guerra venía de muy lejos, no les inquietaba mucho. Después de todo, alguna cosa nos había de quedar, el suelo no iban á llevarselo. Siempre quedaría para vivir, con unos ó con otros.

Si buenas estuvieron las gallinas, el pargo no le fué en zaga. Don Jacinto dijo que solo en «puerta

de tierra» podría encontrarse algo que se asemejara. En esto estaban, cuando asomaron por la puerta unos gandules que iban con un manojo de cohetes á tirárselos á Oblita desde el «pino gordo». Parece que en la ciudad vecina había meneo patriótico aquella noche y, como siempre, querían aguar la fiesta.

—Joselito, ¿quierés algo pa tu tierra? Mira la carta que vamos á mandar...—Y le enseñaron los cohetes. El de Oblita no se dió por entendido, porque esas bromas le indignaban y no quería vaciarse de palabras conforme le aconsejaba la indignación. Bebieron aquellos zánganos unas copas «á la salud de los presentes,» y se marcharon á lo alto de los pinares á realizar su hazaña. Saboreaban los últimos bocados del exquisito pescado, cuando oyeron un ruido en la calle que los dejó suspensos.

—¿Hay trapatiesta?

En esto entró Joselito azorado, diciendo que se estaban matando Berrinches y el alguacil.

Del revuelo por poco se cae la mesa.

Salieron todos, y entre los gritos de las mujeres y el confuso movimiento de la gente, vieron dos hombres agarrados que se insultaban...

—¡Granuja!

—¡Cochino, echaizo! Si tienes alma echa pa lante!

Y forcejeaban jadeantes, escupiéndose injurias. Uno de ellos, el alguacil, logró desasirse, dió algunos pasos atrás y sacó una pistola. Pero antes de que amartillara aquel pedazo de hierro viejo, cayóle una manaza sobre el brazo y otra sobre el cogote, lo levantaron en vilo y como un conejo que patalea

en el aire, se lo llevó el padre Baquero hasta dar con él en casa de Joselito. En tanto, otros se llevaban á Berrinches que tenía una faca y no la había sacado «porque era pa otro, no pa el sinvergüenza echaizo que mandaban á comprometelo».

Al alguacil no se le veían los ojos á puro correr la sangre Las uñas de Berrinches se habían empleado bien, y todo eran surcos, grietas y barrancos en aquel rostro afligidísimo que parecía una caricatura. Apaciguáronle un tanto, curole don Jacinto echándole más lañas y pegotes que le cabían en la cara y siguieron comentando el suceso.

—¿Te crees tú, que no hay más que entrar en la justicia para que tóo el monte sea orégano,—le dijo Currito.

—¿Y ahora? ¿Lo quiés champurrao, mi alma?

—¿Y tengo yo la culpa de que un sinvergüenza blancote, aruñe como un gato? Los hombres pelean con otra cosa.

—Pues dale gracias á Dios que Berrinches no sacara el alfiler, sinó te deja seco.

—¿A mí?

—A tí, ¡so titere!

—¡Señores, señores!—exclamó el cura.—Paz sobre todo... y á quien no quiera paz lo pongo en el tejado.

—Es que á este le han puesto en eso pa meter la cisma, como si tuviera higados. Los de un conejo tendrás tú, como toa tu casta.

—¿Qué no los tengo?

—Ahora mismamente vas á saberlo, hijo de tal.

Y el alguacil herido, de un salto se puso de es

paldas á la puerta, sacó la pistola y... se oyó un guitarrazo espantoso. Volaron astillas y se quejaron las cuerdas que zumbaban en el aire como fibras de un látigo.

—¡Tira ese chisme ó te arremato!—gritaba Currito el conserje blandiendo el mástil de la guitarra, única cosa que había quedado.

—¡Qué lo tires digo!

Estaba magnífico, sereno; hablaba con el propio acento del valor.

—Esto se hace asi.—Dijo el cura, y le cogió por segunda vez el brazo y se lo sacudió hasta que cayó al suelo la inutil pistola. El alguacil tambaleándose cayó en la silla. Volvió á correr la sangre... el guitarrazo fué estupendo y ahora lloraba como un chiquillo, de rabía, de congoja, de arrepentimiento tal vez.

Mientras don Jacinto volvía á curarle, se presentó allí Larán larán con su vara de alcalde y dos ó tres farautes...

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Un hombre herido? Que avisen al juez y que nadie salga.

Y como viese á Currito con el mástil de la guitarra en la mano y los pedazos del instrumento por el suelo:

—¿Quién te ha herido? ¿Ese?

—No, no,—Dijo el alguacil.

—Sí, yo he sio. ¿A qué mientes?

—¡Ese hombre á la cárcel!

El cura y los otros quisieron intervenir, explicarle lo que había pasado.

—Aquí no hay que explicar nada,—dijo Currito

y cogiendo al alcalde por la chaqueta se lo llevó hasta un rincón y como quién escupe, le arrojó estas palabras:

—Oye tú, Larán-larán de la olla: llévame á la cárcel á presidio, adonde quieras, pero luego es menester que me mandes á mi gente más graná, de pelo en pecho, que la que mandas pa asesinar á Berrinches. ¿Entiendes?

Y lo zamarreó un poquito, blandamente, como para no descomponer el cuadro y que la gente no se apercibiera. Larán larán no mandó á Currito á la cárcel. Escuchó el relato, dispuso la busca y captura de Berrinches y mandó al alguacil á su casa.

—¡Lástima de guitarro!—se fué diciendo Currito.

—Dónde menos se piensa salta la liebre,—murmuraba el padre Baquero poniéndose el manteo, que con el revuelo cogió todo el corral. Juanito se había escurrido á las primeras descargas de la tormenta y el médico nuevo se retiró pensando:

—¡La olla! ¡El crimen en acción, por los siglos de los siglos!



V

Era preciso... siquiera por la quietud de aquel honrado vecindario. Allí todo el mundo trabajaba y no era lícito que un perdido borracho, un vago, trajese cada día un conflicto. Para pedir *eso*, tenía, claro es, que ahogar la voz de la sangre; al fin no podía negarla ¡por desgracia! Pero ¿qué vale la parentela cuando se trata del bien común, de la tranquilidad de todo un pueblo?... Diez veces había repetido estos conceptos el buen Larán-larán, mientras paseaba por la galería aquella en que, para que el sol no entrase, habían colgado lienzos azules que dejaban la habitación en una fresca penumbra.

Mercedes estaba allí, mirando al médico y diciéndole «que no,» con sus ojos espantados. Porque Larán-larán quería que el médico, inspirándose en aquellas razones de alta conveniencia pública, diese largas al asunto de la curación del alguacil y no certificase de la sanidad hasta pasados tantos y más cuantos días que el Código necesitaba para caer con más que mediano empuje sobre la cabeza de Berrinches. Sobre el guitarrazo echaron tierra y el inútil pistolón del lesionado no aparecía por ningún rinconcillo de la causa. Todo estaba sábia y prudentemente amañado por la justicia local, para que diese el resultado apetecido. Solo faltaba templar aquella gaita del médico, que como nueva, desafinaba.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Unos arañazos que se curaron en cuatro días, estirarlos hasta los treinta!...

—Todo puede ser y debe ser, cuando el fin es bueno.

—Sí, y comprometa usted su título y dé garrote á su conciencia y...

—¡Qué títulos ni qué zarandajas! Si le digo á usted que así conviene al pueblo... Si usted no lo hace es porque no quiere servirnos á todos, y se pone en contra de nuestros intereses, de nuestro vivir tranquilo. Don Jacinto, las cosas claras. Aquí no hay más que dos caminos.

—¡Sí, ya lo sé! Un camino, es ese. El otro, el de mi casa. Pues, señor don Aurelio, escojo el último. ¿Sabe usted por qué? Porque mi padre, que está allá muy alto, fuera de estas cosas del mundo, me

decía: «hijo, un caudal te dejo: la vergüenza. Mira que la vergüenza es un ave que si sale una vez no vuelve al nido... no puede volver.» Y yo no la dejo salir de aquí, para que no me abandone y pierda la querencia al nido.

Entonces sí que le parecía á Mercedes que algo muy hondo se le desgarraba... y ¡qué dulzura en el fondo de aquel dolor! Quería más, mucho más á aquel hombre que se iba con su nobleza entera por el camino de su casa, con el «ave» dentro del nido no profanado.

—¡Me gusta! De modo que lo que quiere el pueblo trabajador y honrado es una indignidad... La vergüenza, según eso, consistirá en dejar á los criminales sueltos para que se despachen á su gusto. Si una vez que caen, los dejamos ir, ¡buenas noches! más valía mudarse, irse á otro pueblo, á cualquier parte en que haya menos remilgos, pero más justicia.

—Por lo visto, no nos entendemos. No nos podemos entender.

—Bueno: larán, larán... ¿qué dices tú á eso, Mercedes? ¿Ves cómo nos tratan, hija?

—El señor tiene razón. Lo que tú quieres, eso nunca, ¡nunca!

Larán-larán miró á su hija con una mirada dura, fría... Así, de aquel modo miraba Berrinches el día que vino á matarlo. Era el mismo glóbulo de sangre lanzando la chispa criminal á través de las generaciones.

—¡Tú estás loca! Loca de remate. ¡Cómo si yo no supiera lo que hay!

Al médico y á la enferma se le subieron los colores al rostro. ¿Pero qué es lo que había? Nada. Fuego podría haber, pero al exterior ni humo, Y ambos sintieron rubores de lo que no habían dicho. Y ¡qué vergüenza, Dios mío, que le hablasen así de justicia y de crimenes no castigados al prudente médico, que lo *sabia todo*, porque ella misma le había puesto en camino de la verdad!

—Bueno; no se hable más. ¡Qué le hemos de hacer! No vamos á poner á nadie un puñal al pecho. Aunque de la familia, no somos Berrinches.

—Y yo,—dijo el médico,—siento que tan pronto haya venido la ocasión que nos separa... Crea usted, don Aurelio, que lo siento.

—Me lo figuro.

—Y creo que lo mejor es no pasar de la primera; serían todas iguales.

Y se despidió atentamente, algo conmovido, como el que se va para un viaje largo. Apenas traspuso el umbral, Larán-larán que le estaba mirando, hizo cierta demostración que dió celebridad á Fernando VII, al dedicársela á un embajador que, gracias á un espejo, pudo apercibirse del regalo regio.

—¡Toma, don Quijote! No catarás mis talegas. No las he sudado yo para los tontos.

Y miró á su hija, que se quedó serena, con una triste serenidad como la de la muerte, en aquel rincón obscuro de la galería en que cantaban amores los canarios.

El médico, al salir á la calle, sentía esa amarga rotura de un vínculo que hace exclamar á la autoridad que deja el mando, al monarca que abdica, á

todo el que pierde su carácter: «¡ya no soy!» Y como en el pueblo se ahogaba, salióse al campo, á la ventura, á la buena de Dios, á donde los pies querían llevarle. No quemaba el sol, porque el cielo estaba entoldado por nubes caliginosas que allá del lado de Oblita, hacia el mar, tomaban formas redondeadas como de grandes volutas cobrizas que parecían inmóviles, cuajando la tormenta. Iba don Jacinto por entre dos vallados de pitas y chumberas, abanicándose con su sombrerillo de paja y recordando ciertas palabras de uno de sus maestros: «Seréis médicos de partido, pero entendedlo bien; en esa situación profesional tendréis que luchar con dos monstruos que ya os aguardan; la Pereza y el Caciquismo. La una os llevará á la ignorancia y la degradación. El otro, al envilecimiento. Para combatir á entrambos tenéis un arma poderosa, que os hará invencibles; la Voluntad. ¿Queréis saber? Venceréis á la Pereza. ¿Queréis ser honrados y justos? Triunfaréis del Caciquismo. ¡Voluntad, voluntad, voluntad! Esa receta os doy.»

Y del todo abstraído, don Jacinto, satisfecho interiormente por haber saltado el primer obstáculo, dijo en alta voz, dirigiéndose á un pitaco que salía del vallado lo menos tres varas:

—Maestro: ¡yo tengo voluntad!

Claro es que no se lo dijo al pitaco, sino á la sombra ideal de aquel anciano que honró á la ciencia.

—Apuesto cualquier cosa á que es el médico...—dijo una voz harto conocida, al volver un recodo del camino.

Paróse don Jacinto y volvió la cara. El P. Baquero, con su manteo amplísimo y su bonete echado atrás, venía acompañando á Mariquita León, sofocadísima por el paseo desacostumbrado. Traían al niño ginete sobre un borriquillo enano, y venía también hasta media docena de criadas y devotas, las unas llevando floreros, las otras candelabros, cirios, paquetes de ropa en bandejas de mimbre, el aderezo en fin de la Ermita de Nuestra Señora la «Virgen del Alamo,» aparecida años ha, en el tronco de uno de estos árboles.

Mariquita León se alegró mucho con aquel encuentro: el P. Baquero dijo que por fin había hallado á un médico en el camino del cielo y que ya con esto se podía morir tranquilo. Estaba arrogante con su manteo tirado al brazo y su bonete encajado atrás como la corona de hierro de los emperadores. Iba fumando su eterno puro, que siempre parecía el mismo, y riéndose con la alegría del hombre bueno al par que saludable, con una salud que arrollaba á la voluntad y la empujaba á cuatro excesos en que no se manchaba, justo es decirlo. Aquel P. Baquero tan querido de todos, no era el párroco, pero de hecho lo era. No tenía muchas letras, pero sí buenas intenciones y un fino sentido de la gramática parda, que le permitía ir derecho al fondo de los asuntos, sin circunloquios en que los pecadores se le escurrieran:

—Nada de tiquis miquis: al pan, pan, y al vino, vino. ¡A mí me la van ustedes á dar! A mí, que casé á las madres, estoy casando á las hijas y casaré á las nietas si Dios no lo remedia.·. A la mayor parte

de estos pajarracos les he puesto la sal en los labios y un cachete en las asentaderas cuando pataleaban en la pila...

Como que hacía treinta años que estaba en el pueblo.

Las mujeres se adelantaron en cuanto ventearon la Ermita: Mariquita siguió acariciando á su hijo, que iba en el borriquillo haciendo reverencias, serio y tristón como una persona que de su destino tiene conciencia.

Continuaron su conversación, pidiendo tercio á don Jacinto:

—No, no está bien hecho, Mariquita. Ni medio bien siquiera. Conforme en que Juanito *Sinsál* tenga razón para pedir lo suyo... pero darle alas para que pelee con el padre...

—¿Y á mí què? Ellos que se arreglen... Juanito es mayor de edad; yo no le exploto; ¡cómo que no soy de su casta! El muchacho salta por un ochavo, tiene responsabilidad, ¡pues á vivir!

—Eso es, y le das trigo á mano para que jeringue al padre y le requeme la sangre todos los días, hasta que se ahorque de la viga del lagar.

—No le darán tan fuertes. ¿No ve usted que así lo sujeto? Al buey por el asta y al hombre por la palabra. ¿Ha cogido alguien por la palabra á ese hombre?

—¡Si yo sé lo que es! Le viene de casta. El padre de Brevas es aquel de quien se cuenta que estando enfermo ya en las últimas, con el cura Coscales á la cabecera encomendándole el alma y un Cristo al lado con velas encendidas, entró éste, su hijo, y co-

menzó á plaguearle: «Padre, acuérdase usted de Dios, ponga su esperanza en la Santísima Virgen del Alamo, y mire si tiene algún encargo que hacerme...»

—Sí,—dijo el moribundo.—Uno te hago. Que en cuanto acabe yo de boquear, apagues las velas. ¿Para qué ese gasto?

Don Jacinto no pudo contener la risa ante ese rasgo, que pintaba al vivo á toda una casta.

—¿Pero es que el dinero lo es todo en esta vida, P. Baquero?

—Así se lo figuran estos.

—¡Buen chasco van á llevarse!...

Mariquita León intervino entonces:

—No, no. ¿Qué vale el dinero comparado con otras cosas? ¿Podría reducirse á dinero este afán que tenía por su hijo?

—Pues tú no te quedas atrás.

—Por él, por él. ¡Dios sí que lo sabe!

—Es un asco esta Venusta,—siguió diciendo el P. Baquero.—De día en día aumenta el hambre de intereses. ¡Hábleles usted de otra vida! Se ríen... La vida es eso; juntar, juntar; ir subiendo el montón, cada uno el suyo, aunque sea tirando encima el pellejo del prójimo, del pariente, el propio pellejo. Y luego, mucho golpe de pecho y mucho alardear cuando viene al caso. ¡Mentira pura! ¡A mí me la van á dar!...

—Don Jacinto, no le haga usted caso. ¿Sabe usted lo que está haciendo el P. Baquero? Ensayando el «Sermón del Alamo;» como si lo viera.

El cura se echó á reir.

—Anda, «Buscavotos,» que no dejas á nadie en paz.

Y luego, dándole con el codo al médico, díjole en voz baja, una frase á que Alarcón dió relieve:

—«¡Lo que es como guapa, es guapa!»

—Yo estoy viendo que soy un simple... un novato en la vida,—dijo el médico;—pero ese desaforado amor á los intereses me repugna, crean ustedes que me repugna.

—Para abreviar el camino, voy á contar á ustedes cómo vino el dinero al mundo: pero es menester que se tapen ustedes las narices.

—Venga de ahí, P. Baquero; pero déjeme usted respirar á narices abiertas, porque voy sofocada. Parece que el calor se masca.

—Pues no te las tapes y escucha, y á ver si aprendes.

—De seguro nos va usted á contar alguna maravilla.

—Eso, que no se te olvide.

—Creó Dios al primer hombre...

—Y lo puso en el paraíso. Una novedad como otra cualquiera,—dijo Mariquita León echándose á reir.

—¿Lo ves, mujer? Cállate, si Dios permite que las mujeres se callen alguna vez; y mira que te digo que esto no es del «Sermón del Alamo», ni tiene que ver con esa solemnidad que por un oído se os entra y por el otro se os sale. Ya sabéis lo que pasó con el primer hombre y la primera mujer. Al extenderse la descendencia sobrevino el lance funesto de Caín y Abel, y por consecuencia hubo diver-

sidad de opiniones... Los hombres son malos, decía el infierno. Y tiró de Caín como de bienes mostrencos. Son buenos, dijeron los ángeles llorando, llevándose á Abel á las celestes alturas.

Que son buenos, que son malos, tuyos ó míos, el pleito siguió adelante hasta que el asunto fué sometido á prueba. Por permisión divina, deberían caer á una misma hora dos cosas en el mundo. De allá, de lo alto, cayeron las virtudes, llenas de asperezas y de picos que en todas partes desgarraban, daban dolor, y eran rechazadas. De abajo, saltó el dinero, redondo, corriendo de canto, con un sonido que parecía una música. Desde entonces riñen por hacerse lugar, pero cada día el del dinero se agranda y el de las virtudes se encoje.... hasta que éstas huyan del todo y se tornen á su patria.

—Bueno; y ¿por qué quería usted que nos tapásemos las narices?

—Porque, hija, el dinero huele á azufre: ya ves, es del infierno.

—Según eso, ahora nos están mandando un dineral, porque hay un olor de azufre que da miedo.

—Es la tormenta que rompe,—dijo el médico.

Y un trueno sordo, que retumbó allá por encima de los pinares, vino á contestar á don Jacinto.

—¡María Santísima! La tormenta se nos echa encima... ¡Ay Virgen del Alamo, que mi niño no se moje!

En esto comenzaron á repicar en la Ermita.

—Vamos, vamos; arree usted al borriquillo, padre Barquero... yo me quedo atrás... no puedo.

El cura, sosteniendo al chiquillo con una mano,

daba con la otra palmadas en las ancas del asno, que parecía volar de puro asustado. El médico ofreció el brazo á Mariquita: viéndola tan sofocada, y sin darse cuenta, repetía en su imaginación las palabras del P. Baquero: «Lo que es como guapa, es guapa!»

¡Y lo era! La agitación que sentía, el afán porque llegase presto el niño á la Ermita, el miedo á la tormenta, á esas negruras compactas que los relámpagos hendían con súbitos hachazos de luz... daban á su cara unos colores y á sus ojos un resplandor en que brillaban los átomos de la belleza clásica, algo hermosamente varonil que inspiraba amor y respeto.

—Ya estamos cerca... ¡llegó el niño! ¡Qué bueno es el P. Baquero... Don Jacinto, ¡quién me había de decir que había de corretear con usted por el campo!... ¡Ay, virgencita mía, qué relámpago tan espantoso!

—No hay que tener miedo, ¡vaya! Cuando se ve el relámpago y se oye el trueno, no hay qué temer...

Esto lo decía mientras rodaba por encima de sus mismas cabezas un trueno de esos que estallan secos y siguen retumbando, quien sabe hasta dónde. Mariquita León se agarró al brazo del médico, con sus dos manos, enérgica y nerviosamente.

—No lo puedo remediar... pocas cosas me asustan; ¡la tormenta sí!

Otro relámpago les deslumbró; el trueno subsiguiente fué tan estrepitoso, que parecía que se desgarraba el cielo. Y no fué esto lo peor; sino que

aún seguía retumbando cuando comenzaron á caer unas gotas gordas como castañas, que humeaban en el suelo con ese olor á búcaros de la tierra súbitamente humedecida, y detrás vino una manga de granizo que les empujó á ciegas, como á latigazos... Ya en esto llegaban á la Ermita.

Una de las mujeres seguía repicando fervorosamente para ahuyentar la tormenta. El granizo se entraba hasta media iglesia como si tiraran puñados de confites. El niño los cogía...

—¡No te los comas! Suéltalos, mi alma, que están muy fríos... ¡P. Baquero, ríñale usted!

Las mujeres empezaron á rezar á coro, arrodilladas en torno de la imagen puesta en el suelo, al pie del altar.

—¡Virgencita mía... las viñas que se van á perder! ¡Madrecita del Alamo, que no caiga más granizo!

Y la de la campana toca que toca á rebato, como para espantar las nubes. Pasó aquella manga dañina y se quedó el suelo mojado, los árboles llorosos con gotas de luz en las puntas de las hojas y una neblina cenicienta se fué enredando en los pinares.

—Vamos, al avío, muchachas. La Señora alejó todo ese estruendo. Ahora, á vestirla como conviene para su día. ¿Qué mejor madre que ésta?

—Verdad que sí. ¡Qué hermosa es! ¡No hay en el mundo entero una Virgen como ésta, la del Alamo bendito!...

Y todas las mujeres comenzaron á requebrarla, á

decirle ternezas sin fin, mientras la adornaban... y vestían.

El médico, sentado en el banco de la Hermandad, miraba todo aquello como embobado. Aunque creyente, no participaba de aquel ardor, que juzgaba algo idolátrico. La Virgen del Alamo no era un modelo de escultura; si vamos á decir, era un deplorable trozo de arte... Y para aquellas gentes, por la tradición, por el sentimiento heredado, por algo impalpable como la neblina que flotaba sobre el pinar lloroso, era la belleza ideal alumbrando con resplandores eternos la áspera verruga del mundo.

—Don Jacinto, venga usted, hombre; mire usted el Niño.

Y aquel gigantazo con sotana, acariciaba al Niño Dios, le quitaba y ponía las potencias y los zapatitos de plata articulados, le alzaba el vestidito para enseñar los calcetines de seda celeste, le pasaba los dedos por la cabecita de palo...

—¡Un primor de Niño! Como éste habrá pocos. Vaya, don Jacinto, béselo usted y verá qué bien se encuentra. Así. Ven tú, acá, Leoncillo, bésalo también... éste te pondrá bueno, porque le dará luz á don Jacinto. Este Niño, este es el amo del pueblo, hijas; ¿qué digo del pueblo? del mundo entero... y de todos los mundos. ¿Lo ves, Leoncillo? Esa bolita que lleva en la mano es el mundo... ¡No sé como no estalla, con las picardías que tiene dentro!

En esto llegó á la puerta de la Ermita una vieja mojada como una gallina. Todo el chaparrón le cayó en el campo. Con las enaguas por la cabeza y dos velas en la mano, arrodillóse en el umbral, rezó

un poco y andando con las rodillas atravesó la nave y llegó al altar. Besó el pie de la Virgen y una manecita del Niño, aquella con que estaba bendiciendo.

—P. Baquero, estas dos velas que se las pongan delante y que ardan, que ardan todas. Son por mi hijo, el que está pallá... la Virgen lo traerá, y yo le traigo eso, quitándomelo de la boca.

Mariquita León, sin suspender la agradable tarea que como mayordoma le pertenecía, preguntó á la vieja:

—Tía Alamo, ¿qué es eso? ¿Todavía duran los disgustos?

—Ahora peor. Mi hija es la causante. Lo sonsaca cuando va borracho. Yo tengo la mitad de la choza; mi hijo, el que está en el servicio, una parte. Mi hija ná más que otra, y con to eso me echan á la calle, porque no les cabe el burro ni los cochinos.

—Pues no sea usted tonta. No se deje usted echar así, tía Alamo. Dígaselo usted al juez.

—¡Cómo si me hicieran caso! Ese puñalero yerno es de los votos de Larán larán, y por eso le cobija. Así judiquea ese negro. ¡Qué venga mi hijo, Madrecita mía!

Y contó que la otra noche prendieron fuego á la paja para que ardiera ella, y gracias á su Patrona no la encontraron hecha un chicharrón.

Don Jacinto volvía á sentir el espanto del primerizo. ¡El interés en todas partes! ¡El vil interés, el ochavo roñoso y puerco envenenando á las familias, haciendo que los padres renieguen de sus hijos y

que los hijos persigan á los padres como á bestias dañinas! Y esta gente buscando la religión como influencia en las pasiones. ¿Qué mundo es éste? ¿Acaso vendría la hija de la tía Alamo con otras dos velas para que la Virgen la librase del hermano y de la madre, por el interés de la choza, en honra y provecho del burro y los cochinos? Era verosímil. ¡Qué tristeza, Dios mío!

Y don Jacinto, que vivía en otros mundos, dijo á Mariquita León y al P. Baquero, á punto en que terminaban de arreglar á la Virgen y de colocarla sobre el trono:

—¿Saben ustedes que me marcho?

—Hombre de Dios,—dijo el cura;—espérese un momento, ¿qué prisas tiene?

—No; don Jacinto dice otra cosa: quiere decir otra cosa. Es que se quiere ir del pueblo. ¿He acertado? Y me figuro por lo que es. Si es por eso, no se vaya usted. ¡Que no, le digo! Todavía no sabe usted en dónde está el poder en este pueblo.

Y por el camino, en la semiobscuridad de un crepúsculo velado por brumas, mientras oían el toque de oraciones que daban querellosamente las campanas de la torre y allá en el cielo azul brillaba una media luna sutil como de oro, y dos luceros como dos diamantes que parecían colgados de ella, el médico abrió su corazón y lo dijo todo.

—Pues no, señor: ahora no se va usted, ¡qué más faltaba! Que no. Que no. ¿Le falta á usted el Ayuntamiento? Pues tiene al pueblo. ¿Le falta á usted el

pueblo? Tendrá usted mi casa. Está dicho, y punto en boca.

Y allí se despidieron, á la entrada de la población. El cura Baquero volvió á tocar con el codo al médico, á punto que se despedían:

—Lo que es como...

—Sí; como guapa, es guapa.

—No, señor; no digo eso. Lo que es como buena, es buena.



VI

Todos supieron en seguida la riña habida entre el médico y Larán-larán, así como la resolución tomada por el primero de marcharse con la música á otra parte y la de Mariquita León de retenerlo contra viento y marea. Los *güelfos* y *gibelinos* encontraron nueva materia con que tirarse á la cabeza los trastos, y el «médico nuevo» puesto como el dios *Terminus* entre ambos campos hostiles, servía de piedra de escándalo sin comerlo ni beberlo. Para unos y otros, don Jacinto habíase negado á lo que Larán-larán pretendía, por motivos puramente políticos. Alguna vez habría de decidir-

se, y se había decidido por la cacica. Ninguno imaginó que la honradez profesional se alarmara por una cosa tan corriente. ¿De qué se trataba? De un chanchullo más en cosas de la justicia para agravar la pena de Berrinches. ¿No era natural que el lastimado pariente, ahora que tenía la sartén por el mango, la enarbolara y tratara de hundirlo de un sartenazo? La lucha, pues, giraba sobre si el médico dejaría la titular ó continuaría con la prebenda. Y entrambos bandos se batían el cobre.

Mariquita León tenía de su parte casi la mitad de los concejales y sin el concurso de estos era imposible plantar en la calle al médico. Lo mismo el alcalde que Brevas echaron el resto. Salieron á relucir expedientes añejos [y responsabilidades más frescas para asustar á los *leonistas* y estos comenzaron á cerdear ante tan serias amenazas al bolsillo, con harta desesperación de Mariquita que ya se veía vencida y atropellada por estas intrigas y travesuras de sus eternos enemigos.

—¡Estas condenadas enaguas mías!...—decía con marcado furor, bien segura de que, á tener unos calzones, siquiera fueran rotos y remendados, aunque no le llegaran á media pierna, no tendría caciques para empezar.

Pero hé aquí que cuando más arreciaba la tormenta y en lo más crudo del combate estaban, vino á darla el triunfo un suceso inesperado, con el que ninguno de los beligerantes contaban.

Como se acercaban las elecciones, espectáculo que vino que ni de perilla á los españoles harto aburridos ya con la monotonia del desastre, «tuvo á

bien» visitar aquella parte del distrito uno de los aspirantes á diputados menores, naturalmente ministerial y protegido del gobernador, naturalmente.

Llegó el *tribuno* acompañado de tres ó cuatro farautes y de una maleta recién comprada para estos meneos. Almorzó en casa de Larán-larán, porque es sabido que Brevas como viudo solitario «no tenía la casa en condiciones.» Fué toda una solemnidad de esas que dejan angustiado el bolsillo del *anfitrión* y rendidas de cansancio á las mujeres de la casa.

Las hijas de Larán-larán con excepción de Mercedes, se arremangaron los brazos y se metieron en la cocina haciendo lo que todas, á la voz de las maestras llamadas y requeridas para aquellos menesteres culinarios en los que iba envuelto el buen nombre político del opulento alcalde. Y no faltaría quien, al ver aquellos descomunales ollones, las cacerolas relucientes como la plata labrada, las ruedas de patatas que parecían onzas de oro y todo aquel explendor de metales, se preguntara si por acaso todo el tesoro del cura Coscales había salido andando para honrar al candidato y dejar bien puesto el pabellón de la casa.

La mesa estaba puesta en la galería. Asistieron amen del candidato y sus acompañantes, el cacique Brevas, embutido aquel día en un casacón de invierno que databa del 54, bajo el cual sudaba la gota gorda: el Secretario del Ayuntamiento, que andaba ya antes de empezar, algo repuntado y con la confianza que da el cargo entraba y salía de la cocina diciendo chicoleos á las mujeres que se reian

de su cara de simio y le aconsejaban que se afeitase aquellas patillas parecidas á dos cáscaras de brevas: el P. Baquero exuberante y magnífico, siempre dispuesto á estas bullangas en que se comía y bebía y se podían decir verdades mejor que en el púlpito: uno de los primeros contribuyentes, hombre voracísimo, que sin un solo diente ni muela revolvía tal cantidad de alimentos con una tan maravillosa flexibilidad de quijadas, que al comer, ponía el pico de la barba casi encima de sus mismos ojos: el Juez municipal, una especie de San Sebastian mártir: dos ó tres concejales *braquicéfalos* y algo jabalunos, que sacaban la navaja para comer y no sabían donde meterse la servilleta; un estudiante algo avispadillo y literato, que hacía epígramas para Oblita, y el maestro de escuela, como representantes estos últimos de la parte intelectual del honrado pueblo.

El almuerzo no tuvo principio ni fin: fué una especie de «gran parada» de platos en cuyo desfile se pasaron horas... El pobre candidato con su barbilla en punta y su calva incipiente, sudaba como un pato. Los quevedos se le resbalaban á cada paso. Era un padre de la provincia de los de media almendra, como le dijo el P. Baquero que ingería de un modo sorprendente. Los vinos del país fueron justamente alabados y un tanto demasiadamente bebidos. Sobre todo, una garrafa del tinto de los Paniaguas que regaló el Sacristan, que vino á los postres á recitar su *décima*, una majadería cualquiera que se le ocurrió embutir en versos cojos

y mancos, que no tenía el diablo por dónde cogerlos.

Hacía mucho calor y hubo que abrir las vidrieras. Una manada de gente curiosa taponaba las puertas, empujándose y riñendo, ávida de ver qué comían aquellos señores y de contemplar al futuro «padre» que modestamente rehusaba los obsequios tambaleándose sobre el sillón en que, para honrarle y enaltecerle, habían puesto dos pomposos cogines que no le dejaban asentar las puntas de los pies en el suelo.

—De modo que por aquí no habrá cuidado...—Vea usted el espíritu de los amigos.—Los amigos estaban ya animados por el mejor espíritu; por el espíritu de vino, y tragaban como pozos insondables.—Sí, ya veo,—dijo el candidato.—Me ha dicho el gobernador que este es uno de los pueblos que están mejor siempre.

—Siempre, si señor. Este es un pueblo gubernamental,—exclamó Brevas muy pundonoroso, friéndose debajo del casacón de los días de fiesta.

—Aparte de que, por mis relaciones en la provincia, sabía la adhesión de ustedes al gobierno. Nos ha dado usted un espléndido almuerzo y tendré el gusto de hacerlo constar así en las regiones oficiales.

—Phs... en estos pueblos ¿qué quiere usted que haya? Pero lo que hay, se dá con voluntad.

—¡Ah; oh! espléndido, espléndido!—agregaron los acompañantes del candidato, que comían tanto como los indígenas.

—No será esta la última vez,—dijo el cura mientras colmaba el plato de natillas.

—Cuando ustedes gusten; yo siempre estoy á disposición de mis amigos.

Y como la atmósfera se iba cargando más de lo regular, convinieron en abrir el periodo de los brindis. Larán-larán comenzó á repicar con un cuchillo sobre una copa vacía y los señores de la cabecera se pusieron á sisear como los chicos cuando imitan las ruedas de fuego. ¡Silencio! ¡Atención! A ver, el Secretario que se calle!

El cacique Brevas se levantó abrumado por la gravedad del acto y la pesadumbre del levitón de invierno, y colorado como la grana, dió la bienvenida al ilustre candidato al que querían los amigos como si fuese de la familia... le saludó en nombre de los amigos y... y... brindó por el gobierno, por el gobernador y por el ilustre candidato á quien querían los amigos...

El futuro padre del todo conmovido, se dejó resbalar por los cogines, y ya de pie se afirmó los lentes, garrespeó un poquito, cogió una copa que le llenaron y, mirando á un lado y á otro, lanzó el consabido, indispensable y elocuentísimo:

—«¡Señores!»

Pero es el caso, que una de las mujeres que habían traído para la solemnidad, no queriendo holgar en la cocina, mientras las otras se agolpaban á la puerta para curiosearlo todo, comenzó á mover cacerolas, sartenes y almireces conun ruido que no parecía sino que por la casa corrían perros con latones.

—¿Qué es eso? ¡Silencio! ¡So burra, estése usted quieta! ¡A ver; esa tia que limpia..!—y la indignación fué tal que la Marizápalos huyó asustada.

Restablecido el orden, reanudó el candidato su discurso:

—«Señores: las circunstancias porque atraviesa el país... (aplausos estrepitosos) la necesidad de que el país encuentre orientación nueva... (¡Eso, eso!) hacen que yo, el más humilde de cuantos se interesan por la cosa pública... (más aplausos).

Que no lo dejaban. El estado fisiológico de los convidados parecía destilar entusiasmo. Lo mismo era una cosa que otra; todo era bueno para ellos. En vista de esto, «aquí que no peco», el candidato se enfrascó de veras, sacó á relucir todo el arsenal histórico que le quedaba de lo que almacenó en el Instituto, y largó un programa de gobierno que, semejante al almuerzo, tampoco tenía pies ni cabeza. ¡Que importa! el *país* se lo aplaudia.

Habló de Venusta, de lo que era y de lo que podía ser por sus propios merecimientos. Ella y no Oblita, la ciudad romántica, debía ser cabeza del partido... (Aquí fué troya. El escándalo se oyó en la plaza). Continuó hablando de lo que *ellos* harían y acontecerían para restañar las heridas de la madre patria... después se enterneció por aquellas pruebas de afecto que le daban los amigos, y dale con los amigos y torna á los amigos.

En el resto de la comida y los brindis no se oyó otra cosa. Tanto, que el estudiante, que había leído á «Rinconete y Cortadillo», díjole al P. Baquero cómo le recordaba aquella escena, la del principio

del bailoteo en casa de Monipodio: «Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos y más cuando ven que se enojan los amigos. Ni hay aquí amigo,—respondió Maniferro, —que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: todos voacedes han hablado como amigos y como tales amigos, se den las manos de amigos.»

Larán larán habló, y alguno que otro, más cuando el secretario quiso, ya no pudo. Estaba hecho una cabra porque el mosto le ganó por la mano, cosa no rara en él. A bien que allí todos eran amigos.

Cuando al fin evacuaron el comedor, el P. Baquero echó al suelo seis ó siete copas al revolear del manteo, el primer contribuyente se rellenó los bolsillos de dulzajos y el secretario lloraba amarguísimamente no sé que desgracias de familia, limpiándose con un pico del mantel...

—¡Mire usted por lo que le da la mona!—decían las mujeres riéndose como canastas.

La habitación olía á vino, á grasas frias, á natas con canela, á aceitunas mascadas, á humo de tabaco y á lugares comunes eructados sobre aquella inmensidad de relieves fiambres, manchados de ceniza.

Procesionalmente pusieron el rumbo á la bodega del ilustre Brevas. Tuvieron que pasar por aquella casa que parecía un cuartel robado. En una sala en que podían correr caballos, no había más que un velón, un reloj de cuco y un montón de trigo.

—Ya se ve, un hombre solo, viudo...

En la bodega llegábales la roña á la rodilla, no podían arrimarse á ninguna cosa sin sacar un calandrajo de telarañas: toda la casa era como la capa del mendigo, sucia, hedionda, mugrienta y rezumando pesos duros por los remiendos.

Allí se volvió á brindar y discursear mientras la venencia entraba y salía como sonda en el vientre de toneles venerables. El P. Baquero no se quedaba atrás, con su medio puro mascullado al compás de la risa.

En uno de los momentos de mayor animación, el candidato llevose á Larán-larán al corralillo y allí debajo del único naranjo, á la vera del pozo, comenzó á decir cómo traía instrucciones muy apremiantes del gobernador para que la *cosa* se arreglase buenamente entre todos los amigos... y que para eso no dejara de ver, al par que á los demás, á Mariquita León, que al fin arrastraba muchos votos y era una influencia reconocida.

Larán-larán hizo un gesto como si acabaran de hacerle tragar un purgante.

—¡Pero si no hace falta! Si la hiciera, ya se lo habría dicho.

Y del todo alarmado, fué en busca de Brevas.

Trataron ampliamente de la cuestión y convinieron al fin en visitarla con cierta solemnidad. Al punto lo pusieron por obra, y los tres, acompañándolos el P. Baquero, que iba como diplomático mediador por si hiciese falta, se encaminaron á casa de Mariquita.

Llegó la embajada, que fué recibida con todos los

honores de estrado y refresco. Saludáronse ella y los dos caciques cual si no hubiera otros mejores amigos en el mundo. Presentáronle al candidato, quien rebuscó cuatro ó seis galanterías de las más cursis para hacer efecto en el ánimo de la rica-hembra y pasaron media hora en preguntas y respuestas que comprendían desde la salud del niño hasta el parto de la última vaca. Enternecía aquel interés que los unos tomaban por las cosas de los otros.

Por fin abordaron la cuestión; venían á... eso. A recabar su apoyo, su valioso apoyo á la candidatura oficial, única que saldría triunfante... lo mismo que siempre.

Entonces surgieron las dificultades, las recriminaciones, los agravios recibidos y por último la cuestión palpitante, el «asunto del médico.»

El candidato, que se ahogaba con un pelo, vió negro el horizonte á pesar de las seguridades que daban los amigos; así es que comenzó á suavizar; el cura intervino, y al cabo de una buena pieza llegaron á un convenio, según el cual, el médico quedaría en su puesto y Mariquita León se «echaría á la calle» para amparar con todas sus fuerzas la candidatura del gobierno.

Entonces Mariquita les obsequió largamente con dulces y vinos de los mejores que tenía: el candidato, otra vez resplandeciente de esperanza, enjaretó el quinto discursete y el P. Baquero le contestó donosamente en nombre de la cacica.

Despidiéronse, no sin que Brevas diese á Mariquita cuatro ó seis consejos agrícolas y Larán-larán

ofreciese enviarle, sin interés ninguno, un par de hermosos machos sementales de cierta casta albaceteña... y al ver esta perfecta cordialidad, estas deferencias cariñosas, el candidato juzgó que aquel pueblo era un idilio, un idilio político en que no faltaba ni aun el indispensable y eterno femenino.

El P. Baquero sabía la rabieta que los caciques llevaban dentro y se regocijaba á más no poder con el triunfo de Mariquita.

—¡Tomad quina! ¡Hiel y vinagre á los zorros que vienen al palomar!

La última estación fué en el casino. Allí, para confirmar públicamente el tratado de paz el candidato quiso saludar al médico y delante de todo el mundo le abrazó, le festejó, no quedándose atrás en estos obsequios ni el mismo Larán larán ni el ilustre Brevas. ¡Qué triunfo para la cacica!

Cuando despidieron á la comisión electoral, que iba levantando polvo por el arrecife, traqueteada dentro de un cochecillo de pocos muelles, el cacique máximo con su cara roñosa y su gaban de invierno, preguntó á Larán-larán:

—¿Qué te parece?

—Que ese candidato es tonto.

—Razón de más para que sea candidato.

—Pero esas paces con Mariquita León, que nos ponen en ridículo!

—A eso iba yo á parar.

—En el gobierno se creen yo no sé qué. Que la dejen por mi cuenta... que me den carta blanca y al mes, ni eso,—dijo señalando á una nubecilla de polvo blanquecino que subía por la carretera.

—Opino igual,—dijo Brevas.—Pero ¿qué quieres? Tijeretas han de ser, y no sería mujer si no lo fuesen.

—Usted no sabe lo que esto se me resiste. Si no fuese porque... nos conviene á todos, ahora mismo rompía el bastón y lo tiraba al tejado ¡Tragar al médico...! Un hombre que se me viene encima con tiquis miquis y con conciencias.

—Cosas todas de Mariquita ¿no la conoces? ¿Quién sino ella anda en eso del médico y la imbecil de mi hija, que se hace la muerta?

—Mira lo que me sucede á mí,—respondió Brevas.—Mi hijo, un poco más imbecil que tu hija, se me sube á las barbas, está insufrible ¿sabes porqué? Porque Mariquita le explota, le da dinero, no sé á que interes, pero será bueno. Viene borracho á casa y me arma la de San Quintín las más noches, pidiendo su legítima, la partición... ¡partición! Antes un tiro. De modo que lo que yo he sudado es para partirlo con ellos, porque tuve una mujer que era una burra, ahí te puse, ahí te estés, que ni oía ni entendía, y yo agenciando... ¡Partir! Cuando reviente, porque entonces no podré impedirlo; antes, no, no y no!

—Pero ya sabe usted la ley en ese punto...

—¡Ya se ve que lo sé! Como si no lo supiera. ¿Todas las leyes son justas? ¿Quién hace las leyes? Ese zanguango que acabamos de despedir con la tripa llena... ú otros como él. ¡Así anda el mundo!

—Esto hay que arreglarlo,—dijo Larán-larán—crea usted que á mi también me preocupa eso. Lo que tengo, casi todo fué adquirido en el matrimo-

nio. Mañana se casa una hija y ¡zás! el papanatas del yerno con sus manos lavadas se lleva una parte, la de su madre ¡como si la pobre de su madre se haya metido en nada!

—Ahí tienes mi á yerno. ¡Buen par, él y mi hijo! Los dos me piden, los dos me acosan... es que las leyes las hacen los hijos y los yernos, no te quepa duda. En fin, que el mundo anda al revés... ya ves ahora. Diremos como aquel cura, «enaguas arriba y calzones abajo». Las de Mariquita León las sentimos arremolinarse encima de nosotros. Y esto, cuando creíamos haberla arrinconado para siempre. Ahí viene el Sacristán que nos dará consejo.

-- Lo único que dará en su vida. Es un buen hombre.

—Eh, ¿adonde va lo bueno?

—En busca de lo mismo.

—Muchas gracias por la fineza, si es por nosotros. ¿Qué te ha parecido el sugeto?

—Lo mismo que todos esos. Habladorcillo.

—Eso mismo le decía yo á á Aurelio.

—Picado de la mosca parlamentaria y con estos calores...

—Cosas de las capitales. Allí les hacen el paladar con un discurso y los destetan con esas pamplinas. Pero este viene agarrado... la carta del gobernador no tiene escapatoria.

—¿Tú, que pensabas?—dijo el Sacristán—¿No te lo dije? Mira que esa nos da el disgusto... Y tú, que si fué, que si vino, con lo del médico.

—Y ¿qué había de hacer? ¿Dejar á Berrinches haciendo de las suyas?—dijo Larán larán del todo encrespado.

—¿Tantas cosas hace?

—No; un escándalo todos los días.

—Pues, alma de cántaro ¿no tienes guardas? ¿no tienes alguaciles? Pues que lo monden, que lo despellejen en cualquier calleja, en el campo... y aquí no ha pasado nada. Parecéis niños de la doctrina.

—El viejo tiene razón.

—La tiene siempre.

—Decírselo á mis sobrinos y á ver que dicen.

—¿Todavía andan con eso?

—Y andarán hasta que yo los cierre. ¡Chiquillo con más ruído...!

—Tú lo tienes que decidir,—dijo Brevas.

—Yo; pues está claro. Y ¿qué decido? ¿Qué hago, para dormir tranquilo, después... allá, según dicen? Por sí ó por no las cuentas claras.

—Por si ó por no, dices bien. Pero que no nos jeringuen antes y con tiempo, para que aflojemos la bolsa.

—¡Aflojar! Cuando las manos se abran con el último frío... antes no.

—Esa es la mía.

—Y la mía también.

—¿Qué dirá el pueblo de estas paces?

—El pueblo no se ocupará mucho.

—¡Honrado pueblo!

Y los tres se apartaron para no aplastar á una turba de escarabajos que en medio de la carretera hacía sus labores en material fresco que habían dejado unas vacas.

—¡Honrado pueblo!—repitió el Sacristán.

¿Por cual pueblo lo dirían? ¿Por Venusta? ¿Por los laboriosos escarabajos?



VII

El día antes del de la Patrona llegó el tamboril, y con el dichoso instrumento una ráfaga de alegría loca. Estallaron de una vez las ganas de divertirse que tenía el pueblo, y que el afanoso tragín de la recolección había acallado. En todas partes holgaban y se divertían, ¡por qué habían de ser ellos menos? Parecía que el aire cálido de aquel verano metía en las mismas venas esos hormigueos que hacían dar brincos a media humanidad,mientras la otra media se disolvía entre cieno y sangre en las que fueron colonias.

Mucho se hablaba de la España dolorida, pero

hay que reconocer que cual viuda un tanto alegre de cascos, llevaba muy bien su dolor sin que le faltase un trozo de blonda y un poco de colorete que echarse á la cara para llorar con un ojo y reir con el otro... Iban llegando los repatriados, como esos restos de un naufragio que empujan las ondas hacia la playa: un motivo más para estar contentos: al fin volvian los hijos al regazo de su madre, la gran tragicomedia había terminado. Había pan, había vino... dinero no faltaba; pues cada uno á lo suyo, que «debajo de mi manto al rey mato», como decía Sancho Panza.

Desde por la mañana comenzó el jaleo: la velada llamaba gente, y el paseo todo lleno de humo de sartenes, se vestía de fiesta. Varios puestos había de los indispensables alfajores, avellanas y cocos y dulzajos morunos, y allá en el fondo, una gran rifa chupaba los cuartos, mientras media docena de gandules invitaban al juego con un chirrido de insectos incansables: el clarinete del «Tío vivo» llamaba á los chicos, como el tamboril convocaba á los mozos y los hacía bailar bajo los árboles, á la sombra de los edificios, en mitad de la calle... donde quiera que se reunían ellos y ellas. No dejó de oirse en todo el santo día el pito del tamborilero con aquel acompasado ¡pom, pom! que le acompañaba.

Por la noche hubo fuegos que llenaron de chispas el paseo y de cohetes el cielo. Todas las «clases sociales» estuvieron dando vueltas por la plaza, codeándose, estrujándose, enseñándose las galas incomodas, que pronto guardarían en el arca para

echar mano á la vendimia. Al día siguiente vino la música de un pueblo cercano: despertó al vecindario con la alegre diana, mientras el tamboril seguía quitando el sueño á las cigarras que se desperezaban en los olivos. Desde bien tempranito comenzó el gentío á caminar hacia la ermita. Brillaban al sol las palas de las chumberas, llenas de higos dorados y dulces; el viento movía la masa frondosa de los pinos con un rumor misterioso y doliente quo parecía un rezo de la naturaleza... allá arriba la campanita de la ermita repicaba locamente llamando gente para la fiesta; y la arena parecía oro, el aire perfume de un incensario, los pomposos racimos que de las vides pendían, granos de ámbar apretujados en turgentes carnosidades que el sol suavizaba cuajando el mosto, la gota de luz y de alegría en cada una de aquellas cápsulas transparentes.

¡Qué bien sonaba el tamboril bajo aquellos pinos! Era algo pastoral que estremecía al ganado... Ninguna música como aquella tan plácida y bucólica para festejar á la Virgen del Alamo, la madrecita que escogió el campo para su vivienda, é hizo su templo primitivo en el corazón de un árbol en que labraban panales las solícitas abejas. El P. Baquero andaba rondando por allí, con su sotana que á un pino de aquellos podría servirle, el medio puro y la cara de risa... era el día suyo, el gran día del capellán de la Virgen.

—Vamos, muchachos, ¿quiénes van á sacar á la Señora?

Todos querían. Unos por promesa, otros por rum-

bo, quien por esperanza de alguna curación, quien por regodeo de cierto noviazgo que «estaba al caer». Señaló el cura los turnos y dió á los escogidos sendas ramitas de álamo.

Llegó la Hermana Mayor y camarista de la Señora, Mariquita León, que venía puesta de veinticinco alfileres, como quien iba á sentarse en el sillón mayordomal, delante de la virgen. Brillaba en su rostro de mujer saludable cierto orgullo sano como el resplandor de su propio valer, que da el aplomo social necesario para estas cosas. El cura Baquero comenzó á requebrarla y á ponerla en las nubes como mujer, como cacica y como mayordoma. Dióle agua bendita y la acompañó al altar, donde oró antes de sentarse en el sillón rojo qne parecía un trono: después le entregó la insignia de su cargo, una vara con un sol de plata en el remate y dentro de él el álamo simbólico con una imagen chiquita de la virgen.

El templo estaba lleno: en el banco de la Hermandad estaban los prohombres; en el de enfrente la corporación municipal con Larán-larán á la cabeza, aquel día muy peripuesto con una corbata color de aceituna, que era la admiración de sus vasallos. Allá fuera, la turba engalanada con los trapitos domingueros, resguardándose del sol debajo de los pinos que se mecían quejumbrosos con un blando rumor, mientras el tamboril esparcía sus tranquilos sones por las enramadas. La campanita seguía repicando con un parlero ruído de niño alegre ó de pájaro regocijado que siente venir la primavera.

Habían llevado un harmonium, y éste suplía al órgano en lo de acompañar los cantos. Dos sochantres, los mejores de la comarca, estaban allí, con sus sobrepellices almidonadas, esperando el momento. Salieron los sacerdotes al altar: celebraba el párroco; hacía de diácono el cura del Junquero, y de subdiácono un ordenado de Venusta. Comenzó la misa, y ya en esto el P. Baquero estaba preparándose en la sacristía. Cuando el diácono acabó de leer la página del Evangelio del día, salió al altar, oró como es de rúbrica, y acompañado de Larán-larán, de Brevas, de una comisión de cofrades y de los ministros de la iglesia, subió al púlpito, cuya baranda apenas le llegaba á los muslos.

Comenzó con el manoseado tema (el de siempre): «*¿Quæ est ista quæ ascendit per desertum sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ, et thuris et universi pulveris pigmentarii?* (Canticum canticorum, cap. III, ver. VI).» Y derramó sobre los fieles el sabor amoroso de aquel cantar salomónico, de aquel idilio que sigue embriagando á las generaciones, y que de haberlo entendido los oyentes, les hubiese embriagado también en aquella ermita llena de sol, oliendo á incienso, perfumada por la resina del pinar y por el vaho de las viñas, y arrullada de lejos por el zumbido de la muchedumbre y por los ecos pastorales del rústico instrumento... ¿qué tenían que ver las tiendas de Cedar, las viñas de Engadi, los collados de palestina, los montes de Bether, de Galaad y del Líbano, las cumbres de Amana, de Senir y de Hermon, el vino de Chipre, el olor de los áloes y los granados, con aquellos co-

llados de Venusta templados por el sol, refrescados por los pinares, bordados por las pitas y las chumberas, arullados por las tórtolas, perfumados por los tomillares y los romeros, y coronados por la ermita del Alamo?

El P. Baquero la tomó después con los pecadores, con los que volvían la espalda á la eterna bondad que subía como columna de humo por el desierto implacable de la vida. Aquel sórdido afán de juntar tesoros en la tierra «donde el orín los corrompe y el ladrón los hurta» en ver de juntarlos en el cielo como Cristo ha ordenado... aquel insensato olvido de todo lo ideal, para vivir como bestias, gruñendo de envidia ante el bien ajeno y defendiendo el propio como si en el estuviese íntegramente encarnado el humano destino... ¡el vil interés metido en los huesos mientras el alma está vacía! Y como Salomón, les gritaba desde el púlpito: «*¡Accipite disciplinam meam et non pccuniam: doctrinam magis quan aurum eligite!*» La doctrina mejor que el oro escogido... ¡qué cosas tenía ese P. Baquero!

Díjoles también cómo la avaricia cierra las puertas del cielo, porque antes cierra las de la virtud en el alma: que la única diferencia que hay entre el hombre y el demonio, es que éste no tiene ni caridad ni esperanza, cosa que también acontece con el avaro... en fin, que se despachó á su gusto, mientras los fieles le escuchaban con tanta pachorra, como poco propósito de enmienda. Hubo en la «súplica» su golpecillo patriótico, y cuando el padre Baquero descendía magestuosamente del púlpito haciendo crugir los escalones, entre el rumor

que se produjo al mudar de postura el concurso mientras los sacerdotes volvían al altar, oyóse la voz del párroco que entonaba el *¡credo in unum Deum...!* Los sochantres tomaron la nota y, haciendo honor á la solemnidad, cantaron un Credo clásico con sus graves vozarrones, contoneándose delante de un facistol imaginario.

Después, cuando el sacerdote inclinado sobre la áurea patena decía misteriosamente las cinco palabras de la consagración del Pan, comenzó la gente á arrodillarse: los ciriales de plata salieron de sus cujas y vinieron delante del altar, puestos en alto como la llama de la Fe que arde frente al Tabernáculo; una ráfaga grandiosa parecía envolver aquel misterio que se desarrollaba á la luz del sol, en plena naturaleza, en la mansa majestad del campo lleno de olores... y cuando el cura alzó temblando sobre su cabeza la forma blanca y aérea que el humo del incienso azuleaba, una poderosa vibración sacudió la ermita como el soplo de algo eterno que pasaba, estremeciendo los espíritus y las cosas.

Repicaron las campanillas de plata en el altar; el esquilón volteado furiosamente, llenaba los pinares con su alegre tintineo: la música dió al aire las notas reposadas de la Marcha Real, y las ruedas de fuego y los cohetes voladores estallaban con estruendo en aquellas alturas azules. Después parecieron volver á la vida real, calmosa é indiferente: sólo se oía el rumor de los árboles que mecían su fronda, el ruido de las cigarras cantando en aquellas cuestas soleadas, y el ¡pom, pom! del tamboril

que seguía sonando bajo las húmedas bóvedas, como otra cigarra incansable y zumbadora.

Acabada la misa la multitud se desparramó por el campo, y mientras unos acudían á la merienda echados por el suelo, otros bailoteaban á la sombra. Allá en el fondo de la ermita, que lamía el sol, brillaba un astro de plata entre fulgores de cirios; el *paso* de la Virgen y su áureo vestido, costeados por Mariquita León. Las personas graves tomaban un picoslabis en la sacristía, mientras el coro de mujeres rodeaba á la Virgen, haciéndola apremiantes ruegos sobre todas sus necesidades. Mariquita León, con su ancha cinta mayordomal al cuello, estaba en la sacristía dándole vaya al P. Baquero, que «embaulaba tasajo como el puño», ó sea anchas y no muy sútiles lonjas de jamón en dulce, cocido y almibarado en la propia cocina de Mariquita. Allí se respiraba un ambiente de paz y concordia entre los caciques cristianos, que de haber sido verdad, otro gallo le cantaría al pueblo y no se perderían del todo las enseñanzas del predicador, el cual tenía que decir siempre lo mismo, «porque tan malos sois este año como el anterior».

—Vaya, Padre, esta copita de tinto, y Dios haga que pueda usted ponernos verdes muchos años todavía;—dijole Brevas, envuelto aquel día en su noble circunspección y en el gabán de rigoroso invierno que le servía de prenda solemne.

—Pues la mía no se queda atrás;—saltó Larán-larán acudiendo con otra copa.

—Ni la mía tampoco,—dijo Mariquita.

—¡Señores, señores!... Ustedes se proponen qui-

tarme del mundo, para no tener quien les diga las verdades... pues las han de oir, las han de tragar como yo me traigo el vino.

—Cuidado, Padre, que el tinto se sube á la cabeza,—le dijo el cura del Junquero.

—No se sube, no se sube... porque le echo esto encima y no tiene escapatoria.

Y se echó á pechos una lonja tal, que podría servir de lápida sepulcral á todo el tinto de los Paniaguas.

«Pasada la siesta» organizaron la procesión: había que llevar la virgen al pueblo, pasearla por el campo para que éste recogiera su bendición, y dejarla en la iglesia parroquial tres días. La campana echada á vuelo llamó á la gente que retozaba bajo los árboles. Iba delante el tamborilero tañendo sin cesar, asustando á los lagartos que tomaban el sol en los vallados: luego el concurso masculino en dos no muy regulares hileras: la turba de chiquillos corría por todas partes, saltando, enredando, trastornándolo todo y brincando por entre las púas de las chumberas cada vez que la caña de un cohete caía en alguna heredad. El P. Baquero iba y venía poniendo orden, riñendo, lanzando vigorosos apóstrofes, con aquella sotanaza luenga, que le vendría pintiparada al célebre «pino gordo». Cuando había que apelar á la fuerza, el cura la emprendía con el bonete. Todos los años rompía uno.

—Oye tú, Pitito, ¿ya la tomaste? Pues como me tas la pata, con dos bonetazos te compongo. Acuérdate de ahora dos años.

Iba la Virgen bajo su airoso templete de plata

«Meneses», vestida de tisú y manto azul, hecha un ascua de oro. Cada vez que paraban se remudaban los hombres, porque todos querían llevarla: el Padre Baquero intervenía en ese pugilato. Delante de la Virgen iba Mariquita Leòn con su vara de plata, contoneándose y deseando que la procesiòn llegase pronto á la entrada del pueblo para ver á su hijo que la estaría esperando, cogerlo de la mano y llevarlo así, que la «Señora» lo fuese viendo, así como el Niño aquel tan bonito y alegre, que iba jugando con el mundo. Dos incensarios con ascuas bien vivas, iban y venían por el aire lanzando chorros de humo azul que envolvían á la imagen como en una gasa olorosa. De lejos, parecían aquellos incensarios en que la llama del sol se reflejaba, dos luceros venidos del espacio para guiar por el mundo el trono de la Virgen.

Detrás iba el párroco de capa pluvial, con los otros clérigos y ministros, y los sochantres entonando el himno *Ave maris Stella;* luego el Ayuntamiento y las personas más graves y notables; después la música, y á lo último una muchedumbre femenina que, como cinta de hormigas llenaba el camino, se amoldaba á todos sus recodos y se perdía allá en la altura de los pinares, en que se confundían los rumores del rezo humano y los de aquel manso y misterioso rezo del ramaje ondulante.

A la cabeza de aquel enjambre marchaba una vieja descalza, con un cirio en la mano, ardiendo en guisa de voto. Era la tía Alamo, aquella que pedía á la Virgen la vuelta del soldado para que la defendiese del despojo que su hija y el marido preten-

dían. Lo habían consumado ya: tres noches antes la echaron á la calle á patadas, á ladrillazos, por lo que llevaba todo un lado de la cara negro y un párpado hinchado. En cuanto la vieja salió huyendo de la muerte, metieron el burro y los cochinos en aquella choza por cuya posesión se mataban las familias. Todo el mundo sabía esto y se compadecían de la vieja.

—¡Pobre! ¡A su edad... qué hija tan mala!

Pero allí iba el yerno cruel, en la misma procesión, riéndose del mundo entero, muy satisfecho de que al fin aquel andrajo humano hubiese huído á los golpes, dejando las tres varas de choza que necesitaban sus animales.

Al entrar en el pueblo se aumentó el ruído: los cohetes iban estallando en el aire sin interrupción: la muchedumbre aclamaba en las calles; las campanas de la parroquia repicaban con furia tal, que se hundía la torre. El pueblo todo parecía estremecido por una honda conmoción en que hasta las piedras vibraban.

—Vamos á ver... ¡qué no toquen el *paso* más que los que yo diga! Mira tú, Cigüeña de los diantres, á ver si sueltas eso. Esto es para los hombres. Las mujeres, á rezar y á dejarse de líos.

—¡Padre Baquero, á mí!

—Padre Baquero, que èste me está mordiendo pá que suelte...

Y el padre Baquero se balanceaba á los empujones de la multitud. Allí hubo de entrar en funciones el bonete, que era asáz duro, y más, descar-

gado por aquel brazo que parecía la rama de un pino.

Mariquita León encontró á su niño algo más pálido y tristón... Lo cogió, le besó, se lo enseñó á la Virgen. Después, se revolvió furiosa. ¡A qué lo habían hartado de dulzajos y porquerías!... Si lo tenía dicho; si ella no podía faltar un solo instante de su lado!

—¡Virgencita mía, que no se me ponga malo!

Y siguió adelante angustiada, distraída, llevando de la mano á su hijo y sintiendo como aquella manecita ardía...

Ya no fué la mayordoma arrogante que iba delante del *paso* vendiendo salud y deslumbrando de hermosura. Los temores de siempre volvían á punzarle... y aquella «espina» le volvía á hacer sangre, clavándosele allá en lo hondo, en el sitio en que sentía la duda corrosiva de si por acaso, movida por un interés egoísta, había prestado todo su sér á los deseos de paternidad de un tuberculoso moribundo.

¡Pom, pom! ¡Pom, pom! refunfuñaba el tamboril allá á lo lejos, con su zumbido tembloroso de cigarra incansable. La muchedumbre hervía en movimiento y en gritos: el sol jugaba en la plata arrancando chispas y resplandores á toda aquella acompasada grandeza, y á su luz, ardían la cruz parroquial, los ciriales, los incensarios que se columpiaban arrojando chorros de humo, el templete airoso, el vestido de la Virgen, la bolita blanca con que jugaba el Niño...



VIII

TODO el pueblo sabía que el hijo de Mariquita León desde el día de la Vírgen estaba malo y que no le ponía buena cara el médico. Principióle el mal por un tremendo empacho de golosinas y le seguía con unas calenturas gástricas que traían al médico á mal traer. La casa de Mariquita estaba hecha un barullo y como ésta no se cuidaba más que del niño, sus hermanos disponían y dirigían todo el tragín. Iban á comenzar la vendimia, así es que lagares, cubos, carros, capachos, todo se aderezaba aparejándolo para la faena. Y como Mariquita era la única que sabía las cosas de su casa, á ella acudían cada tres minutos para preguntarle sobre los necesarios extremos.

—Que no me pregunten nada: he dicho que no tengo mi cabeza para esto. Lo que no se encuentre

se compra; lo que no se compre se pasa sin él... ¡está el Amo enfermo!

Otro cáustico eran las visitas: aquel continuo zumbar de las comadres que querían ver al niño, el empaque solemne de las entonadas dueñas, el desfile de los conocimientos con el farragoso montón de consejos y medicinas caseras, todas de éxito maravilloso é infalible...

Cuando Brevas acudía también á cumplir este deber, encontróse con el Sacristán, que iba á lo mismo.

—¿Se morirá el chiquillo?

—Ya ella tiene hecho su negocio. Lo que queda es suyo.

Y entrambos pensaron en sus hijos, que solo les servían de eterna pesadumbre. Aquel Juanito *Sinsal*, atento solo á pedir lo suyo y á hurtar lo del padre, hecho un bigardo, arrastrando el apodo como un diploma de ineptitud... y aquel engendro sacristanesco que representaba la duda dolorosa de una paternidad senil, el fruto incierto de una cabriola de sátiro sesentón... y entre padres é hijos interponiéndose el caudal, el dinero, el montón lentamente elevado y que otros querían destruir, echarlo por tierra, desmigajarlo. ¡Mariquita León era más feliz que ellos!

Templados y graves estuvieron los dos prohombres en la visita Vieron al niño y...

—¡Esto no es nada! Yo creí otra cosa...

—Antes de tres días le he de ver corretear por las calles, acaso pisando uvas en el lagar.

—¡Dios lo quiera! ¡La Señora lo haga!

—No te apures, tonta: los chiquillos son la fior de la maravilla: parecen que se están muriendo y de dos saltos se ponen á jugar con un mendrugo debajo del brazo.

Y bromearon un poco para confortarla.

—¡Estas mujeres que se ahogan en un buche de agua!

Y el Sacristán recordó cómo siendo Mariquita una mocosa, enfermó y la dieron por muerta y hasta le previnieron la mortaja... que ella misma llevó de allí á unos días á la ermita de la Virgen, y junto del altar la colgaron.

—¡Dios lo quiera!

Y miraba al niño, que estaba como ardiendo debajo de las sábanas y se estremecía con súbitas encogidas febriles. Cuando los dos viejos salieron á la calle, anduvieron un poco en silencio.

—¿Qué opinas?

—Que están de enhorabuena esos zánganos hermanos de Mariquita,—contestó el Sacristán con tono de envidia.

—¿Eh? ¡bestias con más suerte!

Por la noche vino el P. Baquero. A esa hora crecía la fiebre. Solo con Mariquita León en aquella alcoba grande, charlaba el cura procurando asordinar su voz. Desde allí oía el rum rum de la gente que entraba y salía, el traginar de los mozos de labor que subían al granero, iban al pajar, entraban en las cuadras, y volvían á la cocina á dejar los candiles y faroles...

—¡Esto es vivir en el fondo de una guitarra! ¡Que no ha de haber nunca sosiego en esta casa!

Y se incomodaba y renegaba de la labor y maldecía de todo aquel ruído que la punzaba el cerebro.

—A ver si no exageras... que hasta con eso se ofende á Dios. Ni tu hijo es el primero que cae malo, ni será el último que se pondrá bueno. No hay que alborotar así á tontas y á locas como te pasa siempre. Yo no le veo tan malo.

—Pero es que... ¡Usted lo sabe!

—Lo mismo te digo. Esas son ñoñeces, ea: el chiquillo vino al mundo porque quiso. El que todo lo puede y no hay en esto «aquí lo puse». No parece sino que ahora el mundo se vuelve un puro escrúpulo... al Sacristán, un mal pellejo con más botanas que pesetas, todo se le vuelve poner en duda el regalo que le hizo el diantre: si será, si no será... cuando aquel chiquillo lunanco y más malo que la peste trae la ejecutoria al descubierto. Tu, que para ser tonta no te falta nada, andas conque si sería el interés ó el cariño ó la compasión... ¡miren qué caldo hará todo eso en el puchero!

En esto vino el médico.

—¡Don Jacinto!...—clamó la triste madre como si entrara por aquellas puertas la salvación.

Vió al niño, preguntó, se enteró de todo, recetó.

—¿Está grave? ¿Hay peligro?... A mí me lo puede decir todo...

—No: *todavia* no. Pero hay que estar alerta: esta enfermedad es sigilosa, traidora...

¡Cuán mezquina esperanza! Aquellas cuatro palabras la dejaron fría: se la vió palidecer...

Don Jacinto no era solo el médico, era también

el amigo. Sentado á la cabecera de la camita permaneció un buen rato sin hablar como saturándose de aquellas tristezas entre las que el médico vive. Allá en el fondo veíase una cómoda antigua con grandes tiradores de metal: encima un ejército de cacharritos y detrás una Virgen del Alamo metida en un fanal entre un bosque de flores de trapo é hilillo de oro. Una luz ardía encerrada en un vaso de cristal azul y alumbraba el fanal y un extenso círculo del techo. La gran cama matrimonial parecía tener colgaduras de sombra; el luto de una viudez rígidamente guardada. A la vista de aquellos dos lechos silenciosos, de aquella luz que alumbraba á la virgen, de aquella penumbra angustiosa en que la alcoba se hundía, saturada del acre olor de los medicamentos, predispuesta por la impresión recibida poco antes, exaltóse la imaginación de Mariquita recordando escenas de dolor que parecían desgarrarle el alma.

—Una noche como esta... por el mismo tiempo; estaba yo ahí, con la cabeza echada sobre la cama... no podía llorar, para que no me viese. Parecía un esqueleto... largo, descarnado, casi transparente. Vivía con los ojos, ¡qué ojos, Dios mío! Ya no tosía ni tenía fuerzas. Para entenderlo, tenía que pegar su boca á mi oído... y algunas veces en vez de hablar, me besaba. ¡Cuánto sufren las personas! quería decirme con aquellos ojos que agrandaba el miedo. Sí: tenía miedo á la muerte que veía venir sin poder huir de ella, se sofocaba, mordía la sábana, se hacía aire con las manos... y me miraba renco-

rosamente como pidiéndome cuentas de esta salud insultante que para nada le servía. ¡También á mí me daba mucha rabia de tener salud, de estar fuerte, sin poderle dar al pobrecito ni un soplo de vida! Y qué sudor... el de la muerte. El me miraba en silencio, siguiendo paso á paso el trabajo de la muerte que lo derretía por dentro. ¡Qué escalofríos tan largos... que lo sacudían desde los pies á la cabeza! ¡Qué congojas! Después parecía que se iba durmiendo, sin dejar de mirarme... arañaba las sábanas con un compás lento, continuo, que yo sentía como si á mí me estuviera arañando el corazón... después unos suspiros hondos, que desgarraban el alma, ¡acabemos ya! Si no hay otro remedio, cuanto más pronto mejor, quería decirme con aquellos suspiros de una desesperación á que se entregaba entero... le cogí la cabeza, me miró sin verme... le estiró los labios una sonrisa que todavía estoy viendo, rodaron los ojazos turbios para arriba... por última vez... y se quedó así, inmóvil para siempre.

Y Mariquita siguió llorando, mirando al lecho en que el P. Baquero y don Jacinto creían ver, con algo de espanto, la sombra rígida de aquel cadáver que evocaba con sus tristes recuerdos la viuda.

—¿Qué locuras son estas? A ver si te alimentas y no hablas más tonterías. Ahora, á cuidar del niño y... nada más. ¡Estamos frescos!

Aquella excitación de Mariquita asustaba al Padre Baquero y quería volverla á la realidad con revulsivos de palabra, con esas brusquedades suyas que parecían ventosas. ¡Demontre de mujer! Aquella hormiga hacendosa que no parecía mirar más que

al suelo, salía á lo mejor despuntando por todo lo alto y ¡vaya usted á pararla! Harto le había dado que hacer en el confesionario.

—Pero ¿tú qué eres, Mariquilla del diantre, una cacica ó una monja?—le había dicho mil veces.—Apenas dejas de arrastrar las sayas por esos barrizales buscando votos y ruídos como dice Brevas, cuando ya te vienes con que si fué, con que si vino, con tiquis miquis, como si con agua pasada molieran molinos... y todo esto revuelto con un geniazo y tratando á bramidos á tu gente. ¡Quien te entienda que te compre!

En esto una záfia criada comenzó á golpear con verdadero furor en el almirez, con unos bríos tan sólo comparables á los del señor cura que estaba presente.

—¡Bestias, salvajes!—salió diciendo Mariquita que iba para la cocina hecha una vaca brava.

—¡Allá va la leona! Mejor. Verá usted como ahora se le pasa todo eso,—dijo el cura á don Jacinto. Y era verdad; porque cuando volvió, respirando indignación por todos los poros, era la mujer dueña de su casa, la rica hembra algo despótica que tiene fuerzas bastantes para hacer que la obedezca el mundo entero.

—¡No faltaba más. Que á mi hermano se le antojó comer ensalada y en seguida encontró una bestia que se pusiera á escandalizar repicando... no sé como no echó á cantar á voz en grito, ¡para lo que faltaba! Mi hermano que se vaya á comer á su casa. ¡Les interesa mucho la salud del niño! Como si

no nos conociéramos. !Ni una sola vez han asomado el hocico por esas puertas!

—Y al que lo hubiera asomado le largas un bufido que no vuelve por otro. ¡Ni que tampoco te conociéramos! Lo que tienes que hacer es comer, alimentarte, descansar y dejarte de aspavientos. ¿Tendré que traer el púlpito de la ermita y venir á predicarte á todas las horas del día?

Salieron juntos el médico y el cura; iban calle abajo hablando y haciendo conjeturas sobre el desenlace de aquella enfermedad que más que el hijo la sufría la madre.

—Ya se lo he dicho á usted, lo que es como buena, es buena. Un poco rara, mandona, al fin viuda y rica, pero un alma de Dios. ¡Así fuesen todas como ella!

En la puerta de la botica se despidieron. Había tresillo en la rebotica aquella noche.

—¿No entra usted, don Jacinto?

—No puedo. Voy á estudiar si es que me dejan...

Y habló un momento con el boticario sobre ciertas recetas delicadas que vendrían.

Al embocar por la plaza, destacóse una luz que descansaba en la puerta del Ayuntamiento.

—¡No hace falta, sereno; buenas noches!

Pero la luz siguió andando hasta ponerse á dos pasos del médico.

—Estoy esperando á usted de orden del alcalde.

—¿Qué pasa? ¿Otro herido?

—No, señor: el hijo de la tía Alamo, el soldao, ha venío esta tarde. Viene mu malito, muriéndose á

peazos, y el alcalde me ha dicho que lo viera usted y que toas las medecinas corren por su cuenta.

—Pues, nada, ahora mismo.

—¿Pero ande va usted?

—¿No vive allá?

—La tía Alamo está recogía en el portal de la Misericordia. La hija la echó la otra noche y el yerno le tiró dos ladrillazos que en poquito se quean con ella.

—¡Qué congojas, Dios mío! ¡Cómo se vuelven fieras estas gentes por el vil interés, el ochavo roñoso que envenena las almas!

Y alumbrado el camino por el farol del sereno, emprendieron la marcha éste y el médico hasta la salida del pueblo donde está, todavía en pie como un sarcasmo, el antiguo hospital de la Misericordia.

Vendido el edificio allá en los tiempos de la desamortización, en él tenían Brevas una bodega y el Sacristán un depósito de aceite. Para los pobres, para la misericordia, sólo quedaba el atrio. Abierto á todos los vientos, con sus arcos ruinosos, aquel era un ruín albergue, pero la mendicidad trashumante lo convertía en palacio. Aquella noche había mucha humedad: caían las primeras *blanduras* y al sereno se le hacía la boca agua, porque tenía sus millares de cepas y la uva tomaba caldo. Cuando llegaron allá, el médico sintió todo el frío horrendo de la miseria al aire libre, de aquel desamparo comunicado con las estrellas. Junto á uno de los arcos tapiado á medias con un mantón y unos cuantos sacos tupidos por la tierra del campo, encima de un mal jergón de hojas de panizos, que á cada

movimiento refunfuñaba, cubierto hasta la cintura con unos andrajos de sayas rotas, estaba, echado boca arriba, un soldado español moribundo, que venía de allá lejos, de aquellos sitios traidores en que se hundió la bandera... brillaba en su pecho una cruz que parecía un agujero por el que asomaban internas claridades. Había llegado aquel mismo día, agónico, robado por cariñosos compatriotas explotadores de toda esa lacería que el mar nos devolvía; deseando morir bajo las ramas secas de su choza, respirando el vaho caliente del estiércol, recibiendo las ásperas caricias de la familia enternecida, lejos de aquel sol asesino, de aquella hambre homicida, de todas esas vergüenzas ensangrentadas con que los venían azotando...

Y al llegar, encontróse sin choza, sin familia, sin amparo; sin más abrigo que aquella madre aporreada y hambrienta y aquel atrio abierto á todos los vientos y á todas las miserias. ¡Cuánto más valdría haber muerto *allá abajo*, donde quedaban tantos! ¡Al menos, aquellos los enterraban ó los tiraban al mar con una ilusión dentro! Parecía mentira que aquel hombre hubiese podido arribar. Ahora estaba en las últimas, agonizando lo mismo que el marido de Mariquita, según ella había descrito... largos escalofríos sacudían al esqueleto terroso que se debatía en los andrajos: asistía con dolorosa estupefacción al siniestro trabajo de disolución que hacía la muerte... no bregaba con ella, ¡para qué! no había más que entregarse entero; ¡cuanto más pronto, mejor!

—¡Tiene frío... tiene frío! —decía la tía Alamo

viendo que su hijo agarraba puñados de aire como queriéndose tapar con una manta imaginaria. Y la vieja enclavijaba los dedos cual si quisiera rezar, ó se tiraba de los pelos en súbitos espasmos de desesperación.

A la luz del farolillo que iba y venía por aquel antro, aquella vieja desgreñada, que llevaba en la cara el livor de la reciente afrenta, la mancha cárdena en que pusieron sus hijos la carícia definitiva, parecía un pajarraco aplastado de una pedrada entre las espinas de los zarzales.

—¡Qué espanto de mundo!—pensaba el médico.—¡Así se muere la gente en este desierto, en que no hay más hilo de agua que el interés!

La tía Alamo conoció al médico, irguióse y comenzó á plaguearle:

—¡Don Jacinto!... ¡No hay justicia!... ¡quiero mi choza! ¡Quiero mi choza pa que mi hijo se muera en ella!—Y luego, cerrando los puños que parecían dos guijarros, amenazaba á la húmeda noche.—¡Perros, judíos! ¡Permita Dios que se os junda encima!

Allá en el otro rincón del atrio había dos mendigos, hombre y mujer, que guisaban algo apestoso en una candelilla de dos tizones. Llegaban cansados, querían comer y dormir, y se encontraban con aquella escena que les ponía de mal humor. Refunfuñaban como perros amenazados. ¿Acaso aquel plácido lugar de recogimiento, horro de ruídos y de alcabalas, iba á convertirse ahora en asilo de moribundos y en recinto de clamores? La candela medio tapada por haraposos envoltorios, parecía una puñalada abierta en la negrura de la noche.

Llegaron dos ó tres comadres, gente pobrísima: la una traía un candil y en una alcuza una lágrima de aceite; otra un torrezno metido en un bodoque de pan: ¡lindo alimento para un agonizante!

—Sereno, vaya usted á la botica, que le den esto; allí estará el P. Baquero, dígale usted que venga, *que hace falta*... él sabrá lo que hacer.

Y como hombre caricativo, que al fin era pobre, sacó unas monedas y se las dió á la vieja. Los mendigos, que todo lo observaban, comenzaron á roznar de pura envidia:

—¡Sopla... vaya una limosna! ¡Nunca nos la dan así á nosotros!

Y más que la candela, brillaron en la obscuridad los dos pares de ojos avarientos.

Desde el cauce negro de la callejuela por donde regresaba al pueblo, seguía oyendo el médico el grito desesperado de la tía Alamo que pedía su choza. Volvió la cara y solo vió la masa obscura del antiguo hospital: á un lado del atrio la lucecilla temblorosa del candil que alumbraba la agonía del soldado: al otro, el resplandor rojo de la candela del mendigo que parecía el ojo de un monstruo enfurecido parpadeando en las sombras. ¡Cuántas tristezas! ¿Cómo había de figurarse lo que era el mundo, cuando estudiaba en Cádiz, en aquella alegre «tacita de plata»? El título se le subió á la cabeza apenas lo cogió en las manos: quería ejercer, practicar, hacerse de un nombre al mismo tiempo que paseaba por el mundo la honradez heredada... el anuncio de una vacante, cuatro informes vagos, datos atropellados de un Diccionario geográfico, lo

echaron para aquella Venusta que ahora le espantaba. ¡Con qué parsimonia hacían trizas lo más santo! Con una aterradora naturalidad, sin ponerle un solo viso trágico ni aparatoso, dejaban que la pasión fuese labrando, carcomiendo... el interés roía, hasta que se desplomaban esos muñecos de carne y al acabar con unos comenzaban otros, generación tras generación. Los unos sabían los pecados de los otros y todos vivían al exterior, mansamente; pero dándose puñaladas feroces por la espalda.

Y luego, ¡qué indiferencia de brutos por todas las desdichas de España! ¡Qué egoismo tan bárbaro y vergonzoso! Ahí se conocía: aquel pueblo en que todos tenían bienes, dejaba morir bajo el portal de la Misericordia, abandonado como un perro, al soldado de la patria. ¡Aquello es lo que la patria le ofrecía!

Con estas cavilaciones marchaba el médico, cuando de una puerta saltó precipitadamente un hombre que se quedó plantado en medio de la calleja, comə cerrando el paso. Don Jacinto se detuvo, sin saber qué hacer. La hora, el sitio, la obscuridad, aquel bulto pasivamente amenazador, eran causas más que suficientes para tamaños recelos.

—¡No hay que asustarse, que con usted no va ná!

—¿Quién es usted?

—Soy Berrinches, pa servirlo ahora y siempre que pueda.

—Bien. ¿Y usted qué desea?

—Darle á usted las gracias. Porque yo seré malo, pero agradecío. Sé lo que pasó con el ladrón de

mi tío y esas cosas no son pa olvidarlas, por lo mismo que tos los días no pasan entre nosotros.

—Pues no tiene usted que molestarse en darme gracias por una cosa que no va con usted. Esos son asuntos que yo tengo con mi conciencia. ¿Y ha escogido usted este sitio para esa demostración?

—¿Qué quiere usted? Sabía que estaba usted allá abajo y que vendría por aquí... yo no puedo andar por toas partes... me buscan *esos* pa afeitarme la última vez y pa siempre. Mi tío lo manda.

—Esas son habladurías, hombre. No pnedo creer que su tío mande esas cosas. Siempre hay chismosos que gozan echando leña al fuego.

—Bueno: usted no lo conoce: yo sí. Y por si acaso, recojo los huesos en el pellejo. Ahora, oiga usted. *Ese hombre* robó á otro los dinerales que quizás habría robado también; conforme. Dejó á mi padre que se repudriera trabajando y comiendo arenques: dejó á mi abuela, su propia madre, que se muriera comía de miseria y que la enterrasen de caridá...¿Sabe usted lo que me dejó dicho mi padre? ¡Mátalo! ¿Sabe usted lo que me decía mi abuela? ¡Mátalo, mátalo como á un perro! Y ¿sabe usted por qué no está ya mordiendo tierra? ¿Porque me faltan hígados? No. Por su hija Mercedes: ¡si yo le contara!... Yo sé que la quiere usted y que ella también le quiere... no me lo ha dicho, lo he conocío. Bueno; pues ahora él se ha empeñao, me acosa como á un zorro al que le dan jumo y ¡lo que es ahora, lo mato! Vamos al tanto de por qué lo digo: cuando *la cosa* suceda, dígale usted á mi prima que la única persona, la única, ¿oye usted? que yo quie-

ro que me perdone es ella... no ahora: cuando pasen años que yo me haya muerto ó ande roando por los presillos.

El médico quiso templar aquella crudeza de un alma exasperada, traerla á buen camino, hablándole de algo mejor que todo ese agrio afán de sangre y de dinero.

—No, no. ¡Ahora lo mato! Con tanto así que hubiera hecho por mí, *cuando era tiempo*, le juro á usted por estas, que yo hubiera sido bueno. No digo que le quisiera... pero hasta le habría obedecío. Ya ¡se acabó! usted no sabe de esto. Nacer en una casa sin un pan, no ver más que miserias y no oir más que berríos y siempre con la misma cantaleta... Quearse más solo que un hongo, sin oficio ni beneficio, y por toas partes, «¡anda allá, so ladrón!» «¡Largo de aquí, borrachete!» y ver al tío que trunfa y tira y jala y se gasta en un día lo que yo necesito pa tres meses! ¡Vaya una cochina joventú! Y pa remate de cuentas, esto de sonsacarme pa quitarme de enmedio, como se quita un trasto que está estorbando, pa no oir el aullío de la casta diciéndole á toas horas. «¡So ladrón, suelta una parte!»

—Bien, sí, todo eso es muy triste. Pero ¿á qué matar? Usted es bueno... en el fondo. Seguramente. ¿Sabe usted para qué está el hombre en el mundo? Para trabajar. El trabajo es lo único digno, lo único decente. Trabaje usted y cuando tenga usted un pan suyo, cómaselo á sus anchas, diciéndole á su tío: todo ese lujo es basura, ¡esto sí que es honra!

—Yo lo he pensao así muchas veces... pero ya es tarde. Me acosan, ¿no se lo estoy diciendo á usted?

Estoy como apregonao... aonde quiera que voy van á buscarme pa eso; pa afeitarme... y le digo á usted que esa es grilla; que lo que es á mi no me afeitan.

—Pues á otra parte con la música. El mundo es grande y en todas partes hay trabajo. ¿No me ve usted? ¿Qué es lo que hago? Soy de allá lejos; criado en capitales, acostumbrado á otra vida, á otro ambiente... ¿pero hay que trabajar? Pues á Venusta, al pueblecillo chico y enredoso, al terruño miserable donde se mata la gente por un ochavo.

—Usted sí, que tiene un título y los señoritos van á toas partes. ¿Pero aonde voy yo? A morirme por esos caminos; á dejar los cuatro huesos podríos en algún hospital, si no los dejo en la cárcel. Pa yo vivir, tiene que ser aquí, aonde como á un árbol sin fruto me plantaron. ¿No me dejan vivir? Pues mato. Y adiós pa siempre, que viene pacá el sereno y alguno vendrá por las espaldas.

Y Berrinches con asombrosa agilidad saltó la tapia de un huerto que había á su mano derecha y se perdió en la sombra a punto que por un lado de la calleja asomaba el farol del sereno y por el otro se oían los pasos de alguien que venía en dirección contraria. Cogieron en medio al médico, y

—¡Buenas noches!—le dijo el sereno.—Tó se hizo como usted mandó y allá va el P. Baquero con los avíos.

—¡Buenas y santas!—agregó el alguacil aquel de los arañazos, que traía un retaco debajo del brazo y una bufanda liada al cuello.

—Vaya, acompañaré á usted—dijo el sereno.

Y el médico se lo agradeció bastante, porque no

le sabía bien quedarse en aquella solitaria calleja con un animal que traía el retaco cargado de rencores.

Al salir del callejón, díjole el sereno:

—Era Berrinches, ¿verdad?

—Berrinches era.

—Pues una cosa le digo á usted y usted lo tome como quiera.

—¿Cuál?

—Que no ande usted mucho con Berrinches por las callejas.

—¿Por qué?

—Por ná.

¿De modo que era cierto lo que decía Berrinches? No era manía persecutoria, sino convencimiento de la realidad lo que le hacía andar á salto de mata, huyendo como si *estuviera apregonao*. ¡Qué abismos! Estaba condenado á muerte por su tío y él apelaba ante el mismo Tribunal... ¡el de la fuerza, el del crimen! Una y otra sangre venían del mismo vaso... Y todo esto pasaba á la faz del mundo, á la luz del día, como un incidente natural de esta cacería de hombres en que el más fuerte ó el más astuto lleva el gato al agua...

Al pasar por la puerta del casino, oyó un coro estúpido de carcajadas. De seguro andaba por allí Currito el conserje haciendo de las suyas. En la botica oyó una discusión acalorada... habían dado un *codillo* infame, una chambonada que clamaba al cielo. El P. Baquero no estaba allí, salió hacía un buen rato *con los avios*, como dijo el sereno. Estaba encaminando un alma hacia las alturas eternas,

enmendando en lo posible la crueldad humana que dejaba morir á los hombres, abandonados como los perros.

—¡Qué mundo este!—iba pensando el médico.—Y ¿no habían de levantarse hasta las piedras? ¿Es posible seguir así? ¿Llegará el tiempo en que la Teología se traslade á la numismática? ¿El vil ochavo, roñoso y todo, ha de ser el *Deus ex machina* de esta sociedad podrida desde los cimientos? Pues á no asustarnos de crímenes y escandaleras: á tomar la fuerza como elemento social y á escribir en las tablas del Decálogo nuevo el ¡*Væ victis*! como uno de los preceptos más piadosos.



IX

ESTABA tío Francisco sentado en el suelo á la puerta de la choza remendando y aderezando una albarda. Era aquella una elegante choza, con su tronco de pino en medio, sus tapiales alrededor, sus camastros de estacas rellenos de hojas secas y bien olientes y su fogaril de barro que iba curando al humo el techo, los palos y todo el menaje de la rústica vivienda.

—Pa mí y el zagal, como si juera un palacio.

Como la puerta daba al mediodía, se entraba el sol que era un contento; y como la edificaron en

la loma más alta, al abrigo de los recios pinos, desde allí se veía medio mundo. Venusta con su blanco caserío parecía un racimo apretado: al lado allá las lomas negreaban: eran las últimas, que caían hacia el mar por encima de Oblita. Saliendo del pueblo se veía el camino amarilloso que luego se bifurcaba y más adelante se dividía en veredas, en sesmos, en angostos carriles, como un río cuando vamos hacia sus fuentes. A la mano derecha, allá en lo hondo, serpeaba una cinta blanca que era la carretera: al otro lado ó sea por donde nace el sol, se descubria á trozos la línea ferrea, estrecha y económica, que como una arteria floja llevaba y traía perezosamente la blanda palpitación del comercio humano.

Tío Francisco se quedó parado al oir un tiro de escopeta qne sonó un poco lejos, á espaldas de la choza.

—¡Dos! En el tomillar ha sío...

Y volvió á su faena con una perfecta indiferencio de pastor acostumbrado á vivir en aquellas amplitudes bravías del campo. A poco oyó unos pasos que conocía de sobra, y no alzó la cabeza hasta qué por un cabo de la choza apareció Berrinches con la escopeta al hombro y una pitorra y un conejo pendientes de su mano.

—¡Se iba á ir, tío Francisco!

—Anoche con la luna lo vide y mia tú si te dije aonde podrías matarlo.

—La pitorra pa usté.—Y se la tiró sobre la albarda.—Su peseteja vale.

—Pa mí no vale ná; quiero decir que vale mu-

cho, porque va pa en ca el ama esta noche. ¡Poquito que agraece ella estas cosas pa ver si el crío come!

—¿Echó ya el rebujo fuera el chiquillo de Mariquita?

—¡Qué ha de echar, si ahora es cuando yo creo que está malo! Se lo dije, digo, dame el zagal que me lo lleve á la choza. No procures por él en tó el tiempo que yo lo tenga y antes de que se acabe el mes de las ánimas te lo traigo hecho un becerro. ¡Vaya si va hecho un becerro! Con estos aires, este tufo de juncias abajo y de los pinos arriba, los calentones del sol que se mete en la carne, cuatro tragos de agua de la fuente blanca, pan con aceite á toas horas, de cuando en cuando un conejo asao con tomillos y con mastranzos y aluego las carreras que dé con el ganao, y no lo conoce la mesma que lo parió.

—No quedría.

—¡Qué había de querer! Me puso de bruto... y yo callao. Porque esa Mariquita tiene un ángel y es más buena que el pan.

—Sí que lo es. Tiene así un relumbrón de fantesiosa que luego se quea en ná.

—Si la hubiás visto hogaño haciendo quesos conmigo... y eso que yo le había faltao por mor de mi mujer. A las mujeres hay que tirarles el cayao como á las cabras cuando se encaraman pa allá arriba... Total: que con el aquel y al tanto de que el hijo no fuera á servir, servimos á tu tío, á ese don

Larán-larán ó don naide, que es el mandón por lo que respeuta al pueblo.

—Mire usted qué tripas tiene.

—Mu malas, hijo, ¡mu malas!

—Si le digo á usted las que tiene el conejo. Está ensebao.

Y después de abierto y rebañadas las entrañas, comenzó á desollarlo con la presteza del que sabe lo que hace.

—¿Aonde partimos esto?

—Espérate, voy por el barreño.

Y tío Francisco sacó un plato de Talavera, un cuenco verdoso con garabatos amarillos, lo limpió con agua, meneándola en redondo, y en seguida lo dejó en el suelo.

—Agarre usted ahí.

Y con la navaja bien afilada fué partiendo el conejo en tantas presas como los cazadores saben.

—Lo que es este no alza más el rabo á la luna. ¡Bien que saltaba anoche!

—Pues verá usted los saltos que da luego en la barriga. A salarlo y enseguía á la candela con él.

Mientras tío Francisco entraba y salia ocupado en estos menesteres, Berrinches con la mano puesta sobre las cejas para hacerse sombra se quedó un rato mirando allá al camino aquel amarilloso que salía del pueblo.

—¡Ajo! Como si yo fuera un gazapo.

—¿Qué estás mirando?

—Tío Francisco, lo que es el conejo no lo como ya... por una cosa ó por otra. ¿Vé usted aquello que negrea por el repecho de la ermita?

—Son dos. Uno á caballo, el otro á pata.

—Pues verá usted cuando lleguen á la era del Gallo... ¿Lo está usted viendo? El guarda rempuja por lo derecho: el alguacil se aparta por el sesmo pa caer por ahí por dentro del pinar. Vienen de caza... ¡anda salero! Como si el venao que ellos buscan no tuviera buenos vientos.

—Mira, por sí ó por no, amóntate en el pinar. Como no traigan perros no te encuentran.

—¡Y luego dice usted! Las asauras tengo que comerme... ¡si no me dejan! ¿No estoy aquí con usted? ¿Le falto á naide? ¿Me he metío con naide? ¿No ando cazando un bicho pa mantenerme? ¿Por qué me acosan como un zorro? ¿Quieren quitarme de enmedio, sea como sea? Pues arrieros somos y el camino andamos. Tío Francisco, deme usted la escopeta y hasta más ver.

—Eso sí que no. La escopeta no. Es del ama y aunque no lo fuera. Na de matar al prójimo. Si te ves apurao, dos pedrás ó un garrotazo seco. Siquiera así matarás como la gente.

—Bueno: pa el pinar me voy; pero si oye usted un tiro allá dentro, vaya usted á recoger lo que haiga quedao: á mí ó al otro.

Y se agachó para recoger una cosa que estaba á la vera de los tapiales.

—Tío Francisco, me llevo el rayo.

—Llévatelo; ese no tiene más que un golpe.

Y se llevó para el pinar una piedra verdosa, ancha de un extremo y picuda del otro, que parecía un lagarto hinchado. Una hermosa hacha de diorita pulimentada por el hombre de las cavernas, el

arma prehistórica que la reja del arado había devuelto al hombre para que siguiera defendiéndose. Los campesinos creen que estas piedras son los rayos que caen y se enfrían en la tierra.

Tío Francisco echó los aliños al conejo, cubrió toda la carne de agua y puso al fuego la cazuela. Después volvió á sentarse á la puerta, cogió la albarda vieja entre las piernas y cose que cose, silencioso é indiferente como un indio, se estuvo así hasta que al cabo de un buen espacio oyó las pisadas de un caballo que casi se le echa encima.

—Dios guarde á usted, tío Francisco, y la compaña.

—¿Eres tú?

—El mesmo.—dijo el guarda de campo apeándose de un brinco.—¿Cómo andan estos alreores desde la última vez? Vaya tabaco.

—Lo mesmito que los dejastes. Aquí no ha pasao na. Digo, miento, que se me han reventao dos ovejas con las rociás.

—¡El ama tiene!

—Eso digo yo; que el ama tiene.

—Así tuviéramos nosotros la mitá.

—Con algo menos te contentarías, ¡carrizo!

—¿Tiene usted candela allá dentro? Voy á encender.

—Entra, hombre; y no te equivoques con la cazuela, que el bicho tavía está verde.

El guarda entró y á juzgar por lo que trasteaba, más parecía registrar que encender el cigarro.

—Y, diga usted, ¿por casualidad no ha parecío por

aquí ningún ropasuelta, vamos al decir, alguno del pueblo que viniera roaizo?...

—Alguno del pueblo, solo y así como dices... me parece que.., sí: no... yo he visto alguno, quizá fuese ayer. Ya me acuerdo. Sí; vide al Sacristán que iba á las viñas.

—¡Buen lagarto está usted, tío Francisco!

—Tos semos algo; á mí me habrá tocao ser eso que dices.

—¿De modo y manera, que por aquí, na?

—Na.

—¡Buen tiro! ¿Esta pitorra la mató usted volando?

—Mia tú lo que son las cosas y lo que los años hacen. ¿Quedrás creer que ya no me acuerdo si la maté volando, naando ó arrevolcándose? Se me figura que estaba al sol con los espejuelos puestos leendo un papel cuando le aticé candela.

—Pues buen provecho. ¿A qué toma usted por ella cinco realetes?

—No, porque se la voy á dar al alcalde pa que me traiga al hijo.

—Ya vendrá... ¡como vienen toos!

—Pué que le pase lo que al hijo de la tía Alamo: anochecío y no amanecío... ¡que crie uno hijos pa esto!

—Este es el mundo.

—Verdá que sí. ¡Puñalero mundo! No sé cómo no se junde.

Y los dos se quedaron pensativos, como haciendo consideraciones filosóficas sobre la maldad del mun-

do. El guarda al cabo de un rato comenzó visiblemente á impacientarse.

—¿Qué tienes, hombre?

—Na. Que espero á un amigo.

—Si quieres, mira si está blando aquello y toma una presa.

—No tengo gana.

—El amigo ese, ¿anda cazando?

—Cazando anda.

—Mia tú, ¡si yo no mato la pitorra, cómo me la espabilan! ¿Por qué lao anda?

—Por el pinar andará á estas horas.

—Ahí, como no sea algún rabúo...

—Le da por los rabúos.

—¡Gusto más raro! Ca loco con su tema. También podrá matar algún gato. Digo, si le da por los gatos.

Y pasó más de una hora. Tío Francisco fué por la burra que la tenía amarrada en un rellano: la trajo cabeceando y haciendo sonar la esquila con un son apacible y dulce que se esparcía por aquella cumbre templada por el sol que ya caía en su ocaso. El guarda seguía sentado en un troncón á la puerta de la choza, con la escopeta sobre el muslo, tirando chinarros á un pinabete que tomaba por blanco... Mientras el viejo aparejaba la burra para que el zagal fuese al pueblo, retumbó una detonación en el pinar, que ya principiaba á estar obscuro. El guarda dió un salto y se quedó escuchando,

—Ese es el amigo. Pué ser un rabúo ó pué ser un gato... singún por lo que le dé,—dijo tío Francisco calmosamente.

El guarda se impacientaba, mudaba de color y siguió esperando. Pero el amigo no parecía.

—¿Sabes lo que te digo? Que el amigo ese debe haberse perdío... Tarda y el tiro no ha sío mu lejos. Vamos á recoger lo que haiga quedao.

El guarda que no tenía muchas ganas de ir sólo á meterse por aquellos huecos húmedos y sombríos, aceptó la oferta de tío Francisco, echóse la escopeta al hombro y

—Vamos andando, que pa luego es tarde.

—Espérate una miaja que amarre la burra. Vamos.

Y los dos internáronse en el pinar lleno de sombras. Caía de lo alto una frecura húmeda que calaba los huesos: resbalaban los pies en la alfombra de filamentos secos que cubría el suelo, y como las raíces se entrelazaban dejando oquedades subterráneas, los pasos resonaban como si anduvieran sobre tumbas... ¡nada más triste que un pinar á la caída de la tarde! Tira por aquí, anda por allá, llegaron á un claro hecho en el bosque por la última corta y allí, casi en medio, vieron negrear algo como un rebujón de trapos.

—¡Ha sido gato!—dijo tío Francisco, dándosela de buena vista.

Pero el guarda, que la tendría mejor, echó á correr escupiendo interjecciones.

—¡Corra usté! Me paece que está muerto... ¡Ese pillo, ese granuja ha sío!

—¿Quién? ¿Pero esto qué es?... Toma; ¡el alguacil! ¿Este era el amigo?

El alguacil era. Tumbado sobre el lado derecho,

con las piernas encogidas y la cabeza sobre el brazo, ni tugía ni mugía ni daba la menor señal de que estuviese vivo. El lado izquierdo de la cara desde la sien á la mandíbula inferior lo tenía magullado, hinchado, negro, mordido por el porrazo, hecho una carnaza: á un lado estaba el sombrero, al otro yacía el retaco descargado.

—Pedrá ha sío,—dijo tío Francisco examinándole;—un garrotazo no coje tanto.

—Por aquí andará la piedra.

Y se pusieron á buscarla como quien busca una moneda de cinco duros. Nada. En todo el pinar había una sola piedra capaz de haber causado aquel destrozo.

—¡Paece esto cosa de encanto! Y el caso es que hay que llevársela al juez.

—Si acaso, que el juez se pase sin ella, ¿no te paece? Porque aquí como no pintemos una...

Después buscaron el rastro de la bala. Estos detalles son interesantísimos cuando hay que dar una declaración.

—Figúrate que éste estaba así... bueno: busca por allá. No hay más que ver cómo ha caío éste. ¿La encuentras?

—¡Aquí está!

—¡No había de estar?

En el tronco de un pino bastante viejo, vieron, tangente á él, la huella fresca de un balazo, que sacó una viruta de corteza de más de un palmo.

—Bueno: ya sabemos que ahí se escondió el tal. ¿Ves el jundío de las patas?

—Aquí está señalao, tío Francisco.

—Pues no lo toques y vente pacá. A llevarnos el muerto ó el vivo que solo Dios sabe lo que esto será.

—¿Usted sabe quién lo ha matao? Berrinches.

—¿Sí? Hombre, ¿y tú como lo sabes?

—Es una figuración.

—Pues yo tengo otra figuración. ¿Sabes qué lo ha matao? Un rayo.

—¡Que no estamos pa bromas! Usté será testigo de que lo esperaba pa matarlo, *uno* que estaba ahí escondío, y que soltó el lapazo y lo tumbó conforme está.

—Justamente. Y después del lapazo, éste apuntó y tiró y en seguía se tomó un refresco. A ver, ponte tú ahí con la escopeta, deja que yo te suelte otro en el mismo sitio y después me tiras. ¿Quién te figuras tú que tiró antes, el del retaco ó el de la piedra?

—Si vamos á decir las cosas como son, el del retaco.

—Pues yo no las digo más que como son ¡inocente! El que quiera líos que se moje el traste.

—Casi va usté teniendo razón.

—Y luego, ¡la curia! Anda con ella. Verás la que se arma. ¿A qué hora pasó lo que pasó? ¿Dónde estaban ustés? Hola, ¡conque el guarda tenía escopeta! Vaya, pues pué ser que el guarda soltase el tiro y tío Francisco la pedrá. ¡Si no había naide más que ellos! Y si no, que digan quién fué... tenían que verlo; eso, porque sí. A tí te dice Larán-larán: no tengas cuidao, verás como te saco. Lo mesmo que me decía del hijo... ¡y por eso que no fué á servir!

A mí me dice Mariquita León: yo te conozco, sé que eres honrao y no te apures, vete á la cárcel, que aquí estoy yo. Y ¿sabes lo que nos pué pasar? Que los dos nos pudramos los huesos en la cárcel, y luego *¿á mi, qué?*

—¡Ajo! que está usté hablando como un libro.

—Este no se menea... decimos la verdá. Que lo encontramos así: que se resbalaría y se daría con la geta en un pino de estos, y que al jocicar se le escaparía el tiro... que así pudo ser. Si revive, que él cuente las cosas, y su alma su palma.

—Que sí, que sí, y que ese es el evangelio. No hable usté más, tío Francisco, y bastante tiene el hombre que sirve á cuatro... y no hablo más. Agarre usté por las patas y yo por la cabeza y á sacarlo al raso, lo terciaremos en la burra y aquí no ha pasao na... na mas que este infeliz soltó la pelleja pa dar gusto á... ¡que Dios nos perdone á toos!

—Amén.

Y cogieron al alguacil, que no era muy liviano, y emprendieron la marcha entre dos luces. Iba el muerto ó herido formando con su cuerpo un cucharro: el tío Francisco llevaba puesto encima del suyo el sombrero de la víctima y el guarda llevaba el retaco. A medio camino comenzó el alguacil á roncar y á dar resoplidos.

Lo que yo te dije: como está vivo, que èl lo cuente. Nosotros, na.

—Ande usted palante, que me ha echao usté un puñao de luz en la mollera.

—¡Bastante falta que le hacía!

Salieron del pinar. Ya en la choza el alguacil co-

menzó á quejarse con un clamor flauteado: parecía un niño chico. No hablaba; á lo que le preguntaban decía que sí ó que no con la cabeza pero sin tino como quien está alelado. Pusiéronle un pañuelo bastante sucio tapándole el porrazo y lo terciaron en la burra; llamaron al zagal para que fuese al cuidado y montando el guarda, echó el triste convoy camino abajo en demanda del pueblo.

Entró tío Francisco en la choza y acudió primeramente al guiso, ya casi frío sobre las mortecinas ascuas. Partiendo ramas y metiéndolas estaba en el fogón, cuando un bulto quitóle la claridad que entraba por la puerta.

—Tío Francisco, lave usté ese chisme y no lo pierda usté de maneras ningunas, que ya vé usté cómo ha servío.

—Entra, Berrinches, que no creí que tuvieras la mano tan dura, condenao. Lo has dejao hecho una torta.

—El se lo buscó. Yo le ví venir con el retaco y al verme dice: «¡De esta no te escapas, so ladrón!» Doy un brinco como el de un gato cerval y me estampé detrás del pino. A esto, ¡pum! las cáscaras me rociaron la cara. Bueno; asomo la geta y lo veo cargando, y le digo: ¡tú sí que no te escapas, sinvergüenza! y ¡pam! el rayo en la mesma carátula. Cayó como un toro... en seguía recojo el lapo y dije: ¡pa el otro! y me subí al pino más alto. Desde allí ví la faena y cuando ustés cargaron con la res y aquí estoy con más hambre que un lobo. Menee usté esa candela, que pa comer me darán tiempo.

Y soltó el hacha de piedra, ensangrentada otra

vez al cabo Dios sabe de cuantos siglos. Aquel arma tosca, labrada por el hombre de las cavernas y devuelta al mundo por la reja del arado, seguía realizando su destino eterno, aplastando, matando, defendiendo, interviniendo en las cruentas luchas del interés y la familia.

—Ya está esto. Arrímate y á ver cómo lo escondemos mu jondo.

Y entre las dos se comieron el conejo tranquilamente, con unas ganas que les hacían mondar los huesos.

Cuando acabaron, Berrinches salió liando un cigarro y dió algunos paseos por delante de la choza. La luna iba asomando por encima del pinar, y sobre su disco de plata el ramaje parecía una blonda negra que el viento movía. No tardó en rebasar la masa ondulante y comenzó á subir derramando luz por aquellas cumbres que parecían estremecerse. Allá abajo, la neblina azulada borraba los contornos de las cosas y detrás de esa niebla que subía del terreno, brillaban las luces de Venusta como estrellas pálidas cuyo fulgor se bebía el ambiente.

—Me voy, tío Francisco. Ahora vendrán los civiles en cuanto el otro haiga hablao. Tantas gracias por tó y que no falte salú.

—Llévate el rayo.

—No. Ahora la cosa se va á jugar con otro rayo ¡con éste! —Y sacó á relucir una daga hecha con medio estoque, que parecía una aguja de coser albardas.—Con éste, ni sangre ni escándalo ni na... mata como las víboras; un saetazo, y en paz.

Y aquella aguja relumbró un momento á la luz

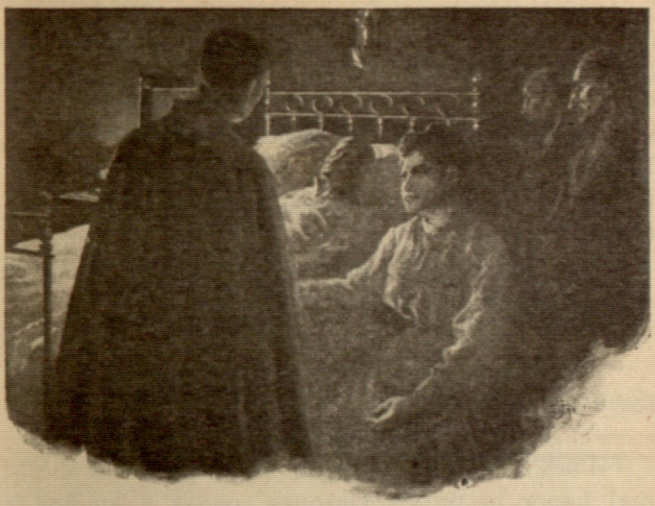
de la luna con un resplandor blanco que se perdió en el aire.

—¡Berrinches, no seas bruto! Deja roar la bola y viva la gallina con su pepita.

—¡Hasta más ver! Paece que se me ha quitao un peso de encima con pensarlo solo... Lo que es los títeres de esta tarde en el pinar, no vuelven á hacerse.

Y ya vereda abajo, entre los resbalones que daba al llegar á la sombra, oyó el tío Francisco que Berrinches, como para darse ánimos, remedaba la voz de la abuela enfurecida: «¡mátalo, mátalo como á un perro!»

Los altos pinos movidos por una ráfaga de viento, despidieron un son quejumbroso, en tanto que la luna subía por aquella cuesta azul en que brillaban algunas constelaciones. Allá en lo hondo, cantaban las ranas y en el pinar obscurísimo un mochuelo; los velos ondulantes de la niebla subían enredándose en los árboles, envolviendo mansamente aquella choza que sudaba humo...



X

Contra lo que el médico creía, no le hicieron indicación alguna sobre el estado legal del alguacil, tumbado de largo á largo y á juzgar por las señales, entre la vida y la muerte. Por esta vez Berrinches estaba perdido: con dos causas encima y un auto de prisión á raja-tabla no tardaría en caer. Aquel honrado y pacífico vecindario estaría muy pronto libre del eterno perturbador. Y con esta seguridad y confianza en la humana justicia las «clases directoras» pudieran entregarse buenamente á ciertos trabajos de regeneración... Habían

puesto de moda esa palabra y todo el mundo no pensaba más que en regenerarse. Y como llegasen ciertos cartapacios con programas y recetas, bien así cual si preparasen los pañales para envolver la España nueva que había de nacer presto de aquella preñez angustiosa, alborotánronse grandemente los caciques.

—Esto me huele á partido nuevo—dijo Brevas.

Y Larán larán contestó asintiendo:

—Partido nuevo y con agarraderas.

—Por si ó por no, bueno es que nos agarremos nosotros. Nada se pierde con hacer otra ceremonia.

—Y, ¿á quien ponemos?

—Pues... mira, al Sacristán se yo que no le sabría mal hacer la figura. Despues, coges á los que te parezca; metes á mi yerno y al maestro de escuela para hacer bulto... y formamos la junta ¿no es eso? la junta de regeneración ó como haya que ponerle.

Y por eso una de aquellas noches hubo reunión en la casa capitular. Desde el casino veían ir y venir á los regeneradores y los pollitos tenían con esto su migaja de regodeo. Uno de estos, que cencerreaba en el piano trozos de zarzuelas chicas, preguntó con chuleo á Currito.

—¿Como se llama eso que están haciendo allí?

—Tapas y medias suelas.

Tapas y medias suelas serían, pero no carecieron de solemnidad. El secretario en uno de sus períodos lúcidos redactó el acta de una reunión imaginaria, decorando los conceptos patrióticos con todo el lujo de floreos retóricos que pudo haber á mano. Despues fueron llamando á este y al otro y

«firma aquí.»—En cuatro palabras los ponía el secretario al corriente y los firmantes se reían á boca llena con esa risa sanota que arrancan siempre los disparates.

—¿De manera que yo... soy ahora de otro partido?

Y firmaban torpemente, diciendo en voz baja las letras antes de hacerlas, con el pulso temblón, como hecho á esgrimir más pesada herramienta que la pluma.

—¿Estoy despachado?

—Despachado, tío fulano.

—Ea, pos que haiga salud y á ver si rempuja pronto ese partido.

Así nació en Venusta la primera junta para la regeneración del país.

Claro es que Mariquita León no tomó carta en este juego. La respetaban... por su parte guardaba bien una de las cláusulas del pacto, no dando un solo céntimo á Juanito Sinsal que daba saltos como galgo hambriento. Amen de esto, el chiquillo seguía malo, en una convalecencia lentísima en que más bien que adelantar, se consumía. El germen morboso en que fué concebido parecía desarrollarse en una sigilosa explosión orgánica que lo invadía. En vano querían darle sangre: aquella naturaleza blanda y fofa, se declaraba en rebeldía burlándose de esos esfuerzos.

—¡Qué hacer, dios mío!

Cuando se acabó el ir y venir y firmar, el secretario expidió certificación del acta en que consta

ba que todo el pueblo, loco de entusiasmo, había concurrido á elegir la junta. La certificación y una expresiva carta fueron enviadas á cierto personaje que traía entre manos eso de la regeneración á plazo fijo.

Larán larán habló con el secretario de la causa que á la sazón instruían contra su deudo Berrinches por lesiones al alguacil, delito que a la vez envolvía el concepto de desobediencia y resistencia y atentado... por cuanto el susodicho agente iba aquel día por orden y mandamiento de la autoridad...

—Ya se pasó al juzgado la certificacióna quella y el parte de conducta: no tenga usted cuidado.

—Bueno: no se entretenga usted esta noche en el casino; por le mañana lo espero con esos libramientos que le dije. Hay ahora unas rachas de moralidad que larán larán, yo me entiendo.

—¿A que hora?

—Vaya usted á las nueve. ¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—No se ve un alma. Parece de madrugada.

—Echa adelante;—díjole al sereno que lo aguardaba sentado en el umbral.

Todavía insistió cinco minutos en hacer advertencias al secretario mientras este cerraba la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo.

El sereno siguió andando por un costado de la plaza, llegó á la callejuela de la torre que tiene unas dos varas de ancho y estaba obscura como boca de lobo por la sombra que daba la iglesia. Y como no oyera los pasos del alcalde se paró á la

mitad de la calleja frente á un «pié de amigo» que reforzaba el muro, junto al que había un gran montón de piedras sueltas. Sacó un cigarro abrió el farolillo, se lo arrimó á la cara y encendió á grandes chupadas. En esto oyó pasos, cerró el farol y siguió andando, dejando el callejón en profunda obscuridad.

Larán-larán sintió su migaja de recelo al entrar por el tubo negro y en curva pero vió allá, al otro extremo, el resplandor del farolillo alumbrando un trecho de las tapias y con súbita entereza, como quien va seguro, entróse para allá dando con la contera del bastón sobre las piedras. Al llegar frente al pilar en talud, vió salir de la rinconada uno á manera de tigre que saltó y se le echó encima.

—¡Qué es esto! A ver, ¿quien eres?...

En aquel instante lo conoció. Despedía una especie de luz lívida aquella cara descompuesta, que aún enmedío de la sombra se veía.

—¡Berrinches!... ¡Tú!

—Cállate... ¿creías que no? Ya sabes lo que siempre me han dicho ¡mátalo!

Un momento forcejearon. Berrinches alzó el puño, lo bajó y salió huyendo pegado á la pared, como una sombra, sin ruido. Larán-larán quedóse como atontado.

—Me ha dado un porrazo... menos mal; creí otra cosa. Y esto me quema... bah, no será cosa...

Y quiso andar: entonces sintió que las piernas se le blandeaban como si fuesen de trapo: le vino un sudor frío, algo como un aura mortal que le vaciaba el cráneo.

—¡Ah, que es esto! ¡Pepe... Pepe!

Y él sabía que con aquella voz no podría oirlo y seguía llamando con una especie de gemido que pasaba con suma dificultad por su boca pastosa. ¿Acaso iba á morir así, tendido en la calleja, víctima de aquel accidente que no podía ser efecto de un simple porrazo? Llevóse una mano al sitio en que le escocía y la sintió mojada de un líquido tibio que comenzaba á enfriarse. Entonces le pareció que le apretaban las sienes con una cinta de hielo: un zumbido espantoso lo aturdía... quiso mover los brazos y no obedecieron, como si fuesen de otro... las tapias, la iglesia, el pedazo de cielo estrellado que con la luz de la luna parecía verdoso, comenzaron á girar hacia la izquierda con un movimiento lento, como resbalando... y Larán-larán se quedó inerte sin saber si vivía ó estaba muerto, minutos, horas, siglos... el pensamiento parecía que le pasaba impreso en una cinta por debajo de la frente con una rapidez que daba vértigos.

—¡Voy á morirme!—pensaba, y en seguida acordóse de como firmó un ganapán el acta de la junta regeneradora, comiéndose dos letras del apellido... y del chiquillo del sacristán que estaba feísimo con la nariz hinchada. Y vuelta y pasa y torna... aquello aturdía. Enmedio de aquel laberinto en que los sesos parecían una devanadera tenía momentos de reflexión.

—Me voy á morir, ¡y estoy tan fresco! Ni me apuro siquiera. Al contrario, parece que estoy mejor porque no peso nada, como si estuviera en el aire. ¡Pero que frío!... El de la madrugada ha de

ser. ¿Qué pensarán en mi casa? ¡Como estarán de tranquilos!—Y á este recuerdo sintió una congoja que le quemaba el pecho.—¿Porqué he de morir? ¡no quiero! Y menos así... como un animal. ¿Porqué me abandonan? ¿No me ven? ¿No me oyen? ¿Así dejan á la gente horas y horas mirando á las estrellas y desangrándose en la calle?

En esto vió cómo las tapias se iluminaban y oyó unos pasos...

—¡Al fin llega un alma! A poco más amanece.

Era el sereno que volvía sobre sus pasos no viendo al alcalde tras de sí. Hacía dos minutos que Berrinches hundió la daga y salió corriendo. El espanto del sereno al ver á Larán larán tendido en el suelo, pálido, inerte, ensangrentado, se tradujo en un temblor que hacía bailar el farolillo. Despues pensó prudentemente que debía llamar, que no era bueno que le encontraran solo con aquel muerto delante... y ya se marchaba cuando Larán-larán angustiosamente lo llamó:

—¡Pepe... á mí! Cállate... no escandalices...

Sentía como una especie de rubor, no quería que lo viesen así, ensangrentado, agonizante. Y por un verdadero esfuerzo de voluntad, emprendió la caminata medio colgado del cuello del sereno. Lo que quería era huir de aquella calleja infame que ahora le causaba horror. Pero no pudo ni aún llegar á la plazoleta. El sereno sintió que aquel cuerpo pesado se le escurría ¿se le iría á morir entre los brazos? Dió voces, pidió auxilio, con unos gritos que ponían el pelo en pié y de aquí y de allí acudieron; el clamor llegó á las nubes. Trajeron

una silla, acomodaron al herido y lo llevaron en lúgubre procesión hacia su casa. En un minuto cundió la noticia.

—¡Berrinches ha sido! ¡Berrinches ha sido!

A todo esto, Larán-larán no había dicho á nadie una palabra, pero el suceso *estaba descontado*, como entonces se decía.

Cuando el rumor llegó á casa del herido la rebujina fué espantosa. Sus hijas pusieron los gritos en las nubes y se arañaron la cara: el novio de la mayor, que tenía el cuerpo muy corto y las piernas larguísimas por lo que parecía andar en zancos, quiso hacer una hombrada aparente al caso y tiró de una faca con la que amenazó «al cielo á la tierra y al abismo...» sin otro resultado que la amenaza. La entrada de Larán-larán en su domicilio fué todo lo solemnemente escandalosa que podía esperarse de una multitud que rivalizaba en el deseo de mostrar su dolor por todos los medios exteriores de que Dios nos ha dotado. Llamaron al médico.

—¡Ese tiene la culpa! ¡Si hubiera hecho lo que mi pobrecito padre quería!...

—¡No estaría ese mal bicho suelto para traernos esta desgracia!

—Mi padre se pasaba de bueno... ¡ahí lo tiene!

—¡El médico, el médico tiene la culpa!—clamaban á coro las dos hijas, las criadas y alguna que otra vecina de las que se van con la corriente.

Aquí tuvo otro arranque el zancaslargas del novio que volvió á sacar la faca «para partir al médico en dos pedazos.» Espantáronse las mujeres,

chilló la novia, arremolinóse el concurso... En esto entraba el médico.

—Bueno—dijo el bravo—ahora, que lo cure. Ya hablaremos después.

Y se guardó la inofensiva herramienta.

Tendido en la cama estaba Larán-larán con el busto al aire enseñando el agujero chiquito, apenas coloreado por la sangre que muy lentamente salía como rezumándose por aquella angostura traidora. El golpe fué certero, sobre la tetilla derecha y como había dicho Berrinches la aguja mordió como las víboras; «un saetazo y en paz.»

En pos del médico entró un grupo en la alcoba.

—A ver, ¿que es esto? Aquí solo los que hagan falta, y poco ruido.

Tuvo que imponerse con ese gesto breve del médico que entra en funciones. Miró al herido y despues á Mercedes que tan pálida como su padre le calentaba las manos; quería calentárselas, por que ella tambien parecía agonizar con otro agujero en el pecho...

—Alumbre usted, así. No, que usted tiembla mucho.

Larán-larán tenía copiosos sudores frios que corrían por el torso; el rostro estupefacto, la boca pastosa en que se desmigajaban las palabras: en los ojos turbios pintábase una espantosa expresión de miedo, de un miedo infinito á la muerte que la sentía filtrándose hasta en los tuétanos, amarrándolo con lazos sutiles, poco á poco, cada vez más... Sentía en el pecho como el peso de un pedazo de roca fría que alguien fuese apretando mansa é im-

placablemente y entre estas congojas la sensación de una leve gota de agua hirviendo que se movía allá dentro, en lo hondo, quemándole un punto de los pulmones, como una chispa encendida que cae en un plano de hielo.

—¡Muero!—dijo al médico que estaba sondando—y lo dijo con la esperanza de oirle decir que no, con la necesidad de una afirmación reanimante, como quien tira un cabo á las rocas por ver si agarra.

—No, no. Esto no es para tanto. Anímese usted no tenga miedo.

Pero ahora desconfiaba.

—Me lo dice por obligación. ¿Porqué entonces este peso y esta congoja fría? Yo no lo sé, pero así deben ponerse los que van á morir... no puede ser de otra manera... y como sintiese que con el pánico le volvía aquel rodar sin tino del pensamiento por debajo de la frente, se puso á pensar cosas absurdas apenas anunciadas sustituidas, al mismo tiempo que mirando las vigas del techo las contaba de un modo mecánico y regular, una dos tres...

Alarmaba al médico aquella postracion casi comatosa del herido: despues de sondar hizo la cura con escrupulosidad, conforme á todas las reglas, con el afan nobilísimo del profesor que tiene que rendir un tributo á su conciencia y otro á la suspicacia vulgar y aviesa de las gentes.

Dos ó tres veces vinieron á interrumpirle.

—Que está ahi el Juzgado.

—Primero es esto.—Y recetó y explicó á Mercedes la dieta que ordenaba.

—¿Lo está usted viendo? Lo que me daba el corazón.—decíale con los ojos la triste criatura.

—Lo menos posible—dijo don Jacinto al Juez á punto que con el secretario entraba en la alcoba.

Principiaron las diligencias.

—¿Quien fué?

—Berrinches.

Quiso recordar toda la escena... no le dejaba aquel pasar de cosas sin sustancia por la memoria.

Cuando Brevas llegó con el secretario del Ayuntamiento el Sacristán y hasta una docena de amigos, ya estaba allí el padre Baquero:

—¿Qué barbaridad ha sido esta? Tanto va el cántaro á la fuente...

—Esto ha sido—contestó el novio en nombre y representación de la familia doliente—que cuando á los pillos se les deja sueltos, porque en un pueblo no hay justicia ni ná, los hombres honrados no pueden salir á la calle: ¿se va usted enterando?

—Oye tú, procurador ¿quien te dió el título? Que te devuelvan el dinero, hijo, porque tu no sirves para estas cosas. ¡Mire usted que filosofazo nos ha salido en un dos por tres!

—¡Ay que desgracia!—Lloriqueaban las hijas del herido.

—Pero, ¿como ha sido?

Y se pusieron á contar por vigésima vez como trajeron á su padre, lo que dijo al entrar, lo que ellas plañeron por la calle mesándose los cabellos, lo que el vecindario gritaba, sin olvidar, el arranque heróico de Constantino que faca en mano parecía

querer comerse al mundo y hacer chorizos del médico.

—¡Ojalá y hubiese yo ido detrás de tu padre!— Consideróse en el deber de decir el bravo aludido.

—Bueno, sí. El caso no es para andar diciendo tonterías. Si tu vas detrás, te lo pasas por entre las zancas y de un salto te comes la calleja. ¡Que no te conocemos! ¿Vas ahora á estudiar para valiente? Pues que te enseñe el Manquillo, el que te dió el piporrazo.

—¡Maldito sea!...

—Voy á ver á ese hombre.

Y como le advirtieran que acaso le alteraría su presencia, empezó el padre Baquero á amostazarse.

—¡Como si él fuera un chiquillo que no supiera las cosas! ¡Vaya unos remilgos! ¡Despues que se viene á las casas para hacer favores!...

Y entróse para allá sin que nadie fuese osado de ponérsele por delante. Ya en la alcoba sintióse sobrecogido por aquel cuadro. A la luz de la lamparilla que apenas alumbraba, vió la figura inmóvil del herido aquel que hacía pocas horas había visto sano, alegre, dominador, ejerciendo un señorío positivo. Su hija Mercedes sentada á la cabecera lo miraba con ansia, no se ocupaba sino en él como si en él estuviera su propia vida. Brevas y el Sacristán, mudos y envueltos en la penumbra, lo miraban tambien pensando Dios sabe en qué cosas sobre la fragilidad de las grandezas humanas y sobre ese espanto de muerte que viene sin saber cuando, cuando menos se la espera... y ante aquella desdi-

cha, el padre Baquero que tenía un corazón con arreglo al cuerpo, sintió derretirse su brusquedad externa en una tibia oleada de caridad: acercóse al herido le cogió la mano y la retuvo algún tiempo, mientras pensaba:

—Ahora si que eres mi hermano, mi prójimo... algo mío como mis propias entrañas. Has pecado pero sufres... ya llegaste á lo hondo de la copa, donde está lo amargo. ¡Cuantos principian á beber por abajo y no llegan á lo dulce! El dolor es un reino donde no hay gerarquías, amigo, el dolor lo iguala todo ¡como la muerte!

El herido sintió el contacto de aquella salud que de la mano amiga pasaba del uno al otro como los pensamientos... el caso es que el lastimado Larán-larán abrió los ojos y miró al padre Baquero con un agradecimiento infinito.

—No te vayas, no me sueltes—parecía decirle con aquella mirada.—¡Me encuentro tan bien así!... Siento esperanzas.

Y como si aquellas tres almas estuviesen en silencioso contacto, Mercedes miró de igual modo al padre Baquero, con igual agradecimiento, con mayor ternura.

Afuera se oía el barullo de las visitas, pues aunque tarde, pocos querían dormir sin enterarse de aquella tragedia. Y las dos hijas estaban allí para eso, para relatar con las mismas palabras el suceso, para comentarlo y hacer exclamaciones, llevando cuenta exacta de cuantos entraban y salían. De vez en cuando decíanse una á la otra,—Oye, fulana que no ha venido ¿que te parece?—Pues fulano

tampoco... Y Constantino escupía amargores contra fulano y fulana con un afan adulatorio que daba naúseas. Dos veces fué al cuartel á pedir noticias. Todo el puesto de la guardia civil, los guardas municipales y hasta el sereno estaban en movimiento dando caza á Berrinches. ¿Se lo habría tragado la tierra? ¡Eso faltaba! Y como una vieja metomeentodo preguntó si habia testamento, hablaron un poco de esto, así de pasada, porque aún no era ocasión de decirlo todo.

Larán larán había comenzado á sentir golpes de tos que parecían abrirlo en canal.—¡Malo! pensaba.—Aquí hay algo partido. Y esta condenada losa que me sigue aplastando...—Y volvió á sus temores.—Si me muero, ¿cuántos días duraré? ¿Tres? ¿Una semana?... ¿Ha de doler mucho? ¡Qué raro! pienso en la muerte sin espanto...—Y de pronto sintió el miedo invencible:—sí, la temo ¿acaso no vale la vida? ¡No quiero morirme!—gritaba furiosamente con el pensamiento, para que lo oyera alguien, ¿quien? él mismo no lo sabía. Y volvía á contar las vigas sintiendo el sudor frío que le caía en los ojos: una, dos, tres...

—Levantadle un poco la cabeza—dijo Brevas.

Así pasó una hora. En la alcoba no se oía más que el quejido del enfermo y algún chisporroteo de la lamparilla. De cuando en cuando se levantaba Mercedes y daba á su padre la dósis de un medicamento. El enfermo volvía á caer en angustioso sopor y todo quedaba en silencio.

Era ya muy tarde cuando volvió el médico y como lo viera así, se retiró de puntillas.

—¡Silencio!—dijo poniéndose un dedo sobre los labios.

En esto comenzaron á oir un clamor prolongado que venía del corral y concluía en un quejido dulce, lloroso, de una profunda desesperación. Mercedes levantóse sobresaltada.

—¿Mi hermana?—No, porque súbitamente rasgó el aire otro maullido espantoso, apasionado, la nota clara y aguda de un animal que recorría las tapias, haciendo vibrar con el impetu de su celo la atmósfera húmeda de aquella madrugada de Otoño.

El herido empezó á removerse.—Ese gato dijo el Sacristán.—Que le lastima.—Y como el gato soltara otro clamor desesperado con inflexiones suplicantes de voz humana, á todos les entró frío y se miraron comunicándose el mismo recuerdo. ¡Así andaba maullando, loco de atar, el cura Coscales! Y á Larán larán le entró más miedo y buscó como pudo la mano amiga del cura y se la apretó poco á poco, con toda la fuerza que tenía, en un verdadero espasmo de muda sinceridad, con una angustia sin voz en que se le iba el alma.

—¡Se ha confesado!—dijo para sí el padre Baquero que tambien mentalmente le absolvía.

Y el demonio del gato seguía con su lamento cada vez más fuerte, cada vez más cerca... ¡Oh Dios, qué congojas, qué ahogos, qué gemidos en aquella obscura alcoba en que chisporroteaba la agónica lamparilla!



XI

Había dudas sobre si vendría: tres días llevaba en cama Larán-larán, y acaso la única persona que no había pisado aquellos umbrales, era Mariquita León. Verdad que hacía años que no los pisaba pero ¿las pasadas luchas y escarceos políticos habían de enconar hasta ese punto las heridas? ¿Su justificada preocupación por su chiquillo; no le dejaría de hueco el instante preciso para ir á casa del amigo nuevo, del conocido viejo, del vecino de siempre? Las dos hijas de Larán-larán, que estaban al frente de la estadística, sufrían lo indecible.

En vano desfilaba por su casa el mundo entero: cómo si no. Faltaba alguien.

Por fin, aquella noche, se agitaron al verla entrar, guapa, arrogante como siempre, aunque algo tristona. Hiciéronle los honores con muchas ceremonias y sonoros besos. Hubo lágrimas, sollozos, todo lo que traía consigo el relato de la desgracia declamado con extraña identidad una y otra vez, sin olvidar la nota trágicamente valerosa de Constantina allí presente á todas horas...

—¡Cómo ha de ser!... ¡Las cosas que ocurren! Cada casa es un mundo, hijas mías. Ya ven ustedes lo que á mí me pasa... el niño malito, cada vez peor el alma mía. Tengo aburrido al médico y no dejo á la Señora ni un minuto: y nada, á ojos vistos se va consumiendo como una lucecita falta de aceite.

—No me hable usted del médico. Si no fuera por él...

—¿Qué? ¿Don Jacinto?.., Hija, pues lo que es médico como ese, no lo vuelve á catar el pueblo.

—Sí, pero es otra cosa lo que digo. Mire usted si él lo sabe y si le roerá la conciencia, que apenas se separa de aquí. Parece que sueña con mi padre.

—Eso es lo que conviene; un médico que sueñe con los enfermos. La virgen del Alamo le dé acierto para todos. ¿Y Mercedes?

—Allá dentro. Ella no sale. Ahora la verá usted.

Y la acompañaron á la sala, y en ella la dejaron mientras salía Mercedes. Desde aquella pieza grande y sombría, oíase la respiración fatigosa del herido, que parecía un estertor.

—Aquí me tiene usted. ¡Ay, Mariquita de mi alma, cuánto sufrimos!

—¡Animo, Mercedes! Si usted no lo tiene, se pierde la casa. Hija mía, cuente usted conmigo para todo, para todo, ¿entiende usted?

—¡Cuánto le agradezco su visita! Mire usted, yo seré al revés de todo el mundo, pero cuando ustedes andaban en todo eso que yo no entiendo, vamos en lucha por esto y por lo otro, yo siempre pensaba en usted, y decía, pues á pesar de cuanto digan, yo creo y digo que Mariquita es muy buena, una santa, no tiene afán más que por su hijo.

—¡Cómo me gusta oirte decir eso! Sí, hija mía; para mí no hay más que una persona en el mundo: mi niño.

—Yo mi padre.

Y se abrazaron aquellas dos mujeres llorosas, que habían hablado en voz baja, en un cuchicheo íntimo, en aquel rincón obscuro al que llegaba siniestramente la respiración del herido. Mercedes conmovida por aquella manifestación de cariño en que Mariquita había concluído por tutearla como una madre, sintió el calor humano de la amistad rompiendo el hielo en que todos la dejaban.

—¡Ay, si mi padre se muere!... ¿qué podré esperar?

—Mucho. Aunque Dios no querrá eso... Y suavemente como quien va á rozar una llaga dolorosa, le habló del médico.

—¡No, no, no! Eso nunca... ¿Por qué? Apenas se daba cuenta. Sentía primero aquella hostilidad gro-

sera de su misma familia, con la que tendría que reñir escandalosamente. La idea del interés los movía á todos. Después, ella, ¿quién era para don Jacinto? La hija de Larán larán, la prima de Berrinches, el vástago enfermizo alimentado con la savia del crimen y la codicia... ¡Para él era el mundo!

—El te quiere.

Eso lo sabía. Pero ¿la querría siempre? ¿Soportaría la lucha de interés que habían de provocar los suyos? Le había visto una vez avergonzarse, huir de su casa á raiz de una de esas confesiones que sólo arranca el amor... ¿para qué unir sus suertes? ¿Para que esa vergüenza volviera más tarde? ¡Primero una puñalada más honda que la de Berrinches, en el mismo corazón, para concluir en un minuto!

—...¡Cedes!—clamó el enfermo.

—Voy papá.

—...¡Esto se acaba!...

—Ahí está Mariquita León. ¡Si supieras! Te quiere, te quiere papaito, nos quiere á todos.

—Que entre.

—Mariquita, venga usted, mi padre la llama...

—Hola; chis... no hay que hablar, ¡cómo ha de ser! á ponerse bueno.

—¡Ya vés... ya vés!

—¿Está usted contento? Todo el mundo ha venido: ¡hasta esta Mariquita que es más buena!

Larán-larán empezó á toser con unos golpes que lo sacudían desde los pies á la cabeza.

—¿Y á *ese*, lo encontraron?

—No, todavía no.

—¡Mejor! Y sintió como una tranquilidad que lo inundaba.—Ya sabes... ¡perdón!... Hay que perdonar... ¡ésta es la vida!

Mercedes rompió á llorar sin poder contenerse. Ese cambio, esa placidez caritativa que mostraba su padre, era un síntoma mortal... se acercaba el momento y comenzaba á despojarse, como quien se desnuda, de aquella dura corteza de odios y de intereses. Después, como recordando súbitamente algo que le afligía y que cada noche le traía su pena, dijo el herido con verdadero y angustioso temor:

—¡Y ese gato que no lo cogen! A ese sí... ¡que no lo oiga más!

—¡Delira!—dijo Mariquita León, pero Mercedes le dijo que no con la cabeza.

De pronto sintió Larán-Larán que le volvía una de esas crisis en que parecía acabarse. Un frío mortal lo iba invadiendo: tenía la boca pastosa y torpe mientras que algo se disolvía allá adentro... brillaban sus ojos con un esplendor turbio de vidrio cuajado.

—¡Ahora sí! ¡ahora sí!—quería decir con aquella mirada de espanto.

—Llama...

—¿Al médico?

—No.

—¿A ellas?

—Sí.

Mercedes llamó á sus hermanas que seguían relatando el lance con la fidelidad de dos fonógrafos.

—Padre os quiere ver... ¡está acabando!

Alzóse un clamoreo que se hundía la casa: ambas

empezaron á desmelenarse, y en su plañido decían todas esas cosas que al vulgar dolor se le ocurren. Mercedes, con una fuerza de alambre distendido las rechazaba impidiendo que fuesen á la alcoba.

—No, así no entraréis, ¿queréis matarlo?

En esto entró el P. Baquero:

—¿Qué es esto? Siempre será una exageración. ¿Vive? Pues á callar, y sinó á tomar el fresco en el corral que es ancho.

—Mi padre las quiere ver... y ya vé usted de qué manera están.

Por fin se apaciguaron un poco y entraron. Larán-larán las miró, quiso hablarles y... no podía. El P. Baquero, vió aquel gesto de moribundo, miró aquel velo aterciopelado que rodeaba los ojos y parte de la frente, el tinte azulado que caía de la nariz á los labios, y aquella ansiedad infinita del semblante en que asomaban los trágicos terrores de la última hora.

—¡Fuera todo el mundo! Este hombre va á confesarse.

Dominados por la gravedad del instante y la firmeza sacerdotal del P. Baquero, le dejaron solo con el moribundo. Mercedes que no comía ni dormía desde que hirieron á su padre temblaba como un azogado, hasta hacer crugir la silla. Había llegado el momento imponente de la separación definitiva... la daga de Berrinches, había cortado de un golpe feroz todos aquellos vínculos que atan una familia. ¿Por qué no morir ella también? ¿Qué le ofrecía el mundo?

Mariquita León mientras confortaba á Mercedes

pensaba también, influída por aquella solemnidad espantosa, en lo poco que la vida vale. ¡A qué luchar, á qué odiarse como si fuéramos eternos? Aquel hombre que ahora veía hecho una oveja, bajo la garra implacable de la muerte, lo había visto mil veces lleno de soberbia, acometiendo, imponiéndose al derecho, al interés justo, á la paz del pueblo. Oían la voz grave del P. Baquero, fortificando aquel alma que se iba, y algún sollozo, un leve hervor del pecho, seguido... En aquel instante entró el médico.

—No entre usted, se está confesando.

Pero, impaciente, alzó la cortina á punto que el P. Baquero hacía la señal de la cruz sobre la cabeza del agonizante.

Don Jacinto lo examinó, y con esa desolación de la ciencia impotente ante tantos misterios de la naturaleza, dijo al oído del cura:

—Corra usted... quizá no lo alcance.

No fué dicho cuando ya estaba el cura en la puerta de la calle. Entraron en la alcoba y allí permanecieron silenciosos, sobrecogidos. En pocos minutos habíase transformado el semblante de Larán-larán; costaba trabajo reconocerlo. Era el rápido trabajo de disolución; la última jornada que anda la muerte como un relámpago.

—¡Ay virgencita mía!—sollozaba Mercedes mirando el cuadro alumbrado por la lamparilla. Y le pedía un milagro ¿por qué no había de hacerlo? Ella podía... y al mismo tiempo le pedía otro milagro al médico. ¿Por qué no mandaba algo? A veces los médicos tienen inspiraciones súbitas, aciertos

en los postreros instantes. ¡Mientras el alma está en el cuerpo!...

Y don Jacinto recetó sin la menor esperanza, sabiendo que ya el herido no tomaría lo recetado, sólo por dejar caer esa gota de esperanza equivalente á otra de consuelo en aquellas almas afligidas. Y no queriendo asistir al desenlace de aquella tragedia en que moría un hombre, salióse de la alcoba y poco después de la casa.

En aquel momento los que rodeaban al moribundo oyeron un toque de campanas que los estremeció: dos campanadas graves y el clamoreo de una esquila que parecía un llanto de la torre. Apresuradamente arreglaron algo la alcoba convirtiendo en altar la mesa donde estaba la estampa de la virgen. Sacaron dos velas sin estrenar y las encendieron. A la luz de aquellos dos altos y delgados cirios, la alcoba comenzó á salir de las sombras. Veíase bien el lecho revuelto y en él la figura rígida, inmóvil, lanzando el ruído del estertor como un hervor del pecho. Aunque abría desmesuradamente los ojos, se conocía que no veía ya. Hablaba pero tampoco se entendía: eran migajas de palabras, sonidos dislocados, que salían amasados en aquellas humedades pegajosas que entorpecían la lengua. La casa estaba llena de gente: oíase el zumbido de aquella multitud que charlaba y rezaba.

No tardó en presentarse el P. Baquero, que venía dando trancadas por la calle. Apenas podían seguirle Brevas, el sacristán y los demás acompañantes. Los más amigos entraron con los faroles en la alcoba; los otros quedáronse en la sala. Todos se pusie

ron de rodillas; un silencio sepulcral se fué extendiendo... y cuando el P. Baquero con su voz robusta que dominaba el ruído del estertor, pronunciaba clara y solemnemente aquellas sacramentales palabras que son las últimas que suele oír el moribundo católico, un escalofrío sacudió al concurso de gente como el soplo de la muerte que pasaba... *Per istam sanctam Untionem et suam pïsimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quiquid peccasti per visum... auditum... odoratum... gustum... et tactum.*

Un clamor desesperado rasgó el viento allá hacia la parte del corral. En medio de aquel silencio de muerte vibraba más clara y más aguda la nota de aquel animal que recorría las tapias, estremeciendo con el ímpetu de su celo la atmósfera húmeda de aquella madrugada de otoño.

¿Lo oyó el moribundo? ¡Quién sabe! Abrió los ojos, se le hinchó el pecho, le tembló el labio de arriba... eso fué todo. No se oyó más el hervor ronco; no movió más los ojos que se quedaron abiertos, cuajados por el supremo espanto del último minuto.

Las luces de los faroles trazaron una danza lúgubre sobre el muro; los cirios chisporrotearon; una mariposa blanca comenzó á dar vueltas en torno del lamparín... Empezaron los llantos y los clamores: las rezanderas la emprendieron con las oraciones de difuntos dichas en alta voz como pregón fúnebre; la casa se hundía á gritos, llantos, rezos, exclamaciones y barullo, en tanto que calle abajo volvía el *Santo-óleo* á la iglesia en medio de un res-

plandor medroso, furtivo, de faroles que parecían empañados por las lágrimas. Antes de llegar á la plaza tuvo un grupo que detenerse para que la triste procesión pasara. Una pareja de guardias civiles á caballo, y un guarda de campo á pie con la escopeta al hombro, traían á un hombre amarrado por los codos y las manos esposadas. Al pasar el cura, los guardias presentaron el sable; el otro le derribó el sombrero al preso. Era Berrinches, cazado, cogido al fin, convicto y confeso, entregado al brazo inexorable de la justicia humana.

—¡Qué horror de mundo!—pensó el P. Baquero ante aquel grupo que sólo vió un instante.—Cuatro ochavos por medio y ahí queda un hombre tendido con el agujero en el pecho, dando cuenta de si en este momento y otro aquí, amarrado como una fiera, perdido para siempre.

Presto cundió la noticia. ¡Berrinches está en la cárcel! Las hijas del muerto escupieron el amargor de la venganza.

—¡Que lo maten... que lo ahorquen!

Mercedes lo supo á punto en que entregaba la ropa para amortajar á su padre. ¡Dios mío! Ella que sabía... ¡mejor que su padre no lo hubiera sabido! Tenían todos gran necesidad de perdón ¡todos! Y ella, por lo menos, perdonaba: creía obedecer á aquel muerto querido que había entregado el alma perdonando.

Era ya muy tarde cuando Mariquita León salió de la casa. No quiso que la acompañasen: tenía que pensar, que rumiar, como ella decía, aquel gran dolor ajeno que le recordaba dolores propios. Al lle-

gar, fuese desatinada, acometida de un gran temor á la camita del niño. Una mujer dormía con la cabeza apoyada en el barandal.

—¿Cómo está? ¿Ha despertado muchas veces?

Y luego, al ver aquella alcoba triste, la virgencita medio alumbrada por la lamparilla, aquel ambiente tan semejante al otro de donde salía, sintió una pena tan grande, que comenzó á sollozar; después cogió al niño, que se despertó asustado...

—¡Pobrecito mío! ¡Pobrecito mío!

Estaba en una de esas crisis sentimentales que hacían exclamar al P. Baquero:

—¿Pero tú, qué eres, Mariquita del diantre; una cacica ó una monja?

No era monja, no. Ella temía que Dios la quitase aquel hijo porque acaso fuera concebido en un impulso de interés... Cuando toda su familia le gritaba á coro, como una turba de mendigos hambrientos:

—¡Un hijo... si tuvieras un hijo! Que ella lo viese bueno y sano y maldito lo que se acordaría. Pero quitárselo, ¡ahora!

Y lo apretó de modo que parecía defenderlo. El chiquillo comenzó á llorar.

—¡Qué burra soy! tanto te quiero, tanto te aprieto... ea, á dormir, ¡mi alma!

Y lo acostó y lo arropó y le cogió la manecita, aquella manecita que estaba siempre ardiendo.

En el corral cantaban los gallos saludando al alba. Comenzó el tragin. Los pasos que daban con los zapatones de campo hundían la casa desde la cuadra al pajar.

—A ver, la llave del granero.

—Aquí está,—saltó Mariquita separándose de la cama del niño.

—Que se siembre toda la tierra de la cañada; que las yuntas principien por la de más arriba: los podadores á ver si acaban hoy el majuelo: es una vergüenza que estén ahí toda la semana; así ¡vengan bombas!

—Mi ama, no sa podío entrar por la vera de abajo...

—¡Nunca se puede! Creen que en esta casa faltan calzones... pues no faltan ¡los tengo yo! ¿Y el zagal? A que á mi hermano le da el sol en la cama... ¿Esas mujeres van á estar durmiendo todo el día? ¡Dios, qué casa esta!

Y á su voz de mando toda la casa ardía. Las campanas tocaron á misa; á poco empezaron á doblar. ¡Qué tristeza de vida! ¡Qué contrastes! Allí todo era soledad y muerte... aquí todo movimiento. ¿No era bueno aturdirse un poco, entregarse al afán diario, sin comer, sin dormir ni descansar, á trueque de que los mozos digan:

—¡Qué codiciosa es el ama! ¡Cómo mira por el ochavo!

Las campanas seguían doblando. Los que se levantaban y no sabían lo sucedido, decían:

—Eso es por Larán larán, estaba acabando.

Y Berrinches, encerrado en el calabozo, á solas con su conciencia, aporreado como una bestia que no ha comido en tres días, sentía entrar con el frío de la mañana aquellos dobles tristísimos en la prisión, y con ellos, como una gota de arrepentimien-

to que le ahondaba en el alma, en aquellos senos obscuros que nunca suavizó una lágrima.

Le importaba poco la justicia... para ella no tenía más que el orgullo del crimen y un gran desprecio que necesitaba escupir.

—Sí; lo hice. Porque me dió la gana, y en paz, ¿Que va jugao? ¿El pescuezo? Aquí está. ¿La cadena? Venga. No se me arrugan los hígados por eso.

Pero allá, en lo que nadie veía sentía un latido desesperado.

—Debí matarlo defendiéndose, dándole tiempo... ¡Si al menos le perdonara algún día aquella Mercedes que él quería como sangre de su sangre, y ahora más, que estaba sola!...

No sabía el triste que su misma víctima y Mercedes también, le habían perdonado.



XII

La trágica muerte de Larán larán influyó, como era de temer, en la reciente paz y concordia pactada entre los caciques. Quedaba la administración municipal acéfala y, á poco de echar las cuatro paletadas de tierra en aquella sepultura que el interés convertido en pasión y la pasión en rayo, habían abierto, ya se disputaban el cargo y sobre sus vestiduras echaban suertes.

El zorrón de Brevas fué á conferenciar con Mariquita. El primer teniente de alcalde no servía para el caso. Buen muchacho, eso sí, pero rudo y bravío como un chaparro, sin más luz que la del

día ni más letras que las diez que mal pintaba para poner un «José García» que rompía los corazones. Había que hacer algo y por eso venía á ponerse de acuerdo, para caminar honradamente con la ver dad... como caminaba siempre. Larán-larán tenía sus cosillas que no había para que revolver ahora que estaba muerto, pero él no. A todo el mundo le constaba. La formalidad política la llevaba hasta el punto de rigidez, porque ¿dónde no hay formalidad que podrá haber?

—Bueno: todo eso está bien. Pero, ¿qué le parece á usted que debe hacerse? Yo no tengo mi cabeza buena.

—Pues verás tú. Como á los elementos esos que dirige el Sacristán... un partido nuevo que va á re generarnos...

—Y del que usted ha plantado la estaca aquí... adelante.

—¿Lo ves? El día menos pensado me cuelgan el milagro de la sequía ó de la lluvia. Bastante hice para quitárselo de la cabeza, y él que no. Ya sabes que es de los que clavan el clavo del revés. Parece que tiene cartas de un personaje y hay probabilidades de que entren. Yo también tengo noticias de eso. Total: que por fas ó por nefas hay que dar entrada á esos elementos.

—Bueno ¿y qué?

—Ya puedes comprender que no me agradan tantos grupos y que el pueblo estaría mejor mandando tú y yo pongo por caso, ó tú solita; porque á mi edad nada de eso me enfría ni me calienta, pues para lo que uno ha de vivir, bastante tiene, sin an-

dar quitándose el sueño por el bien del vecino. Pero ya sabes; los compromisos ahogan... así, he creído lo mejor para ahora y para después, toda vez que las quisquillas se acabaron y pelillos á la mar, que hagamos con el Ayuntamiento lo que se suele hacer con las campanas cuando se cascan.

—Fundirlo.

—Eso mismo. A esa campana le falta ahora el badajo y además el saetazo de Berrinches la dejó cascada. Pues vamos nosotros, la cogemos, la fundimos, la echamos en el molde y sale que ni de plata. ¿Qué dices?

—Que ya estoy oyendo el repique... para usted.

—¡No, hija! Para todos. Para todo el mnndo. Aquí ne se quiere más que el pueblo viva; que no nos beban la sangre los gandules de por allá... sobre esto de la moralidad á raja tabla tengo mis ideas, que por lo antiguas son bien conocidas.

—Ya está la campana en el suelo. Mande usted.

—Todavía no. Falta lo principal. No te impacientes, querida.

—¿Impacientarme? Pues si estoy oyendo á usted con un gusto...

— Gracias, Mariquita. Siempre lo he dicho: ella es la que debía mandarnos, por discreta. Tendría el pueblo como tiene su casa.

—Ahora me toca á mí devolverle las gracias y si seguimos así, pienso que la campana van á tener que tocarla en el suelo, cascada ò conforme está.

—Siempre despuntaste un poco de graciosilla, y esto es miel sobre hojuelas. Vamos andando: lo pri-

mero es lo primero, ¿no te parece? Bien; pues lo primero es enviar al gobernador nnas cuantas dimisiones, unas ahora, otras luego, así, á la deshilada.. Allí está todo hablado: el gobernador las espera. Te digo esto para que veas que no es hablar por hablar; todas las cosas mías son formales. Tú, por ejemplo: ¿cuántos concejales tienes? ¿cuatro? ¿cinco? yo no lo sé fijamente: Pues aquí tienes otras tantas dimisiones que en diciéndoselo tú firman como en barbecho.

—Vengan. ¿Y qué más?

—¿Cuántos tengo yo? Ya ves; tampoco lo puedo decir á punto fijo porque esa gente anda de acá para allá en busca del sol que más calienta. Pues, lo mismo; dimisión y tente tieso. Y ya con estos huecos abiertos...

—Fundimos la campana.

—Y á nuestro gusto la ponemos badajo. Al Sacristán le damos un puesto, cualquier cosa, lo bastante para que figure y tenerle cogido: nosotros nos entendemos mejor; vengo y te digo: Mariquita, ¿cómo arreglamos esto? ¿Quieres el alcalde? ¿Hay alguna dificultad? Pues á echarlo á suertes. Nos jugamos el alcalde á cara ó cruz y verás cuanto se rie tu chiquillo. Los demás puestos, uno para tí, otro para mí, como quien pica del racimo... ¿que los quieres todos? Anda con ellos; para lo que yo he de vivir bastante he vivido. ¡Si no fuera porque hay que dar entrada á esos elementos!...

A Mariquita le entró una risa que la hacía dar saltos de nuca...

—Vaya, mujer, no es para tanto. Sosiégate. ¿Me has entendido bien?

—Desde que entró por ahí lo entendí todo.

—Me alegro. Así es que esos documentitos los empezaremos á enviar desde mañana.

—Esos documentitos no los enviará usted mañana... ni nunca. Ea, ya estoy seria. ¡Es el tema de siempre! Ustedes que no hay calzones aquí: yo, á que los hay y muy retebien puestos. Usted dice; ahora le doy paz á esa tonta con eso de los elementos ¡los elementos del Sacristán! Seguimos partiendo entre tres al parecer, entre dos en realidad y si hago que los suyos se vayan, no hay más que uno. ¿He calado bien?

—¡Chiquilla, chiquilla!... pero, ¿qué estás diciendo?

—De este modo y por arte de birlibirloque, porque sé más que la regencia,—seguiría usted pensando,—quito de en medio este estorbo ya que Berrinches fué tan bueno que me quitó el otro, que ya se subía á las barbas, y vuelta otra vez á ser lo que era; don José Miguel I emperador de Venusta y sus arrabales por la desgracia del uno y la tontería de los demás. ¡No, y no! Funda usted todas las campanas que se le antojen, ¡esta no!

—Si no supiera que á las mujeres se les amontona el juicio y echan ustedes por los vericuetos más estrambóticos, diría que en este momento tienes el tuyo del revés. ¡Miren por donde sale a bailar la moza! ¡Un plan tan claro, tan sencillo, tan conve-

niente para todos! Que no hay más que decir que sí, como Cristo nos enseña...

—Pues yo digo que no. Para que vea usted lo que son las cosas. El alcalde ese era de Larán-larán y usted cree que ahora es mío. Eso es lo que motiva el plan. Tan rudo es hoy como ayer, tan torpe ayer como hoy: entonces no hubo reparos, todos saltan ahora.

—Pero mujer, si es un leño.

—¿Quién habla de leños, ahora que viene el frío? —dijo el P. Baquero, que á la sazón entraba. Enterado de la conversación, metió su baza con no mucho gusto de Brevas.

—Como ustedes han puesto de moda esto de que los alcaldes no sean para el pueblo sino para la casa tal ó la casa cual, creo que Mariquita tiene razón. Que el pobre teniente, ahora capitán, es un zoquete y más áspero que un cerdo... bueno, pero es alcalde, él sabrá para quién. Y aquí quiero recordar un cuentecillo que leí hace mucho tiempo, quizá cuando estaba en el seminario. Era una noble viuda en buena edad, bastante rica y con todas las gracias que son apetecibles, mejorando lo que está presente, que también tiene un poco de todo eso.

—Vaya; hoy ha salido el sol con cara de requiebro.

—Esta tal viuda, en buena edad etc., al cabo de su viudez enamoróse de un zángano de baja condición, ignorantísimo, más pobre que las ratas, pero más joven que ella, con una salud que le rebosaba por los carrillos, y más fuerzas que un toro. La pa

rentela, que era toda hidalga, se alborotó sin más ni menos. ¡Oiga! ¿Con que te vas á casar con ese tuero? ¿No te da vergüenza? ¿No pudiste poner los ojos en hombre de condicion y linaje, despejado, de buenas partes y entendimiento?

—Cállense,—dijo la viuda,—que para lo que yo lo quiero sabe ese mozo más que Aristóteles.

Rieron el cuentecillo y no fué menester poner en claro la moraleja. Brevas volvió á insinuar el compromiso en que estaba con el gobernador y como nada alcanzase, se despidio con suaves y zalameras palabras aunque por dentro iba bramando.

—No hay nada perdido. ¿No quieres avenirte? Pues siga todo conforme está. El mal será para todos. Esto traerá una perturbación seria... Adiós, piénsalo; no es puñalada de pícaro.

—De esas nos libre Dios.

Cuando Brevas se fué soltó el P. Baquero una risotada de las suyas.

—¡Eso se llama venir por lana y salir trasquilado, amigo! Y habló de lo emperrado que estaba Juanito Sinsal, queriendo casarse con la mocetona aquella... ¡una mujer de un golpe! Sus ocho arrobas, un ruedo de caderas como una canasta de colar, otro ruedo de pechera en proporción y una cara morena y graciosa, con su bigotuelo que remataba el poco juicio que tenía el galán debajo del casco.

Pero si emperrado estaba el muchacho en pasar á nuevo estado, más lo estaba el padre en no darle un real de lo suyo... ¡Partir él! Primero lo harían tacos de escopeta. Aquel día le había hablado el mozo que no tenía otra esperanza sino en Mariqui-

ta. Si ella quisiera... él firmaba todo. Con esto del amor está el hombre para hacer un disparate; concluyó diciendo el P. Baquero.

—No doy más dinero. No sé donde tiene usted la memoria ni para qué le sirve. Cuando lastimada de su abandono le daba cuatro picos, una miseria, ¿qué decía la gente? que yo le explotaba. ¡Buen negocio! ¿Qué decía su padre? que yo le llevaba la guerra á casa. ¿Qué decía usted? que era echar leña al fuego y que eso no es de cristianos. Ahora les doy á todos la razón, echo un nudo á la bolsa y que Juanito despunte el vicio como pueda.

—Digo que el que entre contigo bien puede amarrarse los calzones. Para todo tienes salida. No vayas á creer que soy procurador de este negocio: hablóme el muchacho; está sin un real, derrotado de ropa y con el nuevo aguijón pensando disparates á todas horas. No tiene ánimos para irse á la curia; tratar con el padre, cosa imposible; en la bolsa tiene su alma y su vida.

—Pues lo mismo que á la bolsa quiere tener al pueblo. ¿Qué le pareció el golpe de hoy?

—De los suyos. Solo que ya van siendo viejas esas artimañas. Eso, antes.

—Ahora veo que en vida de Larán larán estábase más quieto. Le temía.

—No sabes la que hay armada en aquella casa. El reparto de la olla va á dar que hacer.

—¿Sí?

—Constantino se ha enderezado en los zancos y es que él manda allí. Ya han ido á Oblita para hacer el expediente ó lo que sea, á fin de partir cuan-

to antes. Entre el largazo y la novia han hecho inventario; no dejan ni un trapo de la cocina que no se apunte. ¡Una vergüenza! A Mercedes la tratan al puntapié; la llaman la médica y cuando les parece la registran temiendo que atrapase algo en las últimas horas.

—¡Criatura más tonta! Ella si que podía reirse del mundo. ¿No la quiere don Jacinto? ¿Pues á qué esas pamplinas?

—Aplícate el cuento. Donde se cae el burro se le dan los palos. De ese color tienen muchas un vestido. Parecéis mujeres hechas y derechas y á lo mejor saltáis con que si fué, con que si vino, ¡pamplinas y remilgos!

—Bueno, vamos andando P. Baquero, que usted no entiende de eso.

—¿Cómo que no? No falta más si no que tú me examines. Verdad que hay hombres que os dejan atrás. Ahí está el médico con sus escrúpulos monji les que empachan. El otro día me habló... porque á mí todo el mundo me habla de lo que no me interesa. Y estuve por decirle: pedazo de atún, ¿tú la quieres? ¿ella te quiere? ¿sois libres? ¿queréis casaros como Dios manda? pues vas allá y dices: á esta la paso por la iglesia, y *pax Cristi*. Que chillen, que digan, que se remonten por las nubes. Que dicen, «éste vino por el interés,» tú contestas, «no. que vengo por el capital.» ¡Cómo si fueran tales que por su linda cara vinieran príncipes al pueblo!

—Lo que yo siento es que se nos va, P. Baquero, se va huyendo de todo eso y más que nada de ese

poco ó mucho cariño que tiene á Mercedes. Hay que saber lo que es la gente criada por allá. A nosotros que vivimos aquí y todos nos conocemos no nos espantan cosas como esa de Larán-larán que esté en gloria. A otros sí. Una familia matándose por el interés... parientes en presidio, una historia que hay que tirar de ella como de una cadena que no se rompe.,. todo eso asusta á los que no viven aquí, respirando, y á pesar de todos los pesares queriendo á este pedazo de tierra con todos los quereres del mundo.

—Yo creí que estaba á gusto.

—Me lo dijo ayer: Mariquita, sino fuera por el niño, ya me habría marchado. Esperaré á curarlo si Dios me da acierto. Pienso lo mismo que Mercedes. ¡Yo entablar una lucha de insultos y groserías, y tener que ponerme colorado veinte veces en una hora! Y luego, ¿para qué? Para que Constantino no me deje en paz ni Berrinches tampoco. ¿Para que tengan derecho á pensar que vendí mi corazón, mi alma como quien dice, por un plato de lentejas... peor aún, por un plato de esa olla que es el baldón de una familia entera? Yo la quiero y por eso me voy. Hay *allá* una casita pobre; en cada ventana un rosal, en cada tiesto una enredadera. El jardín de los humildes. No tengo más que una hermana, casada con un hombre de bien... ¡si usted la viera! no sé qué resplandor sano da la pobreza, qué ráfaga de alegría mete en la casa donde corretean los chiquillos rubios como su madre, y buenos y sanos como el padre. Aquello me atrae, me llama...

—Es lo que yo digo: que hay hombres que se re montan como vosotras.

—Pues no sabe usted que cuando así me hablaba yo sentía una envidia atroz por aquella casita con rosales, por aquella pobreza limpia y alegre, y por esa mujer rubia que vé juguetear á sus hijos sanos. ¡Cualquiera es capaz de saber en dónde está lo bueno!

Y se quedó pensativa, mirando aquel corralón enorme con sus establos vacíos, sus pilas de leña llenitas de gorriones y los montones de estiércol en que escarbaba una turba de gallinas. El P. Baquero fuese para casa de Joselito Ridoro donde había cierto guiso de liebre con arroz. Las liebres de aquel país son justamete alabadas: saben á tomillo.

—Echalo, que ya está aquí el Padre,—gritó Joselito á su mujer. Y el papelón de arroz se quedó vacío sobre aquella cazuela célebre que también tenía sus leyendas de apuestas, festines y giras de campo.

—Milagro que no acudieras. Venteas más que los perros,—dijo el P. Baquero á Juanito Sinsal que se entraba por las puertas.

—¿Qué son? ¿liebres?

—Para tí, aunque fueran gatos. ¿Qué más te da? Siéntate y harás tercio.

—Por no desairar...

—¿A que si te apuran algo, dices que tu padre te engorda con lomo? ¡Bien se cuida!

—El sí. ¡Mal rayo!

—Mira, á dejarse de palabrotas, parte pan y arrímate el vaso. ¡Ajajá!

En esto vino Joselito con la cazuela humeando que era una bendición.

—Padre, ¿habló usted con esa?

—Sí. Pero á otra puerta. No suelta un céntimo.

—¡Ajo! ¿Y tengo yo que estar así hasta que mi padre reviente?

—Tú lo has dicho.

—Bueno. Ya sé lo que hacer.

—Alguna barbaridad. ¿Tienes más que aguantarte? Pídele á tu hermana.

—A esa, menos. ¿No la conoce usted? Setenta mil veces peor que el otro. No me puede ver porque se cree que saco... ¡un cuerno sacaré yo de aquella casa que volando la vea!

Las liebres estaban exquisitas, el arroz de rechupete. A media cazuela acordáronse de Currito. A ver, que lo llamen. ¡Pues si es verdad! Vino, ¿no había de venir? y con su guitarro debajo del brazo. A los postres que fueron de granadas y nueces, hablaron de todo. La cuestión política les preocupaba. Tratábase de averiguar si Brevas lograría refundir el Ayuntamiento, ó si este había de continuar tal como estaba, dominando ahora Mariquita León.

—Brevas es un reo de consideración,—dijo Currito,—y es el que llevará el gato al agua si se empeña.

Hubo sus dares y tomares y salieron á relucir todos los trapos sucios.

En tanto, por aquellos días España se quedaba en cueros. Todo el poder colonial se hundía entre

el estrépito de los banquetes de París. La Comisión enterradora lloraba el *champagne* oficial á lágrima viva... un viento manso de desolación venía del Pirineo trayendo desdenes compasivos de todo el mundo. Y todo aquel plan de despojo madurado durante medio siglo en secreto á voces que todo el mundo sabía menos nosotros, habíase consumado al fin, inexorablemente, con exactitud matemática, con la implacable frialdad de los números trazados por una ambición enorme.

¿Y á nosotros, qué? La cuestión es saber si Brevas seguiría mandando. El Sacristán había enviado cierto escrito á una asamblea de *elementos neutros* tronando y maldiciendo de la política y los políticos, El primero que firmó el escrito fué ¡naturalmente! Brevas.

Currito templó la guitarra y comenzó á rascar como si tuviera sarna. ¡Viva lo flamenco! ¡Olé lo bueno! y echó su copla al aire como quien avienta el sombrero en un instante de alegría... y siguió la zambra en el corral, debajo de la parra que goteaba cual si llorase tristezas ajenas en aquella serena tarde, bajo el cielo de un azul intenso y límpio que parecía extenderse como un manto de gloria sobre tantas desdichas y vergüenzas, alegremente sobrellevadas.



XIII

El infatigable Brevas andaba removiéndose entre el corral y la bodega, y ya entraba y salía con una jarra en la mano, hablando con alguien que estaba dentro: y como oyese llamar á la puerta gritó desde el corral:

—¡Miajitas!...

—¡Mande usted!—le respondió una voz que parecía salir de una tinaja ó tonel de aquellos.

—Abre, que están llamando...

Y salió un hombrezuelo medio gafo, andando á reculones y haciendo ruído con los zahones que le llegaban al pescuezo... ¡la zupia del mundo! como todos los que llevaba Brevas á trabajar.

Desde el sitio en que estaba, vió entrar al Sacristán con su facha de hombre de bien, un poco torcido de hombros.

—¡Buenas y santas!

—Adiós, hombre, ¿qué tripa te se ha roto?

—Quizá no lo sepas. ¿Vino ese?

—Ni sombra.

—¡Malo!

—Espérate. ¡Miajitas!

—Voy pallá.

—Llègate en un salto á casa del juez y le dices que venga, pero en seguida. Si no está, lo buscas, ¿eh?

Mientras el bien poco ágil emisario cumplía su encargo, Brevas y el Sacristán hablaron largamente de la operación que en la bodega hacían. El relleno de los toneles es cosa delicada, si se quiere asegurar el mosto y que llegue á la primavera sin novedad en su importante salud. La merma de la fermentación y el rezumo dejan un hueco arriba que es menester henchirlo de alcohol. Brevas lo ponía puro, pero el Sacristán manifestó que lo hacía mezclando mosto y alcohol. Se gasta menos. No era preciso darle otra razón á Brevas. ¡Qué bien se entendían en todo! Ambos gozaban con aquella sordidez en que vivían, en aquellas casas tan destartaladas y sucias, trabajando á puerta cerrada en los

corrales, al lado de la ciénaga, en que se revolcaba el cochino, espantando á los gorriones que venían á comer del grano que le echaban; en aquellas bodegas lúgubres con tapias de telparañas seculares y guardando el *gato* ¿quién sabe dónde? en el hueco de alguna pared maestra...

Brevas tenía una mujer que le hacía los pocos menesteres de la casa, y al concluir íbase á la suya. Pagábale dos ó tres pesetas al mes y las sobras de su comida. Era viuda con siete chiquillos, y á fe que si los angelitos no tuvieran otro con qué que las sobras esas, ya estarían en el cementerio. El Sacristán era un sibarita: tenía á la señá Matea á mesa y mantel y criando tocino con sus setenta años á cuestas.

Como siempre que se juntaban, hablaron de los hijos como quien habla de sus achaques. El Sacristancillo había hecho una de las suyas... era malo de nativitate, cada día más perverso. No se sabe para qué demonios hincó el morro en una tinajuela llena de borras de aceite, se le escurrió el cuerpo, y cataplúm, de cabeza en el fondo. Perneando como estaba volcó la tinaja, que se rompió al porrazo y los salpicones llegaron al techo. Y fuè lo peor, que huyendo de la azotaina pue el padre iba á darle, según prometían sus encarnizados ojos, el caballero se fué brincando y dejando la casa hecha un primor. ¡Lo menos media arroba se llevó consigo! decía el Sacristán; y menos mal que entre él y la señá Matea lamieran el suelo con aljofifas y recogieron el resto.

El de Brevas era otra cosa... bastante peor. Aho-

ra le había dado por casarse, ¿qué tal? y andaba hecho un lince á ver qué cogía. ¡Coger! El cielo con los manos. Cásate, le había dicho; busca para mantener á tu mujer y lo que venga. Y extremaba la vigilancia, comiéndose con los ojos á Miajitas, por ver si descubría algún indicio... ¡los que hurtan son tan dadivosos!

—¿De modo que Mariquita ya no arría nada?

—¡No me la nombres! Si por algo quiero que el lance salga bien es por hundirla, por asarla á contribuciones, por hacerla arder á denuncias, por derretirla de una vez, á ver si nos deja en paz esa buscarruídos de los calzones.

—Larán larán, Dios le haya perdonado, tenía sus cosas. No es oro lo que reluce. Tampoco le convenía que mandásemos solos y me hacía sus gatadas, llevando un ten con ten, que ahora te lo digo, me sabía á quina.

—¡Pobre!—dijo el Sacristán.—Más de una vez se lo dije ó quise decírselo. No acoses á Berrinches, déjale. Una hormiga es hormiga, y si la aprietas muerde. Pero él, que no. Se figuró que en el mundo hay que echarlo todo á barato, y así, le salió ella, ¡Bendito sea Dios, que todo lo que tengo lo he ganado con estas costillas y estos sudores, y no tengo ni quién me pida ni quién me amenace!

—Lo mismo digo. ¿Qué me dejó mi padre? Una miseria, y esa, ganada á pulso, amigo, que en mi casa no se comía. Engañábamos el estómago: los chiquillos, con palo dulce que en el campo cogíamos á manojos; los grandes con bacalao seco que llama al agua: pan, duro y negro, que raspaba el

cielo de la boca, y trabajo mucho y aprovechado. Ví morir á mis hermanos, hoy uno, mañana otro... caían reventados á la vera del surco, al pie del cañón como quien dice. ¿Médico? no entró por las puertas: nos aviábamos con cuatro purgas del campo y cuatro emplastos de ruda y beleños... ¡Iba yo á tirar, sabiendo cómo se gana! ¡Con sangre de mis venas!

—Y los hijos piden...

—¡Es muy bonito eso! A ver, padre, acabe usted de reventar, que nos hace falta. Y con sus manos limpias venir á disfrutar lo que otro ha sudado. ¡Vaya una justicia! ¡Qué bien dispuesto está el mundo!

En esto entró el juez seguido de Miajitas.

—Sigue tú rellenando hasta que llegues al rincón. Después me avisas.

—¿Qué pasa?—dijo el juez.

—Nada. Enterarnos de si ese mozo ha parecido á decir algo.

—No ha parecido. El juicio es á las ocho y ya era tiempo de que se hubiese descolgado con alguna razón.

—Lo que te dije,—manifestó el Sacristán.—Es un golpe en vago. Tengo un corazón que acierta siempre.

—¿A las ocho? Todavía es tiempo. Tú, como juez lo tanteas un poco; le dices que todo se arreglará si se viene á buenas, ¿entiendes? y te dejas caer con las demás cosas que pueden traerlo á mal traer: por lo pronto te la das de padrino; al final le hablas fuerte; ¡el bolsillo es muy cobarde, no creas!

—Veremos, veremos y veremos,—murmuró el Sacristán.

Tratábase de una demanda que el Sacristán había puesto contra el alcalde, ese que cerdeaba. Debíale unos cinco mil reales entre capital y réditos, pero allí dividían las deudas en porciones de á cincuenta duros para que el juez del pueblo fuera el único competente. Habían roto el fuego con el primer documento: era el cañonazo que abría la batalla. Y nada, el hombre no había venido á parlamentar: no tenía un cuarto y eso lo sabía todo el mundo.

¡Estaba tan bien combinado el asunto! El Sacristán estaba resguardado con la firma de Larán larán pero esa firma era un secreto para el deudor. Aquel buscóle el dinero, garantizó á sus espaldas y lo tenía así cogido, preso en las garras de la obligación. Para estas cosas ni Brevas ni Larán larán daban un cuarto. Lo más que hacían era buscar, recomendar, garantir en secreto... la política y el dinero no deben andar juntos. Para eso estaba el Sacristán, que no tenía que ver con nadie. Prestaba, cobraba, y en paz. El alcalde interino tenía razones para temer: había por medio sus cuatro ó cinco fanegas de sembradura y un par de mulos, y no acertaban á comprender cómo no había venido ya á hocicar ante Brevas, á ponerse á sus órdenes mediante un nuevo plazo en el asunto.

Y como el Sacristán dejase caer la sospecha de si por acaso Mariquita...

– ¡Quita allá! ¡Cinco mil reales! ¿Tú crees que la gente está loca?

—Pues nada; señores, yo lo apretare y esta no-

che queda todo resuelto—dijo el juez.—Esta noche vuelve usted á tener alcalde.

Antes de que se fuesen quiso Brevas darles una copa del bueno, del que bebían como mosquitos aquellos politicastros que acompañaban al candidato de los discursos.—¡Una calamidad el tal candidato! ¡Si supieran ustedes cómo se ríen de él.—¡Miajitas... Miajitas! nada, como si llamarán á un muerto. ¡Ese me la está dando! Y Brevas se fué para allá hecho un basilisco. Dicho y hecho; encontróse á Miajitas con la venencia terciada par de la boca como quien toca la flauta. El vino se le derramaba por la barba y le caía en el pecho: estaba más que á medios pelos y maldito si oía las voces.—¡Toma, cochino! ¡toma, ladrón! ¡Borachín, indecente!—Y le dió de porradas y con la cabeza afirmó las duelas.

—Mi amo... yo...

—Sí, yo... y beberemos tus babas. Vete, quítate de mis ojos.—Y de refilón se llevó dos cañazos.—Todos á caer en lo dulce, todos á robar. No hay de quien fiarse. A ese escuerzo lo tengo bien pagado, bien comido y bien mantenido, y en cuanto vuelvo la vista ya está atracándose, como si el vino no valiera, como si cayera de las tejas... ¡y se va á lo peor el nene!

Después vió el reguero que la mano temblona había dejado caer en el vientre del tonel, y ¡aquí fué Troya! Quiso ir por él, acogotarlo, sacarle el pellejo á túrdigas, si no lo sujetan.—No solo lo que bebe, sino lo que derrama. Ven acá, sapo estripado, te

acabaré de llenar.—El sapo habíase metido en el pajar, como en sagrado, y allí tumbado panza arriba con esa beatitud del borracho que tiene buen vino, despreciaba todas esas cosas que no son más que viento, humo, vanidad de vanidades. Después de filosofar un rato, fuese durmiendo y á cada ronquido temblaba el pajar. Un gato asustado saltó por encima y le rozó la cara con el rabo.

—No quiero más, ¡gracias compadre!

Y se volvió del otro lado, en el colmo de la felicidad.

Cuando ya anochecía, vino Juanito Sinsal dando porrazos.

—Hum...—dijo por vía de salutación gruñida.

—Hum...—le contestó su padre.

—Encendió el veloncillo, trasteó un poco...

—¿Dónde está eso?

—Búscalo.

—¡Por vida de!...

Y al cabo encontró lo que buscaba. Un poco de tocino fiambre y unos arenques más salados que los perros. Cuando acabó de engullir en cinco ó seis tragantadas, asomóse al corral y llamó á Miajitas.

—A otra puerta. ¿Sabes lo que ha hecho? Hartarse de vino. Aquí todo el mundo roba.

—Mucho que sí.

—¿Qué se han figurado? ¿Que esto es un campo sin puertas? ¿Qué no hay amo? Pues lo hay, y mientras el ojo baile no darán más que pellizcos, ¡pobretería!

—Bueno, ¡Los pellizcos que se den!... Y no hablo

más y me voy, porque el mejor día digo allá va y arde la casa.

Comenzó á encresparse.

—¡Qué uno ande así mientras que otros triunfan! ¡Dinero, ochavos cochinos! Le voy perdiendo el cariño á toa esa porquería. ¡Riqueza! Pa saber lo que vale no hay más que ver quienes son los ricos.

Y se fuè refunfuñando, dando un portazo que tembló la casa.

—Muy bien, despreciador de la riqueza... ¡No te dará en el pico! Por eso no tengo que andar haciendo centinela á ver qué buscas!

Y después de asegurarse de que todo quedaba en orden, guardándose un manojo de llaves en el bolsillo, fuese Brevas para casa del juez. Allí encontró al demandante departiendo con la jueza, una pobre mujer que tenía dos ruedas de patatas pegadas á las sienes, «porque el dolor se le metía en el sentío». Brevas era el amo de aquella casa. En un cuartucho con puerta al zaguán tenía la justicia sus estrados. Un quinqué con el tubo resquebrajado todo lleno de pegaduras de papel de goma, alumbraba al secretario en su faena. Pasó algún tiempo y el leño del alcalde no venía. Dieron las ocho.

—Ya no viene.

—¿No comparece?—dijo el juez.—Pues en rebeldía.

Entraron en el cuarto el Sacristán como demandante, un vecino redicho que le gustaban estas cosas, como asesor ó acompañante aunque el «actor» no necesitase de estos auxilios, y tres ó cuatro curiosos partidarios de Brevas. Cuando el Secretario

doblaba el papel, requería la pluma y comenzaba el acta, entró el demandado con su capa puesta y resollando como un toro.

—Vaya, leeremos la demanda puesto que el demandado comparece.

—Pa mí no tiene usted que leer ná...—Y encárándose con el Sacristán le preguntó á quemarropa:—¿Cuánto le debo á usted?

—Ahí está el documentito. Doscientas cuarenta y...

—Y las costas,—agregó el Secretario.

—No pregunto eso. ¿Cuánto le debo á usted por to?

—¿Todo lo que me adeudas entre unas cosas y otras?

—Eso.

—Espérate. Son... cuatro mil quinientos... cuatro mil setecientos.. Cinco mil cuarenta y tres.

—Bueno. Pues á cobrarse y al avío.—Y derramó sobre la mesa un taleguete de duros que sonaron como una carcajada de alegría. El juez miró hacia la puerta y vió la cara de Brevas, lívida.

—Aquí no admitimos eso,—dijo. –¿Está usted demandado por cincuenta duros? Pues á eso nos atenemos.

—Y yo digo,—contestó el alcalde, de mal temple,—que el que quiere pagar, paga adonde le coge, adonde quiere; aquí ó en la iglesia...

Y dió tan tremendo porrazo sobre la mesa, que bailó el tintero, bailaron los duros, derramóse la arenilla y la luz del quinqué salió por el tubo como el resplandor de un escopetazo.

—Tiene razón... en eso tiene razón: la razón no se le quita á nadie,—decía el Sacristán, que ya estaba apañando duros con cada ojo como una llama. Hecha la cuenta, embolsado el dinero, devueltos los ducumentos, satisfechas las costas á qué quieres boca, porque el secretaoio trincó la ocasión por el pelo, fuese el alcalde sonando las monedas restantes y subiéndose la capa que se le había ido resbalando.

—Señor juez, ya que no he hablado, quisiera hacer constar en el acta...—dijo el vecino redicho que no se iba conforme con el discurso en el cuerpo.

—Aquí no hay acta, ni juicio, ni hay que escribir una palabra. Se acabó. ¡Todo el mundo á la calle!

Cuando Brevas y el Sacristán salieron de allí, no se dijeron ni una palabra. Iban rumiando el suceso. A poco hicieron una paradilla, y el Sacristán, que apretaba el talego con la alegría del padre que vuelve á ver á un hijo, exclamó:

—¿Nô te lo dije? Mariquita. ¡Anda con ella!

—Pero se necesita haber perdido el juicio...

—Esa nos pone al parto. Que no te se olvide.

—¿Sí? pues ya lo veremos. En buenas manos está el pandero y tañendo me salieron los dientes. ¿Conque me compras alcaldes, doña buscavotos? Ya te lo dirán de misas.

—Opino que este ha sido un mal paso... según se mire. Tú tienes la culpa.

—En peores lances me he visto. ¿Te acuerdas cuando se vendió tío Curro por una yunta de bueyes en la víspera de la elección?

—Eso fué... espérate: cuando la Unión liberal. Entonces éramos pocos y se votaba.

—Por eso es ahora mejor. Somos muchos y no se vota. Bueno, y ¿qué pasó? que á los quince días vino tío Curro y con la yunta me labró la tierra en que ahora tengo el majuelo. Y si quiero, él también ara, ¡no había de arar!

—Ya veremos. ¿Ves aquel bulto? Tu hijo que habla con la novia. Dice que para tener mujer, por arrobas. Está atontado con tantas gorduras.

—Me voy por la calleja. Aquí te dejo. Se me revuelven las tripas viendo eso.

Los dos amigos se separaron, el uno sintiendo el calor de los duros en el costado izquierdo, confortando su corazón de sátiro viejo con aquel efluvio tibio y suave de la plata y pensando que es más hermosa la moneda que todo ese asco de papeles que suelta el gobierno... el otro, hosco, irritado, contrariado por aquella charranada que clamaba al cielo.

En cuanto el alcalde salió del juzgado, fuese á media rienda á casa de Mariquita León.

—¿Ya?—le pregúntó ésta.

—Hecho y uste mande.

—Nada, á trabajar; aquí se juega limpio, y cuando se le dice á uno te ayudo, se le ayuda de verdad, no metiéndolo en la boca del lobo para tenerlo amarrado. ¡Ni que los hombres fuesen monos!

—Me voy. ¿Y... el chiquillo? quisiera ná más que verlo.

—Entra.

Y aquel *leño* se acercó á la cama miró á la cria-

tura con el mismo respeto con que podría mirar al heredero de la corona, y al verlo tan endeblillo, tan chupado, él, que tenía tres como tres terneros, sintióse conmovido y le dió un beso brusco pero sanote como la fruta recia. Era de los que dicen que conciben y no paren... y en su limitadísimo horizonte intelectual había concebido que el pacto no se consagraba sin que el chiquillo, el Amo, interviniese como él podía intervenir, pasivamente, poniendo su frentecita sudorosa al beso sonoro del aliado.

La sonrisa que como ráfaga de ternura iluminó el semblante de Mariquita, signó el tratado.



XIV

Don Jacinto sentía una especie de fiebre carcelaria que le impulsaba á huir del pueblo. Sabía que jamás llegaría á entrar en aquel ambiente, á conformarse con la vida tal como allí iba discurriendo. Puede decirse que su estancia pendía de un cabello... del hilito de vida que quedaba al niño de Mariquita León. Por lo demás, nada le retenía ya en el pueblo. Aquel positivismo codicioso, aquel correr tras del ochavo con ansias de mendigos sedientos, aquella brutal indiferencia por todo lo que no fuera el *número uno*, la cruda egolatría de un pueblo de bestias que ni aún el látigo de la desgracia colectiva mueve, repugnábanle, á él, que tenía

ideal, que se había criado en otra atmósfera y guardaba el culto á las ideas como uno de los menesteres de la racionalidad. ¡En algo nos hemos de distinguir de las demás especies!

Y sin darse cuenta de ello, iba como despidiéndose, visitando lo mismo á los enfermos que á los sanos. Una tarde de aquellas entró en casa de los herederos de Larán larán. La verdad es que él mismo no sabía con qué propósito había ido allí. Constantino apenas le vió entrar dió un resoplido como una res, una *rejustrada*, como allí dicen, y salió de estampía. La novia le recibió, con mediana atención, y de pronto le plantó dos excusas como un par de banderillas.

—¡Qué habrá dicho usted de nosotros! Pero estamos partiendo... ¡usted no sabe! Con el primero que tenemos que cumplir es con don Jacinto. Eso hemos dicho todos... todos.

¡Qué vergüenza para el médico!

—Piensan que vengo á cobrar. No les pasa por el pensamiento que pueda yo venir á otra cosa. ¿Y á Mercedes, se le ocurriría lo mismo? No.

Estaba allí envuelta en su mantón negro, tiritando con fiebre. En sus ojos leía el médico una gran alegria mezclada con una gran contrariedad.

—Si no puede ser, ¡Dios mío, para qué vuelve!

Los dejaron solos en aquella galería que doraba el sol, como incendiando los cristales. Como estaba ya muy bajo, pintaba de color de rosa los bordes de unas nubes grises que estaban paradas en el aire. Y en el fondo calmoso de aquel silencio, pensaba el uno ¿cómo principiaré? y la otra, sé lo que va á

decirme... y por eso estoy temblando. Ahora sabía bien don Jacinto por qué había entrado allí. Lo que tenía que decir era muy sencillo; una sola pregunta:

—Mercedes, yo me voy. Espéranme allá en una casita humilde, etcétera, etcétera. ¿Quiere usted venir á ser el alma y la alegría de aquella casa? Sí, ó no, y en paz con todo el mundo.

¡Pero qué sencillez tan tremenda! ¡Qué de escollos en torno de una interrogación que ocasiona un estremecimiento de todas las fibras con que se quiere!

—¡Qué clima más hermoso! ¡Cualquiera diría que estamos en invierno! Sí, porque ya estamos en invierno. He cogido lirios en los vallados. Yo no sabía que había lirios en este tiempo, ni que las cunetas de la carretera se cubren de flores, de margaritas blancas...

—Aquí, siempre. Es lo único bueno que tenemos. El sol.

—No sé cómo hay quien padezca... Cuando leo que hay infelices que se mueren de frío ¡estos días, ¡con què ganas haría limosnas de sol, de éste, que calienta los huesos y hace á la sangre arder.

—Dicen que el sol sale para todos... pero no es verdad. ¿Qué dice usted?

—Al sol, como todos los bienes del mundo, hay quien lo bebe hasta por los poros, y hay quien sólo lo vé á través del hielo, de la soledad y la miseria. En el mundo hay dos castas, Mercedes.

—Verdad, verdad. La casta de los que ríen y la casta de los que lloran. Hace tiempo que lo sé.

Y con la mirada quería decir: «¡Yo soy de esa!» «Vaya,» pensaba el médico... «Que no sé cómo demonios he de ir derecho á la pregunta.» Y, arrancándose de golpe, dijo:

—A usted le convendría mucho salir de aquí... quitarse de esta casa llena de recuerdos. ¿No le agradaría á usted?

Y se quedó esperando la respuesta. Mercedes miraba al cielo, á las nubes grises que iban perdiendo el color rosáceo de sus bordes...

—El alma tiene sus enfermedades también; son las más graves. Hay un sol para el alma...

—Pero es como el otro. Sale para unos; para otros no. Ya lo dijo usted, en el mundo hay dos castas.

—Para eso, no. El sol del alma, lo que calienta y conforta por dentro, es para todos. Mire usted, mi hermana es pobre... pero *en lo demás* es riquísima. Tiene un marido que es el hombre más de bien que se conoce, y dos chiquillos rubios que parecen manzanas coronadas de espigas... pues para ella sale el sol y la inunda por dentro; afuera sale convertido en salud y en alegría. ¿No le agradaría á usted tener esas dos cosas... como mi hermana?

—Sí. ¡Ya lo creo! Pero, ¿cuándo podría yo tener esas dos cosas? ¡Salud y alegría! Nunca.

—Como usted quisiera...

—¡Querer, querer!... ¡Apenas es hondo esto! No sabe usted lo que yo daría algunas veces por ser como los pájaros, que tienden las alas y no hay mundo para ellos. ¿Para qué? Después de todo, siento una cosa que me amarra, que me clava aquí,

como acabará por clavarme en esta butaca. Algunas veces pienso si yo habré caído por equivocación en este huerto... ¿No ha visto usted cómo en un macizo de flores sale una col y en un campo de coles un rosal? ¿Quién dejó caer la semilla? ¿Quién se equivocó? ¡Vaya usted á saberlo! Yo seré la col... el caso es que á mí me tocó beber lo amargo, como dice el Padre Baquero: por mí pasan todas las penas que vienen enristradas unas con otras, sabe Dios desde cuando.

—Pero ese es un fatalismo absurdo. Usted se imagina que la luz no tiene más que dos colores: no, hija, tiene muchos. Usted no ha visto mas que un lado del mundo, el negro. Mercedes... dígamelo usted con seriedad, como se dicen las cosas que no se repiten nunca, como si yo fuera su... hermano: con la gravedad de lo que influye en la vida... ¿quiere usted ver el color blanco del mundo, el resplandor del alma? ¡Yo puedo hacerlo!

Y tras este «yo puedo hacerlo», en que un alma amorosa esparcía su voluntad con toda la fuerza del afecto humano, el médico esperó la respuesta decisiva, seguro de que Mercedes lo había comprendido y no era menester clarearse más. En aquel momento el rumor de mujeres que charlaban en la cocina alzóse más en risotadas bestiales. El comentario záfio de alguna noticia, algún cuento verde, acaso un accidente burlesco de la murmuración, ¡quién sabe! Pero Mercedes sintió como un latigazo despiadado... parecióle que esas risotadas eran las primeras explosiones de una lucha encarnizada y odiosa, en que el interés tomaría forma de insulto

el despecho, ropaje de grosería, la innoble ambición, tonos burlescos... y para eso no tenía valor. No. ¡Antes la muerte! Sacar á la plaza lo íntimo de su espíritu; arrastrar por las cocinas las delicadezas de su amor, hacer trizas su afecto, convertir en materia de donaires lo que para ella tendría que ser culto y religión y fuente sellada de goces tranquilos, ¿eso querían? Pues eso, nunca.

—No quiero ver más color que el que ví siempre. No saldré nunca de aquí... es decir, saldré cuando vaya con mi padre, que me está esperando.

—¿Esa es la decisiva?

—La decisiva. ¡No hay otra!

Y no quiso mirar al médico, porque temía que si le miraba, podría no ser tan decisiva la respuesta.

Hubo otro silencio un poco más largo. Mercedes con una rara persistencia miraba al girón de nubes que cambiaba de forma: seguía el risoteo de las mujeres en la cocina, y el médico parecía que había tragado algo muy doloroso que le impedía hablar. Por fin rompió allá como Dios quiso.

—Efectivamente, este es un clima muy hermoso. Sólo así se comprende que haya en la tierra lirios. ¡Qué buena es la tierra, y qué agradecida!

—Sí. Es lo único bueno que tenemos; el sol.

—Por eso digo, ¡qué agradecida es la tierra! ¿La besa el sol? Pues da flores. Eso no se puede remediar.

Y bastante conmovido, haciendo por aparecer sereno é indiferente, levantóse, tendió su mano un poco fría, que estrechó, que la rozó mejor dicho, con otra más fría la triste Mercedes, y no encon-

trando fórmula adecuada para una despedida eterna, que por lo mismo había de ser desgarradora.

—¡Adiós!—la dijo.

—¡Adiós, adiós!—le contestó Mercedes con la voz temblorosa... y así se despidieron dos almas que ya no debían encontrarse nunca.

. . . . . .

—Ya no tengo ese peso: se rompió el lazo. Después de todo, en la raíz de un berro se enreda un alma. No debía marchar sin aclarar este punto... Ya no puedo desear más que dos cosas, que vienen á ser una misma: paz y olvido. A trabajar, á saber, á tirarse de cabeza en el estudio, única cosa que emborracha decentemente al hombre... ¡fuera de aquí! ¡Arriba! ¡A buscar oxígeno!

El P. Baquero venía calle arriba hablando mano á mano con los podadores.

—Me alegro de encontrarle. Ya están esos ahí; lo esperan.

—¿Quiénes?

—Parece usted tonto. Los médicos. Los de la consulta.

—¡Ah! es verdad.

Ni se acordaba. Sintió un gran consuelo en tener que hablar y ocupar su espíritu en cosas cruelmente serias, en hacer que el médico acallara al hombre, con un gesto científico, seco, brutal. Mariquita León le había indicado:

—Una consulta... ¿qué le parece á usted?

—Sí. Corriendo.

Y sintióse aliviado de otra responsabilidad. ¡Cómo pesa ese misterioso vacío de la ciencia, ese an-

dar tanteando en las sombras! ¿No conoce uno la ley? Pues le piden que la tuerza, que la amolde, que la apañusque al caso.

—¿Por qué, por qué?—grita el enfermo.

—¿Por qué?

Y el médico tiene que pensar:

—¡Desgraciado! Si yo lo supiera... bastante hago si averiguo el cómo.

—¿De modo, que vinieron los compañeros?

—¿No le digo á usted? Flautilla el de Oblita y don Cesáreo. Mariquita no vive. Yo creo que la pobre la tiene tragada. Pero hay que hacer todo, todo.

—Voy para allá. Si usted quiere, véngase y me la entretiene. La consulta va á ser para ella una desesperación. Y luego, ¡hablamos tanto los médicos!

—¿Los médicos? Ahora habla mucho todo el mundo. Es la enfermedad del tiempo. ¿Cómo dijo usted que se llama? No me acuerdo... ah, sí. *Verborrea*. No está mal dicho.

Llegaron á casa de Mariquita. Allí esperaban los médicos. Empezó la consulta, y en tanto el P. Baquero distraía á la madre, que no quería separarse del niño.

—¿Tú ves esto? Pamplinas. No digo que cuatro ojos no vean más que dos... pero los cuatro no bastan para ver la verdad muchas veces. Hay que confiar en cosas más altas... en Dios. El, no necesita consultar, porque es el único que sabe lo que hace. Así, que nosotros punto en boca. Lo que nos parece malo puede ser bueno y viceversa, porque, ¿nosotros qué diantre sabemos?

—Bueno, sí. Estoy conforme. ¡Dios! Pues á Dios le pido. ¿Usted cree que Dios querrá quitarme este angelito? ¿Por qué había de quererlo?

—¿Ves tú? Ya comenzamos. «¿Por qué?» ¡Es mucho cuento. Si un cavador ó un podador de esos te dijera: «mi ama, ¿por qué manda usted que esto se haga así ó asao, qué le contestarías tú? Porque me da la gana.» ¿No es eso? Y ya ves que no tiene comparación.

—¡Qué ha de tenerla! Pero yo al qué le digo eso le pongo en la mano el jornal y lo dejo ir para su casa, y si tiene hijos los besa, y si tiene mujer le da el dinero como diciéndola: «Toma só tonta: ya ves que mis brazos sirven.» Y se comen el potaje á cucharadas de gloria.

—Que te remontas, que desbarras Mariquilla. ¡Si supieras qué amargas son esas cucharadas de potaje! Hazte cuenta que vivimos en un valle de lágrimas. Unos lloran porque tienen; otros porque no tienen. Al que se encarama, leña, y abajo de cabeza. Al que se agacha, más leña. ¡Qué mundo sería este, si no hubiera otro después! Y mira que allá no hay tío páseme usted el rio, ni más moneda que las obras.

Los dos médicos forasteros llamados á consulta tenían cada uno su método para estos casos. Flautilla el de Oblita, ya se sabe, era de los que jamás prescinden del exordio: «Conforme en un todo con el parecer del distinguido compañero que me ha precedido en el uso de la palabra...» Don Cesáreo por el contrario serviase de gestos más que de vo-

ces, procurando hacerlos con la mayor majestad posible. De haber sido músico se las hubiera com puesto á calderones.

Tardaron mucho en salir de la sala, y cuando lo hicieron, quedó todo en su punto. Había que seguir con lo mismo, salvo tal cual variación sin substancia en el régimen dietético.

—Pero, se salvará ¿no es esto?

—¡Oh! de eso tratamos, señora.

A los dos minutos estaba Flautilla en el casino delante del piano dispuesto á dar una conferencia. El temperamento helicense,—es sabido que Oblita era la antigua Hélice de los griegos,—se reveló aquella noche en la respetable persona del médico Flautilla, apodado así por su desmedida afición á silbar todo lo silbable. Habló de regeneración según un programa que las *clases neutras* de su pueblo habían estudiado; de un porvenir de pública tranquilidad que el país gozaría á la sombra protectora del susodicho programa...

—Y patatín, patatán; —agregaban coreando aquellos escépticos venustenses.

—Yo soy republicano pero templado, de los que quieren orden y paz y sosiego...

—Bien, eso no nos interesa. ¿Aprendió usted la jota de «Los falsificadores?»

—¡No la había de aprender! En cuanto se estrenó, á Madrid por ella.

—¡Venga de ahí!

Flautilla puso las manos en el teclado y jota va, jota viene, no quedó hueso sano al repertorio chico. Con ese pan artístico se nutría la generación que

capituló en Manila y en Santiago y firmó la paz de París.

Era ya tarde cuando don Cesáreo llegó al casino. Diéronle bromas sabiendo que andaba emperrado por cierta moza... ¡vamos allá, que todo se sabe! No le disgustaban tales indirectas, á él, que estaba en buena edad, tenía un abdómen majestuoso y un pelo reluciente que parecía untarlo de tocino. ¡Qué bien se peinaba! ¡y qué frente tan bombeada, tan tersa é inalterable tenía!

—Don Cesáreo,—díjole uno;—¿es verdad lo que cuentan de aquel que le acompañó á usted?...

—¿Cómo que si es verdad?—dijo otro.

—Chis... lo contaré,—saltó Flautilla, que se perecía por hacer de narrador.—Ustedes saben lo que es el condenado pueblo donde mi compañero ejerce. Cuestas por aquí, barrancos más allá, un pedazo de población abajo, otro pedazo arriba... Era en el mes de Julio, ¿qué visitita, eh? Estaba el compañero recién llegado y molestábale la perversa costumbre de llamar al médico cuando va por la calle. A lo mejor, cuando se retiraba de un barrio, salía una mujer de aquellos despeñaperros, ¡don Cesáreo, venga usted! A lo mejor, para nada. Total que el compañero dispuso no visitar más que á los que avisaran en forma, y no recibir los avisos mas que en su casa. Una de las mañanas más picantes, en que á las cuatro echaron á cantar las cigarras, iba el compañero sudando la gota gorda, con un solazo que le achicharraba las espaldas y entró en una

casa del barrio alto, allá junto al cementerio: al salir, un vecino de la casa contigua preguntóle:

—¿Don Cesáreo, va usted á su casa?

—Cuando acabe.

—Pues vamos allá, porque tengo que hablarle allí.

—Andando.

Y le acompañó por los demás barrios, de ceca en meca, ahora un cigarro, luego otro, hasta que dieron las diez y entró el médico en su casa. ¡Con qué gusto se quitó la ropa, mudóse de camisa, calzóse las zapatillas y pidió el almuerzo!

—Usted dirá, buen amigo.

—Pues nada; que tengo un chiquillo malo, bastante malo, y quiero que lo visite usted.

—¿Ahora?

—¡Pues y entonces!

—Por vida de... en fin, vamos allá. ¿En dónde vive usted?

—¡Qué gracia! ¿No me vió usted salir de casa?

—¿En el barrio?

—Mismamente.

—Grandísimo... bellaco, con que paso por su misma puerta y aguarda á decírmelo...?

—Pero como usted no recibe avisos mas que en su casa, á estilo de capital, á su casa vengo, y ya está usted avisao. Conque, vamos pa arriba, que es un paseíllo y el tiempo está fresco.

Rieron el relato de la novatada, hasta el punto de mosquearse don Cesáreo que todo lo tomaba en serio. Gracias que en aquel momento llegó don Jacinto y hubieron de variar el tema de conversa-

ción. Estuvo obsequioso con los compañeros: después de todo, sentía un alivio en adormecerse con toda aquella garrulería, en trasnochar un poco escuchando las jotas de Flautilla y mirando el pelo reluciente y la frente tersa de don Cesáreo, frente virgen, que no podía arrugar la contracción de un pensamiento y acaso de ningún dolor, que parecía una hermosa laguna tranquila siempre, que no la riza el viento ni la inquieta el ala de ningún pájaro.

Cuando á la puerta del casino despidióse de sus compañeros que tenían que marchar por la mañana, apenas amaneciese, siguió don Jacinto para su casa entre la niebla sucia que llenaba las calles. Cada farol parecía un globo hundido en una caldera de vapores. La humedad podía mascarse... sudadaban las piedras, sudaban las paredes, el aliento hendía la masa vaporosa como un chorro caliente y, como la niebla venía de allá abajo, del mar, tenía un sabor salado como de lágrimas que llorase el cielo, inundando la tierra de una tristeza silenciosa y amarga.

Y entre aquel incierto cáos en que todo se veía temblando, el médico creía oir sólo dos cosas que le saturaban de angustia el alma. La firme negativa de Mercedes y el quejido débil del niño de Mariquita León. ¡Los dos lazos rotos! ¡Los dos únicos rayos de sol, ahogados, apagados para siempre en aquel montón de nieblas saladas!



XV

UNA prima de la novia de Juanito Sinsal, casada con cierto labrador joven, robusto y en punto á agenciar y á cuidar de lo suyo agonioso como el que más, tuvo la satisfacción de ver en sus brazos el primer fruto de su matrimonio, venido al mundo á los nueve meses y tres días después de aquella ceremonia. Desde que entró en meses mayores quedó concertado que Juanito y su novia apadrinarían lo que viniese, con gran gusto de entrambos, que estaban agradecidos á la prima por ser favorecedora constante del noviazgo. Cuando llegó el punto y hora de cumplir esa obligación espiritual, esperaron á que el P. Baquero estuviese de

semana en la parroquia, según hacían casi todos los vecinos en este caso.

De qué ignorados filones extrajo Juanito la plata necesaria para el lustre de aquella solemnidad, fué para todos un misterio pero el caso es que allí no faltó de nada. Apenas obscureció salió la comitiva para la iglesia. Allí esperaba al catecúmeno una turba más que regular de caballeros cristianos de entre cinco á doce años de edad, que parecía una bandada de vencejos piando y llenando con su inquieto revuelo el porche de la iglesia.

Sentáronse las hembras en un largo escaño que había en la nave principal, y los hombres unos pasaron á la sacristía y otros se agruparon al pie de las columnas, en tanto que el sacristán se las entendía gentilmente, en la misma puerta, con aquellos caballeretes que trataban de forzar la entrada y de seguir su bulliciosa escaramuza en el templo.

La iglesia estaba casi á obscuras. Caía de las bóvedas como un viento frío que helaba las sienes: delante del sagrario se columpiaba una lámpara en que chisporroteaba una luz; otras dos lámparas hacían el papel de alumbrar las naves, y en el fondo, al lado del coro sombrío, tres cirios encendidos dejaban caer un resplandor mate, mortecino y muy triste sobre los bordes de una pila de mármol sucio. Parecía el templo más grande: los retablos se prolongaban con la sombra hasta la altura en que no se veía nada, y las imágenes, á las que un blando reflejo de carne pintada ó de oro viejísimo descubría, parecían cadáveres en pie, momias impasi

bles, conservadas en aquel ambiente frío en que se condensaba el incienso.

En el coro alto, á la luz de un cabo de vela veíase una masa negra, indeterminada y enorme, alargando sus tentáculos de sombras por los muros. Aquello resollaba, bufaba con una respiración espantosa pero regular y mecánica, como un mónstruo en plena salud, que llena los pulmones. Era lo único que parecía vivir en aquel recinto medroso que un aire de gruta henchía y enfriaba. Las mujeres no alzaban la voz, inconscientemente cohibidas por el imponente aspecto de la iglesia.

Al asomar por la puerta de la sacristía el reflejo de las luces que llevaran los acólitos, precediendo al P. Baquero, que traía puesto un roquete que de alba podría servir á los otros curas, levantáronse las mujeres y fueron á colocarse frente á la entrada, al pie de la pila del agua bendita. Diéronle á la madrina un rebujon de ropas blancas, entre las que el cachorro se rebullía. Desde el coro alto envuelto en sombras cayó como sonora catarata una marcha triunfal que lanzaba el órgano con todos sus registros de trompetería, estremeciendo aquella silenciosa quietud que olía á incienso y á cera. La turba de chiquillos dió el asalto definitivo, rebasó el cancel y desparramóse por el templo, colgándose á racimos de la verja de la capilla bautismal, de las cornisas y resaltes que la adornaban, y con un gorjeo de pájaros alegres saludaban al cristiano nuevo.

Hacia la capilla fueron el padrino y la madrina con el catecúmeno en brazos, pue iba haciendo gestos muy expresivos bajo el pico de la estola, sin

duda porque no fué muy de su gusto el puñado de *salis sapientiæ* que le echó el cura en la boca; y entre el órgano, los chiquillos, el barullo con que llenaban la capilla, las exclamaciones de las mujeres, no amedrentadas ya en aquel recinto iluminado, henchido hasta no caber un alfiler, y las bromas con que los hombres las animaban á no dejar de dar buenos cristianos al mundo, parecía que la iglesia se venía abajo y ni el cura y el acólito se entendían con palabras.

Graves y entonados aparecían los padrinos en lo alto teniendo al chico del todo asustado ya por aquel estruendo oído por primera vez: cuando le quitaron el gorro é inclinaron hacia la pila aquella cabecita de color de ladrillo, el neófito pataleó por instinto de conservaci4n, y cuando el P. Baquero vertió sobre él, lentamente, el contenido de un más que mediano cuenco plateado, el caballero se puso hecho una furia y lloró y moqueó, y á poco más le da la alfereeía.

—¡Tiene genio! ¡Tiene gènio!—decían los acompañantes.

—Como no te calles, te zambullo,—decíale también riendo el Padre Baquero, acabada ya la ceremonia.

En un abrir y cerrar de ojos quedóse otra vez la iglesia en silencío. Salieron las mujeres llevándose al mamón que iba inconsolable. Las chiquillos desaparecieron de otro vuelo: el órgano callóse con súbito mutismo de fuelles y trompetería: apagaron las velas y sólo quedaron en el templo, en el que no había más luces que en las lámparas, los que aguar-

daban al P. Baquero y las imágenes mudas, inmóviles, como cadáveres en pie conservados en aquellas sombras frías y olorosas.

Al aparecer el grupo en la puerta oyóse el alarido tradicional con que la turba infantil pedía el puñado de cuartos. Tiróselo el padrino, rociando de céntimos el paseo: la metralla llegó hasta el casino. Y como saliera Currito el conserje á curiosear, lo embargó el padrino con mucho regocijo de los acompañantes.

—Na, que eches pa lante. Guitarra no faltará ni vino tampoco.—Ea, pos vamos andando. Yo me llamo Juan queriendo.

Y entre el vocerío de los chiquillos, cada vez más exigentes, la curiosidad del vecindario, asombrado de aquel rumbo de Juanito, que iba echando dinero al aire como si su señor padre hubiese muerto, llegó la comitiva á la casa de la que había salido un *moro* y entraba un cristiano hecho y derecho.

Comenzó el refresco. Por allí andaba el secretario obsequiando á las hembras con dulces finos y copitas de detestable licor. Según le ocurría siempre, estaba ya repuntado, diciendo chicoleos y verdulerías, con su cara de simio y sus patillas que parecían pellejos de brevas. El padrino atendía á la concurrencia masculina repartiendo ruedas de morcón picante, salchichón con especias, huevas de atún saladas, cosas fuertes y llamativas para hacer boca. Los vasos no paraban en un ir y venir de cangilones, rociando de aquel vinillo áspero y agradable los estómagos invitados. Pronto sintióse allí el efecto placentero de la ráfaga caliente... aquel

grupo de gente labradora fué desatándose de su encogimiento, y en todas las caras, en todos los ojos brillaba como una llama de sangre la dulce alegria de vivir. Poco á poco acabó la separación de sexos que al principio impuso la rústica etiqueta: ellos iban allá llevando vino, y ellas venían trayendo dulces.

—Pero vaya usted viendo,—decía Currito,—la manera que tienen estas pajoleras mujeres de alabar á las criaturas recién nacidas. Entra una, coje al chiquillo y ¡ay, que hermoso; parece un becerro!

—Propio á su padre;—le contesta otra.—¡Qué mono! Es un borreguito... ni llora siquiera. ¡Cómo se parece á su padre. Dios le bendiga! ¡Ay, qué bracitos tan ricos! ¡Y no pesa, apenas! Buen ternerito está. Su padre, no hay más que verlo.

Y todo se vuelve que si becerro, que si borrego, que si ternerillo, y á todo sale el padre á recibir el topetazo de la carambola.

A la madrina le retemblaban las gorduras y con la satisfacción parecía más guapa. El suave bozo de su cara morena atraía las miradas del concurso masculino y los piropos llovían sobre ella. Juanito, amartelado y mareadillo, tenía los ojos como dos candiles. Aquella moza alta y arrogante que consumía mucho espacio, se lo llevaba de calle y así estaba él, que no daba pie con bola.

Cuando trajeron el guitarro y comenzó Currito á templar, hubo como una tregua. Cobraban fuerzas para acudir al baile. El P. Baquero estaba á sus anchas; esas gentes les gustaban á el, no las melindrosas que empalagaban con sus tonterías. Las

hembras le obsequiaban, le atarugaban de dulces y zalamerías.

—¡Bien os conozco, diablillas! Mucho cuidar al Padre, para que haya manga ancha ¿eh? Pues bien estrecha que la ha de tener. Ya os lo dirá cuando vayáis á desocupar el saco.

—Padre Baquero, vaya este dulce... yo soy la más mala.

—Y yo, ¿qué soy?—dijo una rubia que parecía un ángel.

—¿Tú? la más fea que he bautizado en mi vida. Luego te arreglaste un poco.

—¡Esa guitarra! Currito, que uno se murió templando,

—Ya está.

Y comenzó un rasgueo furioso que electrizó al concurso. El primero en sacar pareja fué el secretario; á la madrina nada menos. Pero ya no podía; así es que á las primeras zapatetas cayó de trasero y se quedó sentado hecho un odre entre la algazara de todo el mundo. Sin perder un solo compás le sustituyó Juanito y allí fué el piropear, el palmotear, el tirar de sombreros á los pies, con todo el acostumbrado trámite del entusiasmo popular en estos lances. Juanito se atontolinaba viendo aquellos meneos de su pareja: lo sacaba de quicio el ritmo endiablado de la carne moviéndose á compás, y la luz de aquellos ojos negros, luciendo en la cara que animaba el bozo como una leve sombra de tul.

Después bailaron otras parejas, en pelotón, llenando todas las habitaciones de la casa, que no era

muy grande. Hasta la madre de familia quiso dar un respingo, pero no lo consintieron.

—Mira tú, María líos,—díjole el P. Baquero.—¿Quieres que venga por tí, á cantarte un responso? ¡El demonio de las mujeres, y cómo se encalambrinan en cuanto que hay jolgorio!

Cuando mayor era el escándalo, llamaron á Juanito: alguien quería hablar con él en la calle. En la esquina vió un bulto y fuese para él.

—Hola, ¿qué hay?

—Na, que necesito que principie eso esta noche.

—¿Esta noche? ¿Mismamente?

—Mismamente. Esperaba una partía que no me trujeron. No tengo trigo pa echar mano: con que ya ves tú.

—Pero esta noche... ¡mía que esta noche!

—¿Ahora te echas patrás? ¿Después que has tomao el cónque?

—No, no. Descuida. Lo mismo me da una noche que otra.

—Mía que te espero.

—Espérame. En cuanto acabe voy pa casa.

Y el panadero, que había soltado los duros para el bautizo á cuenta del trigo que Juanito le fuese entregando, claro es, pagando á treinta lo que valía sesenta, fuese confiado en la palabra de su convecino. Juanito volvió al baile aunque mucho más fresco ya: la conversación había rebajado unos puntos del alboroto que Baco y Venus le produjeran. Siguió la zambra: el cura escabullóse como pudo, y cuando el grupo fué más íntimo, Currito echó mano á contar cuentos, que ardían en un candil y ha-

cían dar gritos á las hembras, las que tapándose la cara, reían de un modo que la nuca les daba saltos.

Por último despidiéronse, deseando felicidad al ilustre vástago que berreaba en la cuna pidiendo algo también. Salieron á la calle y respiraron con deleite el aire fresco que no olía á vino ni á sudores. Juanito acompañó á su novia y comadre que iba en medio del grupo dando envidia á las piedras que pisaba. Cuando se quedó solo, sintió encima el peso del compromiso. Aquel hombre esperaba: nada más justo. Gracias á él pudo portarse como una persona decente; ahora le tocaba cumplir la parte más espinosa del convenio. Pero, ¿por qué había de andar así, teniendo lo suyo, disponiendo según el derecho de su porción legítima, que no era despreciable? Por el egoísmo feroz de su padre, que creía haber hecho demasiado con traerlo al mundo. Y alzando los ojos al cielo azul en que brillaba un sin fin de estrellas, púsolas por testigos de aquella desgracia... y de aquel gran miedo que sentía cuando se trataba de menoscabar la hacienda por artes tan liberales.

Cuando llegó al cabo de la calle, vió luz que salía de una puerta. Allí volvió á temblar. El inflexible acreedor no dormía. Aquella luz parecía la de su mirada fija, inexorable, reclamando el pago de la obligación, de aquellos duros tan sonoros y relucientes, de los que no quedaba ni rastro. Y había de ser aquella misma noche... nada de plazos, ni treguas ni suspiros. Toda la diversión se le agriaba. Paso entre paso, como quien no desea llegar á un punto, haciendo la entretenida como el triste reo

que va para el patíbulo, iba Juanito acercándose á la luz. El mismo quedó sorprendido cuando la sintió en la cara.

—¡Eh! buenas noches. ¿A qué hora te acostarás tú?

—Lo menos á las dos.

El panadero atravesó la puerta, sabiendo ya á la hora en que había de estar en la calleja esperando lo que cayese de las tapias.

Todavía dió varias bordadas antes de arribar á su casa. Tenía un llavín, pero ¿abriría calladamente ó haría el acostumbrado estruendo? ¡Brevas tenía un oído! Abrió como siempre, cerró con estrépito y en seguida oyó removerse al centinela.

—¡Qué horitas!—murmuró, y al parecer volvió el viejo á dormirse. Fué á la cocina, despertó á Miajitas, abrió la puerta del corral, quitándole más trancas que palos tiene un pinar, y cuando entró simuló que las iba poniendo en su lugar y oficio. Cogió el velón y se encerró en su alcoba.

No se quitó más que las botas y se tumbó boca arriba en el camastro en que molía su juventud tan estéril y sin substancia. Allí con el pulso febril y los ojos muy abiertos, pensando en cosas amargas, dejó pasar minutos que el reloj de la iglesia iba contando y anunciaba las sumas con campanadas.

—¡Dios: esta casa es una inquisición! Hambre, miseria, bufios... ni ratas hay aquí. ¿De qué habían de mantenerse si las hubiera? El dinero parece que tiene miedo: hasta los cuartos cochinos echan solos á correr pa esconderse, y yo, que soy aquí uno de los amos, esto: un catre de hospital ó de cárcel; cua-

tro porquerías pa el condumio, y moneda anda ve y gánala... ¡que cuando la ganes, te la quito! ¡Ese hombre!

Con estos amargores se iba animando: él no quería que nadie, ni su propia conciencia le acusase. No era un ratero; era un amo que cogía lo suyo por la ventana cuando no podía por la puerta. Veníale de casta aquel gran respeto á la propiedad suya... no comprendía que se pudiera robar sino en los negocios; y eso no es robar, es ser más listo, más poderoso, más aventajado en el juego social en que unos pierden los ojos y otros ganan millones. La propiedad ¡qué cosa más santa! ¡Cómo había él de robar vulgarmente...! A poco más, santifica la defensa de los bienes, conque su padre lo traía mendigando.

En esto el reloj dió dos campanadas solemnes, que vibraron un poco en el ambiente húmedo. ¡Arriba! Ya no había remedio. El hombre que es hombre, tiene que cumplir su palabra... aunque la palabra le cueste un disgusto de los gordos.



XVI

Al echarse de la cama abajo todavía se entretuvo algo en quitar á la torcida del velón una porra encendida y mal oliente, que le dió motivo para conjeturar una próxima mudanza de tiempo. Descalzo conforme estaba, salió, previno con un gesto á Miajitas que se quedó de centinela avanza-

do y subió poco á poco, no haciendo más ruído que una rata, por la escalera del granero. Con un clavo tuerto hizo alguna maniobra en el candado, que abriéndose despidió la rosca y Juanito pudo entrar sin que lo sintiese la tierra.

No era muy grande aquel granero: caían del techo á modo de pabellones las telarañas; en los rincones habíase acumulado la suciedad de siglos y siglos y una capa densa de polvo lo cubría todo. En un rincón había una pala y un montón de sacos, tan recosidos, tupidos y viejos, que hasta las ratas parecían despreciarlos. El gran montón de blancal llenaba las tres partes de aquel polvoriento espacio.

Juanito dejó el veloncillo en el suelo, cogió un par de sacos de aquellos y puesto en el borde del montón de trigo, arrodillado, comenzó á raer con la mano, mansamente, sin hacer ruído y á henchir el costal de aquel grano dorado y limpio. Durante la faena paróse á escuchar una ó dos veces. Nada. El silencio de la madrugada adormecía aquella casa grande y triste, que la avaricia tapizaba con colgaduras de polvo y con pabellones de telarañas.

Una vez lleno el costal, atólo por la boca y haciendo un esfuerzo fué á ponerlo junto á la puerta. Tuvo que descansar para limpiarse el sudor que abundantemente le corría por las sienes. Engolfado de nuevo en su tarea se hallaba, cuando parecióle oir un leve rumor á sus espaldas. Sobresaltóse y sin dejar de mantener la boca del costal entreabierta, miró hacia allá. Casi en la misma puerta, detrás del veloncillo que apenas alumbraba vió una

sombra larga é imponente, que lo dejó como helado. Era Brevas, el mismo Brevas que acudía á defender su hacienda.

—Nada: concluye. Si es preciso yo te ayudaré.

Vibraba algo tremendo en aquella calma con que el viejo aparecía. Juanito se había quedado como quien ve visiones. No podía hablar ni pensar, le zumbaban los oídos y se le secaba la lengua. Al querer enderezarse, no pudo y se quedó en cuclillas, aplastado por aquella mirada que caía sobre él como una llama iracunda.

—¡Está bien! ¿A cómo te lo pagan, hijo mío?

Juanito sintió toda la amargura del reproche: sublevóse en él la sangre burguesa y la prudencia nativa del labrador que no gusta de tirar á la calle lo que recogió en el campo entre fatigas y sudores, y estuvo á punto de caer de bruces pidiendo perdón con fervorosos propósitos de enmienda. Aquella mansedumbre irritó más á su padre; fué como echar leña al fuego y así avanzó amenazando con el gesto, con la actitud, con la mirada, con todo su sér...

—Dime, ¿en dónde has aprendido el oficio? ¿Quién te lo enseñó? Ya eres maestro: sabes trabajar con la ganzúa, sabes robar bien y con arte. No te faltan más qne las últimas lecciones... esas que se aprenden en presidio.

—¿Yo?...

—¡Tú! Los ladrones no tienen otra casa.

—¡Eh, cuidado con lo que se dice!—gritó Juanito poniéndose en pie.

—¿Amenazas también? Verás el caso que yo hago.

Y animándose á la vista de aquellos dos costales, el uno lleno, el otro á medio llenar, avanzó hacia su hijo, gritándole:

—¡Ladrón, sí, ladrón!—y alzando el puño para darle en la cara.

—¡Eso sí que no!

Pero antes de que pudiera impedirlo, sintió la bofetada que parecía haberle arrancado una túrdiga de piel. No fué grito, fué un berrido como de animal herido traicioneramente el que lanzó Juanito, ciego ya de vergüenza y de ira.

—¡Ladrón no! Cojo lo mío, ¿sabe usted? Lo que usted me roba, ¿sabe usted? lo que ha debido darme y no me da porque es usted un avariento... ¿qué da usted á sus hijos? hambre, miseria, bofetás como esta que me está chorreando sangre por dentro y que paece que me va á ajogar.

—¡Cállate, bandido! He de quitarte del mundo...

Y como fuese á repetir el golpe, Juanito que tenía los ojos llenos de sangre y no estaba ya en su sano juicio, cogióle el brazo, torcióselo con una fuerza inverosímil, dobló á su padre como si fuera un alfeñique y cogiéndolo por el pescuezo empezó á zambullirlo al par que con un grito ronco decía:

—¿Quieres trigo? Toma, hártate... ¡yo quiero lo mío pa tiralo, pa jundilo, pa lo que me dé la real gana!

Y con la mano que parecía una tenaza, seguía hundiendo y sacando la cabeza en el montón de grano con un ritmo de convulsión en que al pare-

cer el paciente agonizaba. Dejóle al fin dando rebufos con la boca llena de trigo y la cara hinchada como un ahorcado: Juanito, vacilando cual si estuviera ebrio, bajó las escaleras, entró en la alcoba y se tumbó en la cama.

Arriba quedó Brevas inmóvil, tendido sobre el montón de blancal, en aquel granero en que caían sombras espesas del techo y en el suelo seguía ardiendo el veloncillo con una porra en la piquera, tan apestosa, que parecía que estaban quemando lana. Pasó algún tiempo y Miajitas que esperaba por momentos sentir encima toda la cólera del amo, tapábase con la ruín manta la cabeza.

—De esta sí que no me escapo... Bien puedes ir buscando donde meterte, Miajitas, porque del primer puntapie, Brevas te pone en lo alto de la torre.

Pero nada: el puntapie no venía ni el escándalo tampoco. Animado por esta tardanza inverosímil, Miajitas sacó la cabeza de la colcha y no oyendo ni el vuelo de un mosquito en toda la casa, echó el cuerpo fuera y púsose á escuchar al pie de la escalera. ¿Habría soñado? Con ese temor que siempre tenía, le parecía ver á Brevas en todas partes. Y subió á reculones, moviendo las ancas como un animal derrengado, cogió el veloncillo, lo despaviló y sólo al alzarse la luz como una almendra rojiza vió á Brevas tumbado allí sobre el montón de trigo, con la cara azulada y descompuesta y los ojos extraviados como un moribundo. Miajitas empezó á temblar y por poco el velón viene al suelo. Oyó que Brevas hablaba, pero no lo entendía: era un ladrido angustioso, apresurado, un batir de la lengua en

el aire que no tenía sentido. Para dominar su espanto tuvo Miajitas que hacer un grande esfuerzo. Quiso incorporar á su amo y no pudo. Brevas herido como por un rayo en la nuca, yacía con todo el lado derecho paralizado por la hemiplejia. El criado bajó, fué á la alcoba de Juanito.

—A tu padre le ha dao un aire; ven que no pueo solo.

Juanito parecía que tenía otro aire porque ni contestó siquiera. Volvió al granero y como Dios le dió á entender cargó con Brevas y medio á rastras lo llevó á su habitación y lo echó en su cama. Después, mientras descansaba de aquel inusitado y en él increíble esfuerzo, pensó qué es lo que convenía hacer allí. Por lo pronto se le ocurrió que no estaría de más avisar á la hija. La mujer es algo muy necesario en estos casos. Y allá se fué dejando todas las puertas abiertas.

Apenas la hija recibió la noticia saltó de un brinco.

—¿Quién queda allí?

—Juanito.

—¿Juanito? ¡Ay Dios mío de mi alma, lo que estará haciendo á estas horas!

Despertó al marido, lo sacudió, lo zamarreó hasta ponerlo de pie y más despejado que un lince. Cada minuto que tardaban en vestirse parecíale á la hija que su hermano lo ocupaba en buscar el *gato*. ¡Quizá ya lo tendría! ¡Acaso llegarían ellos tarde! Y con esta idea le daban unos ahogos que no atinaba. Su marido era de los que en el vestir no pierden ripio. Quería el pañuelo de seda, la faja buena,

el *marsellés* con las monedas de plata: en cuanto á ella se hubiera ido en pie y pierna con un pañuelo y unas chanclas por toda vestidura. ¿Quién sabe lo que aquel niño estará haciendo?

Por el camino cayó sobre Miajitas un chaparrón de preguntas. ¿Habla todavía? ¿Tiene las llaves? ¿A qué hora le dió el mal? ¿Conoce á la gente? ¿Juanito entró en la alcoba? Al entrar por las puertas empezó á dar chillidos á demostrar su dolor con tan fiero esfuerzo de pulmones que el barrio se estremecía. Tales fueron los extremos que Juanito saltó de la cama y el enfermo empezó á ladrar como si le entrasen saetas por los tímpanos

Lo primero de que procuró asegurarse es que las llaves estaban allí debajo del colchón y con gran valentía sacólas del nido. Abrió la cómoda, empezó á trastear en unos viejísimos baules forrados de piel de toro sin curtir; sacó ropa, una ropa que olía á humedad y estaba tan amarilla como el pellejo de las camuesas: mandó á Miajitas que avisara al médico en tanto que ella encendía las hornillas y su marido retorcía el pescuezo á una gallina para hacer los caldos. Una ráfaga de actividad femenina henchía ahora aquella solitaria casa de viudo avaro, y á todo esto nadie se cuidaba de preguntar cómo, por qué y dónde había estallado aquella súbita enfermedad que postraba á Brevas.

—No lo dejes; pégate á él como su sombra. Yo conozco á mi hermano y en un pestañear nos deja limpios.

Y cuando ella subió al granero y vió el destrozo, esto es, el saco de trigo lleno y el otro á medio lle-

nar, ¡allí fué Troya! No había quien le sacara de la cabeza que Juanito, aprovechando las circunstancias, había estado sacando trigo Dios sabe desde qué hora.

—¡Pillo! ¡Granuja! Lo que padre dice es la verdad. Allí... en el granero... ¡allí ha sido ella!

Imaginóse Juanito que su hermana sabía ya lo ocurrido en el granero y bajó la cabeza avergonzado. No fué menester más para que la otra confirmase sus sospechas.

—¿Lo confiesas, eh?

Y en torno suyo organizó una exquisita vigilancia. Vino el médico cuando ya amanecía; enteróse, reconoció, recetó, prescribió un régimen severo. A poco entró el Sacristán y como práctico en esos alifafes empezó á mandar: hagan esto, traigan lo otro, que se le aplique tal cosa... todo lo que él tenía como provechosos remedios contra los aires.

—¿Qué lado le ha cogido? ¿El derecho? el peor es el izquierdo.

Y alzaba su hombro torcido, como un testimonio fehaciente de la poca gravedad del mal.

Así que tocaron á misa y la gente fué enterándose, empezaron á llover visitas á racimos. Todas las comadres acudían con su receta. Las unas que almendras amargas; las otras que emplastos de ruda; esotras que emplastos de jara cerval... una farmacopea inédita tanto ó más extensa que lo oficinal. Gracias á enérgicos revulsivos pudo Brevas dar señales de vida y de alguna aparente lucidez. La mirada se le fué aclarando, pero aquel ladrido no

acertaba á cuajar la palabra. Supusieron que le había vuelto el juicio porque echó á su hija una mirada tan rencorosa, que parecía una maldición. Después al mirar los cajones abiertos, los baules con el vientre al aire, la ropa revuelta y las llaves al retortero, se le cayeron dos lágrimas que rodaron silenciosamente por su cara que parecía de palo. Una vez que Miajita entró en la alcoba para cierto menester del enfermo, miróle éste con una fuerza tal de odio, que tuvo que salir más que de prisa meneando las ancas y sonando los zahones. ¡Que se arrime el diablo! En cuanto que se ponga bueno, si se pone, ¡no va á ser patá ni ná!

Todo el día se lo pasaron así: visita va y visita viene. El yerno de Brevas estuvo catando los vinos con esa devoción respetuosa del inteligente. En la tarea ayudóle Miajitas como buen perito y allá se pusieron á medios pelos. Por la tarde eran dos seres felices que lo mismo se les daba por lo que iba que por lo que viniese. Una tranquila filosofía los inundaba y se guiñaban los ojos como diciéndose: ¿eh? ¡Esto sí que vale! Mañana se repetirá la función.

La hija parecía una gota de azogue. Contaba á todo el mundo cómo había tenido que traer desde los garbanzos hasta el carbón; allí no había nada. ¡Bendito sea Dios, lo que son las casas con hombres solos! Y desde la cocina iba á la alcoba, desde la alcoba al corral y apenas las mujeres que la servían dábanle abasto.

—¿Has dao con algo?—preguntóle su marido.

—Todavía no.

—¿Y ese?

—Tumbao á la larga. Sabe Dios como quedaría de acarrear trigo. Parece que echó los bofes.

—Bueno; ¡pues mucho ojo y mucho aquel!...

—¿A ver? ¡Lo que yo me figuraba! ¡Uff, qué peste á vino! Maldito sea...

—¿Yo? no faltaba más sino que...—contestó dando unas cuantas remecidas.

—Mira el condenao Miajitas como viene. Ese mosquito estripao... ¡que os huela el diantre!

Los dos se echaron á reir con una risa franca, noblota... les hacía mucha gracia aquella salida.

—¿Qué te parece, Miajitas, eh?

—Las cosas de las mujeres. Son toas lo mesmo. Yo, al vino.

—Echa pacá la limeta.

—Vaya, mi amo, á la salú del que pudre.

—¿Tú crees que ya pudre?

—Le que es singún el fato que á mí me dió...

Y otra vez soltaron el trapo, alegres, felices, encantados de aquella tranquilidad y aquella abundancia

Por la noche, cuando Juanito salió como á la desesperada, ayuno y huraño, empezó formalmente la requisa. No dejó la hija y heredera un tiesto que no moviera, palpara, viera y registrara. Dió otro asalto á los baules: pieza por pieza fué revuelto todo el menaje. ¡Nada! No parecía un sólo cuarto. ¿Lo tendría enterrado? ¿Pero en dónde? Impaciente ya y con una rabia interior que se la comía plantóse delante de Brevas.

—¿Sabe usted lo que busco? Dinero. Para usted,

para sus alimentos... para su salud... ¿Es que usted no lo tiene? Yo tampoco.

Y miró al enfermo. Una cruel expresión de ironía, de burla, animaba aquella cara. El *rictus* hemiplètico fingía una sonrisa implacable, como de triunfo, silenciosa.

—Qué, ¿se ríe usted?

Y le puso la luz en la cara. La boca levantada de un lado hasta poner la comisura en el carrillo, daba á su semblante aquella apariencia sarcástica con que parecía reir, en tanto que los ojos iracundos despedían chispas de un odio amordazado é impotente.

Observó hacia qué lado miraba con insistencia. ¿Estará ahí? ¿Será más allá? ¿Debajo de la cama tal vez? Tuvo que declararse vencida y esperar que la casualidad la revelase el misterio. La casa parecía un campamento, las hornillas ardían á todas horas y siempre había un par de gallinas en el ollón y otro par colgando, enfriándose, con la enjundia amarilla endurecida al viento. ¡Qué bien se comía! La puerta de la bodega abierta de par en par, convidaba á entrar y echar un trago de aquel delicioso mosto, al pie de los toneles. Por toda la casa extendíase un olor de testamentería que alegraba lo mismo que el mosto nuevo. Hacíanse la ilusión de que Brevas murió y estaba ya enterrado. Muerto y enterrado estaba mientras permaneciese así, mudo, paralítico, contemplando el saqueo, enclavado en el lecho con la mordaza puesta.

¿Qué pensaría aquel hombre? ¿Qué cosas se re-

volverían en aquellos sesos heridos por la chispa nérvea, que tuvo la crueldad de no matarlo?

Juanito, asaz disgustado por aquella invasión del domicilio, excusaba cuanto podía su presencia. Allá en el fondo, sentía como una leve gota de esperanza confortándolo también. ¡Al fin iba á ser libre, rico!... Y el amor le aguijaba haciéndole soñar con cosas dulces. Lo que había pasado era natural y corriente. El padre resistiéndose á entregar ni un grano; el hijo buscando el medio de substraerlo á la vigilancia paterna, y luego los accidentes forzosos de esta lucha tan noble, como que en ella entrambas partes tenían razón. Por último la muerte de Brevas como término natural de una vida llena de afanes, el traslado de una fortuna, el turno de herencia haciendo á la riqueza rodar por su órbita propia... ¡La ley del mundo, cumpliéndose serena y majestuosa!



XVII

Está visto que tendremos que mandar por caciques de fuera. Los nuestros se han acabado de un soplo.—decía el P. Baquero, comentando los últimos sucesos.

—¿No queda el sacristán? Pues con él hay bastante.

—Justo. Y si no echaremos mano á la nueva oto-

ñada: Constantino, Juanito y el chiquillo del sacristá, que es la res más mala que pare madre.

En esto llegaba don Jacinto.

—¿Cómo va aquello, P. Baquero?

—Lo mismo. Aunque yo creo que esa Mariquita tiene una salud que no la mata un toro. Allí está sin despegarse del chiquillo muerto... ha tenido tres ó cuatro arrechuchos de los suyos; no ha consentido que se le acerque nadie, y yo me he pasado las horas muertas, toda la madrugada, oyéndola disparatar. En cuanto el angelito se quedó cuajado, con los ojazos abiertos, mirando allá arriba, al sitio donde se le fué el alma, Mariquita se me quedó alelada, no comprendía, no quería comprender... y me preguntaba si su niño estaría dormido, si sería bueno despertarle, si le haría daño estar así, de espaldas con la boquita abierta... ¡figúrese usted mis apuros! Después ella sóla fué cayendo en el hoyo negro de su desgracia, y ¡aquí te quiero ver escopeta! Era la leona á la que roban el cachorro. Dios no puede tomarle en cuenta las cosas que dijo esa loca. Todo se me volvía desear que llorara; de buena gana la hubiese pegado, para eso, para que la cara se le mojase... Me daban miedo aquellos ojos secos que echaban fuego y relampagueaban...

—¿Y. lloró?

—Lloró. Después de los truenos, la lluvia. Esto la alivió mucho. Y, como usted sabe lo mismo que yo de qué pie cojea, no dejó de remontarse con sus cosas. Puso el chiquillo en la cama grande, en el mismo sitio en que estuvo el padre la noche en que murió, y allí, con la cabeza sobre el colchón y los

pies de la criatura en sus manos, estuvo llorando con una aflicción que conmovía á las piedras. ¡Si viera usted qué cosa más trisse ver aquellos piecitos mojados por las lágrimas, rigidos ya, y descoloridos! ¡Le digo á usted que pasé un rato!...

—¿Tuvo otras crisis?

—¡Digo! Como siempre, la tomó con la familia. Echó á toda la parentela á la calle. La voz de los hermanos heríala hasta el punto de ponerse á dar gritos. «¡Ellos, ellos!» decía mirando al niño: como si su gente lo hubiese asesinado. Yo creo que de esta hecha, Maríquita no vuelve á ser Mariquita. Gracias á la salud que Dios le ha dado, saldrá de este golpe. Pero ¿cómo saldrá?

—¡Pobre mujer! P. Baquero, ya sabrá usted que me voy... antes quisiera ver á Mariquita: pero ¡aquí de mi escrúpulo! al verme, va á sentir como una puñalada. ¿Es justo que aumente su dolor? ¿No sería mejor irme sin verla? ¡Y si viera usted cuánto sentiría irme así, sin estrechar la mano del mejor, del único *amigo* que tuve en este pueblo!

—No señor. Usted va y se despide: Yo la conozco. Ese dólor no puede ser tan hondo como el otro, el que lleva clavado en las entrañas. ¿Qué puede pasar? ¿Que llore? Mejor. ¿Que se conmueva, que se irrite? Mejor. Como es imposible aliviarla con distracciones, hay que buscarla dolores que la hagan vivir. Ninguno puede ser tan intenso como el que la aplasta. Déjeme usted á mí, que yo entiendo mucho de esto.

—Pues vamos andando. Cumpliré con ese deber

de amistad y luego... nada me queda por hacer. Esta noche al tren y ¡adiós Venusta!

—Y usted se imagina que con decir ¡adiós Venusta! deja atrás todo lo que es dolor, fealdad, bajeza... ¡ya, ya! Si alguna vez nos vemos, que será difícil, ya me contará usted.

—Padre; ¿entonces usted cree que el mundo es esto? Sería desesperante. ¿Qué esperanza habría para los hombres buenos?

—Una. La de allá arriba.

Y el P. Baquero, al señalar al cielo, lo hizo con una gravedad que en él pocas veces se había visto.

Hablaron de Brevas.

—Aquello es indecoroso. ¿Se acuerda usted de la casa de Larán larán, cuando las particiones? Peor, mil veces peor. La hija que es una arbolaria, no ha dejado ladrillo que no registre. Los dos hermanos anduvieron anoche á trastazo limpio, mientras que el yerno metido en la bodega con Miajitas, borracho perdido, dice: «¡Vengan bombas!» Y á todo esto Brevas, como usted sabe, con el hocico torcido, el lado del cuerpo seco y la lengua trabada, presenciando con cada ojo como una casa aquel saqueo, aquel destrozo de su hacienda. ¡Qué castigos manda Dios! No parece sino que alguna vez el infierno se impacienta y gana por la mano á la muerte.

—¡Y dice usted que en el mundo no hay otra cosa!

—Bueno: si usted lo toma por donde quema, no he dicho nada. Yo me entiendo. Y todo aquello por el cochino interés: ¡Bendito y alabado sea Dios, que

cuando me acuesto con una peseta en casa, me parece que se va á hundir el mundo! Lo primero que hago en cuanto amanece es gastarla, para que no me den tentaciones. No se puede servir á dos señores, diga usted que no. Una vez tuve yo cincuenta duros. La primera y la última, don Jacinto. Pues verá usted: yo quería quitarlos de casa, porque andaba preocupadillo. Diéronme sobre doscientos consejos: por último tomé el de un vecino que me decía: «arrímelos usted á cualquier negocio; que ganen. El dinero que no gana, se vuelve estiércol.» ¡Ea! que cogí mis cincuenta machos y se los arrimé á uno que negociaba en vinos. Va usted á ganar tanto; va usted á cojer cuanto, no había quien no me pronosticara. Yo, me acordaba alguna que otra vez, así como engolosinado... y hasta rezando las horas, se me venían los condenados cincuenta duros al pensamiento. Dió la casualidad que aquel año la uva se puso por las nubes y luego el mosto por los suelos. Total, que de una mano á otra, el demonio se llevó los cuartos. Todavía me acuerdo de la cara con que el negociante vino á darme cuenta, única cosa que el pobrecillo podía darme. Parecía morirse de ictericia; nunca he visto una tristeza semejante. Y á mí me dió tal gana de reir, que el hombre se me quedó espantado. No podía comprender aquella salida, y hasta se enfurruñó un poco, que al fin, él había perdido algo más que yo; sus tres ó cuatro mil pesetas. ¿Sabe usted de qué me reía yo? De mí mismo. De mí, que había empezado á engatusarme el negocio, y entonces víme tan ridículo, que no había en el mundo cosa que

más gracia me hiciera. ¡Buen cura hubiera yo hecho con unas cuantas talegas! ¡Tendrían que ver las horitas que yo rezase! Nada; ¡fuera esa peste!

Llegaron á casa de Mariquita León. Había mucha gente: Las mujeres habían llorado casi todas, y la que no podía, hacía sus pucheros. Cuchicheaban sin alzar la voz, comentando el suceso, no por esperado menos triste. Los hombres, allá en la galería, hablaban de las labores del campo con un tono reposado, casi solemne, acomodado á las circunstancias. Sabían que Mariquita no admitía á nadie, no quería que nadie le hablara. Sóla, en su solo cabo; velaba al cadáver de su hijo, que era el cadáver de todas sus ilusiones. Y como le parecía todo ruído una profanación, las mujeres de la casa siseaban cada tres minutos, siempre que el concurso femenino alzaba el gallo, dejándose llevar por una innata propensión al charloteo y al bullicio.

—Estos son extremos de rico...—había dicho un patriarca con su capa que le arrastraba y un cuello que le empujaba el sombrero hacia adelante.—Ningún pobre hace estas cosas porque se le muera su hijo. ¿Se murió? Santas pascuas. Angelitos al cielo, y tal día hizo un año.

Los demás asintieron á esa tranquila filosofía del viejo campesino.

El P. Baquero y don Jacinto, entraron sin pedir permiso. Mariquita estaba allí, con la cabeza sobre la cama y con los pies del niño entre sus manos. No hizo ningún movimiento.

—¿Duerme?—díjole el medico al cura.

—No,—contestó éste.

Pasó media hora, y como la oyeran respirar apresuradamente, como anunciándose una convulsión, el P. Baquero acercóse y la dijo pausadamente:

—Mariquita, oye, sé razonable. Aquí viene un amigo, al que acaso verás por última vez.

Mariquita volvió la cara, vió á don Jacinto y dió un tono tal de dureza á su mirada, que el médico bajó la cabeza lleno de pesadumbre. El P. Baquero parecía complacido: sabía que cuando llegaba al más alto grado de tensión, más pronto caía.

—Es una guitarra que yo entiendo,—decíase;—saliendo al paso de todos los desentonos. ¡Buena manera de recibir á la gente! Don Jacinto se va esta noche... él quería al niño. Ha hecho por él lo que Dios le ha permitido. Yo sé que llora... los hombres no son dioses.

Mariquita comenzó á llorar. Tendió la mano al médico.

—¡Sí que le quería! ¡Ahí tiene usted, don Jacinto! ¡Muerto! ¡Dios no me quiere... no me lleva con él!

Y los tres, confundidos en la misma pena, saturados del mismo dolor, permanecieron junto al cadáver de aquel niño, rígido ya, con la boquita abierta y los ojos cuajados, inmóvil, en el supremo descanso de la muerte,

Nada de esos consuelos de rúbrica, nada de esos tópicos de mogollón que salen hechos como de encargo del vulgar ó mentiroso sentimiento.—¿Quieres llorar? Llora. Disparata á tus anchas, hija mía. Todo lo qne ahora haces, está santificado. Si no hubiera dolor junto al cadáver de su hijo, es que no lo

habría en el mundo. La Virgen lloró sobre el cuerpo de Jesús...

En esto, una de las mujeres que allí mangoneaban, asomó la cara por la puerta y comenzó á hacer señas al cura. Este fué á ver qué ocurría.

—Nada: que es preciso ya ocuparse de algo. Está encargada la caja, de raso blanco... pero la mortaja hay que hacerla; no se va á enterrar el chiquillo *encoritatis*. Para eso es necesario que Mariquita disponga; en fin, que aquí, unos por otros y la casa sin barrer. ¿Usted me entiende?

—¡Ya lo creo que te entiendo! Pero mira, eso vas tú, y se lo dices. Y no te pongas cerca, por si acaso.

—¿Yo? El Señor me libre. Por eso he llamado á usted.

—¿Cuántos hijos has tenido?

—¿A qué viene esa pregunta? Siete y tres malos partos.

—¿Y cuántos te se han muerto?

—Cuatro: bien que lo sabe usted.

—Bueno; á que tú misma has preparado la mortajita, y en el velatorio hubo dulces y su migaja de aguardiente y se contaron cuentos de risa por la madrugada...

—¡Ya se ve sí! Aunque somos pobres, gracias á Dios hacemos las cosas como la gente.

—Bien; pues eso es lo que yo te quería decir; que tú no entiendes una palabra de estas cosas.

Y le dió con la puerta en los hocicos, dejando á la pobre mujer como quien vé visiones.

Difícil había sido para don Jacinto la entrada,

pero lo que es la salida... no sabía cómo apartarse, cómo dar el último adiós á Mariquita. Temía un nuevo desgarramiento del dolor, y al mismo tiempo sentía una anhelante necesidad de respirar libremente, de aturdirse ya con los preparativos de la marcha. Cuando más silenciosos estaban, oyeron un toconazo en la puerta, como si en ella dieran con un madero. El P. Baquero levantóse algo alarmado... ¡alguna imprudencia!

—A ver, ¡so bárbaro! mete ese chisme para allá dentro. ¿Quién te mandó que trajeras eso aquí? ¡Y no apretaba nada el zopenco para restregárnoslo por las mismas barbas!

Y empujaba á un zagalón que traía en la cabeza el ataúd forrado de raso blanco; después continuó:

—¡Estamos frescos! ¿Pero aquí no hay nadie que cuide de estas cosas? ¿Todo va á ser comer y hacer pucheros?

—Mírelo usted, don Jacinto,—decía Mariquita, sin apercibirse de aquellos escarceos;—parece que estoy viendo á su padre... en el mismo sitio. Para morir, puso las manitas como su padre, igual. ¡Dios mío!

Y con una fiereza dolorosa, besó mil veces aquella cara descompuesta, aquellas manos lívidas y frías, aquellos ojos entreabiertos que brillaban como si fueran de vidrio deslustrado.

—¡Se acabó, se acabó el mundo para mí! ¡No quiero nada, nada! No quería más que esto... ¡y me lo quitan!

—Mariquita... será difícil que nos volvamos á ver: si nos vemos, será muy tarde. Yo sé que usted co-

noce mi voluntad; cuanto hice por ahorrarle esta pena ¡Dios también lo sabe! Ahora, resignación, valentía, culto á ese angel... después de todo, la vida es corta, pronto nos reuniremos allá todos. Vea usted lo que dice el P. Baquero; aí hombre no le queda más que la esperanza de allá arriba... ¡ay si no le quedara eso!

Don Jacinto acercóse á la cama y dió un beso en la frente del niño, en aquella frente tan tersa y tan fría, que el cielo se le qnedó en los labios.

—¡Adiós, hijo mío!

Y sin poder contenerla, dejó el médico rodar una lágrima. Mariquita le apretó la mano con una fuerza inconcebible, mientras qne los sollozos la sacudían. No pudo hablar.

—P. Baquero, usted se queda aquí, ¿verdad?Pues adiós, ¡hasta qne Dios quiera!

Y le tendió la mano.

—No, ¡así nó!

Y abriendo sus brazos, que parecían dos ramas de un árbol gigantesco, estrechó al médico contra su corazón.

—¡Este quizás sea el abrazo último de dos hombres honrados; diga usted que sí!

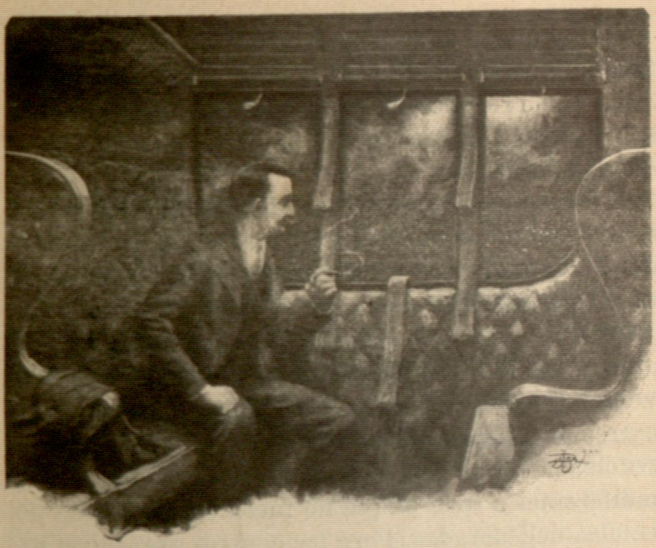
Y ya en la puerta, despidióle con los ojos un poco húmedos, diciéndole, para disimular la emoción:

—Usted es de los míos, don Jacinto, hasta más ver... y no se olvide de lo ridículo que es un hombre arrimando sus cincuenta duros á cualquier negocio.

Y se metió para dentro á reñir con las mujeres,

á poner orden en la casa, con un malhumor de todos los diablos.

—¡Vea usted lo que son las cosas!—pensaba.—Cerca de un año tratando al médico, y yo sin caer en la cuenta de que me hacía falta... de que era su honradez como el vaso de agua que nos ofrecen en el desierto, ¡Seremos brutos los hombres! ¡Dios lo ampare por el mundo! ¡Y pensar que estas beatas, que el diablo emplume, le roían los zancajos sobre si confesó ó no confesó!... ¡Bestias maliciosas, Dios ve los corazones! Así fueran todos como el suyo... Aquí, y fuera de aquí, digo y redigo que es un justo, un hombre de bien, y... y... ¡qué Dios le bendiga!



XVIII

Por la tarde tenía ya el médico arreglado su equipaje, que salió á lomos de un poderoso mulo camino de la estación. El médico sentía cierta angustia, una opresión dolorosa al despedirse de aquel terruño que por su propia voluntad abandonaba. Es que por todas partes vamos dejando algo nuestro, y toda disgregación duele... Las cosas se le aparecían bañadas en infinita melancolía, reflejando bien el estado de su propio ánimo.

Sucedíanse los recuerdos con gran viveza: todos sus dolores y sus goces, sus tedios é impaciencias alzábanse en aquella hora con cruda realidad dentro del alma.

—Hay que abandonar esto, hay que ir á la España que haya quedado viva, y formar en las filas de la juventud regeneradora... Esta es la España muerta, el sepulcro hediondo en que no se mueven más que los gusanos.

Y en su imaginación de hombre de bien que sólo ha visto el mundo á través de las ideas, pintábase don Jacinto el grande esfuerzo de la juventud para sacar al país de la ciénaga en que lo hundieron. ¿Acaso las naciones mueren así, por atrofia, por atonía, por la infección del virus vergonzoso que la voluntad no logra destruír? Ya había visto cómo los extremos estaban insensibles, como los pueblos se revolcaban en el estercolero de sus grandes vicios, indiferentes á todo lo que no fuera su falsa vida de células degeneradas. Pero los centros orgánicos seguirían funcionando: había que impulsar con fecundos movimientos el latido de la parte viva, aplicando el hierro y el fuego: esparcir profusa lluvia de ideas sobre este montón de hechos en descomposición que envenena el presente y lanza al porvenir su influjo morboso...

El médico sentía una gran fuerza interior que lo empujaba á esas honradas luchas de lo nuevo con lo viejo; creíase llamado á intervenir, sin muchas ambiciones personales, en ese esfuerzo de la juventud; opinaba que ni un solo átomo debiera quedar inactivo en interés de la patria si ésta había de salvarse de tan profundas crisis. Y con estos pensamientos se animaba, endulzando el dejo doloroso de su partida.

Ya se había puesto el sol cuando don Jacinto salió del pueblo, solo, como quien va á dar un paseo. La tierra empapada por las últimas lluvias hinchábase con el esfuerzo de los gérmenes. Cantaban las ranas en los charcos; de los pinares salía un olor de hongos que saturaba la perezosa neblina azul que envolvía mansamente aquellos campos en los que brillaba con lozano verdor la sementera. En lo alto de la cuesta detúvose el viajero y miró lentamente, como para llevarse en la retina la impresión fotográfica del paisaje. Venusta con su apretado y blanco caserío parecía un grumo espumario asentado entre tapices verdes. Entre aquella confusión de edificios su mirada buscó y encontró dos casas, altas las dos, ostentosas, pregonando un bienestar que no había por dentro. ¡Ay! En una, lloraba Mercedes el término de sus ilusiones muertas. En la otra lloraba Mariquita León sobre el cadáver de su hijo. En todas partes clavaba el dolor su garra.

Allá en la cumbre balaban las ovejas encerradas ya en el aprisco, con ese triste gemir del ganado cuando llega la noche. En medio de un sembrado, en la ladera, una vaca de pelaje azafranado se rascaba con la lengua los hijares, meneando la esquila con un son dulce y quejumbroso: brillaba entre la niebla la llama opulenta de la candela que calentaba á los pastores y caía de los altos pinos un rumor confuso, interminable, como un rezo de la naturaleza que tomaba por lengua al húmedo ramaje. ¡Qué paz, qué mansedumbre! ¡Qué ausencia de fatigas y dolores!

—Las luchas, la ansiedad, las enfermizas emociones,—pensaba el médico,—no pasan de los hombres. La naturaleza no se estremece ni se apresura; no conoce ni el interés ni el tiempo.

Siguió su camino por aquellos vericuetos que el olor de las hierbas perfumaba, y al cerrar la noche, una luz verdosa que parecía una estrella puesta en un palo, indicóle el sitio donde la estación estaba. Llegó á punto que encendían los faroles. El jefe alegróse tanto de ver á don Jacinto. Enfermo de aprensión hacía muchos años, deseaba estar en consulta permanente: había sido *rualista* empedernido, y á fuerza de *vomis* y dósis de aquella meloja medicinal se puso á la muerte. Resucitó el método de Raspail y en la estación nadie podía aguantar el olor de alcánfor que en todas partes dejaba. Ultimamente gastaba la paga en específicos, en todo cuanto leía que era bueno para esto, para lo otro, para esotro... él tenía todas las enfermedades conocidas y algunas que estaban por conocer.

En medio del mezquino andén cogió á don Jacinto, y antes de saludarle sacó un palmo de lengua, alumbrándose la cara con un farolillo.

—¿Qué le parece á usted eso? ¿Malo, verdad? Tengo unas grietas alarmantes. Ahora he dado en padecer del páncreas, sí, señor, ¡me dá unos saltos! ¡Y con el hígado echado á perder y el estómago como un zapato viejo! Estoy bien malo... no lo quieren creer; pero ya lo creerán, cuando me lleven al pueblo en una parihuela. Quieras que no, tuvo el médico que entrar en la habitación del jefe. Tenía

un estantillo lleno de libros de medicina, herencia de un tio suyo que murió loco de remate, diciendo que «había concebido» por obra y gracia de la voluntad y explicaba el método en una memoria inédita que el sobrino conservaba. Guardaba también unas láminas patológicas que ponían el estómago en pie; hígados hinchados, riñones lanceados por úlceras, vegigas empedradas...

—¿Quiere usted ponerse bueno? Queme usted todo eso; libros, estampas, específicos: esas son las enfermedades que le están matando.

—¡Pero, fíjese usted! No forme juicio así, tan á la ligera...

Y sacó otra vez el palmo de lengua. Gracias que en aquel momento el silbato del tren sacó al jefe de sus preocupaciones.

Ya está ahí el de las ocho y treinta.

Salieron al andén y oyeron el tragín de la máquina que subía renqueando las pendientes en curva.

Poco después asomó allá junto al disco la luz roja y llegaron á la estación unos bufidos de mónstruo cansado al que apalean. Entró el tren en agujas y se quedó parado delante de la Estación.

—¡Venusta, quince minutos!—gritaba un mozo con ese dejo cansado conque maquinalmente tenía que repetir un día y otro la misma canción.

Mientras la máquina tomaba agua, bajaron algunos viajeros, y entre ellos Flautilla, que venía á sustituir interinamente á don Jacinto. Abrazáronse con verdadera efusión: enteróse el de Oblita así por encima de los enfermos más graves que el com

pañero le dejaba, y al saber lo de Brevas, no pudo contenerse.

—¿Ya? ¿Cayó ya el viejo leproso?

Y no queriendo dejar pasar ocasión tan propicia, fué á decirles á unos cuantos de Oblita que llenaban de risas y humo de tabaco un departamento, cómo el zorro de Brevas, el usurero famoso que se había chupado medio término suyo, quedaba allá, con un lado del cuerpo seco, la lengua trabada y los ojos llenos de espanto, viendo como sus heredesos lo heredaban en vida y delante de sus hocicos se regalaban con el caudal.

Una especie de aplauso á la Providencia salió de aquel coche lleno de humo. ¡Al fin caían los peces gordos! ¡Ya era tiempo! También al Sacristán, al viejo verde le llegaría su turno... otro *aire*, y á caer patas arriba sobre el montón de usuras y porquerías. Y aquellos alegres hijos de la ciudad romántica, que traían encima la humedad de las nieblas del Ridoro y el hálito salado de la marisma, echaron un trago, felices, confortados por un enjambre de esperanzas locas, que les hacía soñar con una España nueva, heróica, imponiendo su hegemonía á las demás naciones.

Don Jacinto acomodóse en un compartimento tabique por medio de aquel en que iban los de Oblita. Colocó sus maletas y sus mantas como quiso, y cuando el tren salió andando, sintió con toda intensidad el amargor de las despedidas. Representósele al vivo, el tiempo que había pasado en aquel pueblo y se asombraba de no sentir la alegría que él

había imaginado en el preciso momento en que lo abandonaba. ¿Acaso habría sido asás intolerante? Todas las cosas que le repugnaban, ¿tendrían el grado de malicia que les venía atribuyendo? ¿Habría exagerado la nota justiciera en todos sus juicios? En el momento de partir, sentía una blanda y candorosa tolerancia, algo como la suave dulzura de la caridad, que roza las humanas flaquezas sin herirlas ni enconarlas.

El recuerdo de Mariquita León aumentábale aquella melancolía. Había visto vencida á la mujer fuerte que templaba su fortaleza en la sinceridad de su carácter. Era la hembra verdadera, no agarrotada por la ficción, sino con el alma transparente, en que la virtud es algo tan natural y espontáneo como las funciones orgánicas. ¡Todos padecían! Nadie hurtaba el espíritu ni el cuerpo á los dolores: todos tenían necesidad de compasión y de consuelos. Más que malvados, los hombres son ciegos, con una ceguera absoluta, casi irredimible.

Y con el ruido del tren, los silbidos de la máquina, y las canciones que á voz en grito iban entonando los de Oblita, don Jacinto parecía adormecerse perdiendo la noción del tiempo y la distancia. Estaba ya muy lejos de todo aquello. Minutos ó siglos es lo mismo... por eso las cosas perdían su crudeza vistas desde allí, sumadas en el recuerdo, amontonadas en el conjunto, juzgadas desde el interior de un tren á escape que va hendiendo la negrura de la noche.

Al salir de una trinchera, vió allá lejos, en frente del tren, las luces de Venusta. Brillaban como luceros pálidos en el fondo de la neblina azulada que envolvía todo el pueblo. Una atmósfera de paz y de quietud lo envolvía también, y visto desde aquella distancia, parecía difícil creer que dentro de aquella serenidad luminosa, de aquella impasibilidad de naturaleza física, se agitara el sórdido hormiguero humano con su carga de vicios y dolores.

Súbitamente borróse la silueta iluminada al entrar el tren en otra honda trinchera que sombreaban los pinos. El viento batido violentamente, se escapaba por los costados del convoy con un gruñido formidable: los de Oblita seguían entonando canciones en aquel coche lleno de humo, y de la locomotora salía un clamor vigoroso, prolongado, que hendía el espacio sin fin como un dardo sonoro.

Don Jacinto sintió un repentino alivio en sus tristezas. Quedaba atrás definitivamente la España muerta, y él corría con la fe de un cruzado hacia la España viva, esa que sentía latir entre aquellas negruras de la noche, entre aquellas nieblas llorosas que empañaban los cristales.

FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Casa Editorial Maucci

Mallorca, 226 y 228 — Barcelona

Apartado de Correos 189

Extracto del Catálogo General

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

L' Assommoir, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados	2 Ptas.
Naná, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados. . .	2 »
Los Misterios de Marsella, por Emilio Zola. .	1 »
Teresa Raquin, por Emilio Zola.	1 »
Lourdes, por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España.	4 »
Roma, por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición).	4 »
París, por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica	4 »
Fecundidad, por E milio Zola (tercera edición)..	4 »
Escenas de la vida de Bohemia, por E. Murger	1 »
España, por Edmundo de Amicis.	1 »

Horas de Recreo, por E. De Amicis. Un tomo ilustrado.. . . . . 1 Ptas

La Carrozza di Tutti. (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados 3 »

Rafael.-Graziella (2 novelas juntas), por Lamartine. . . . . 1 »

El Manuscrito de mi Madre, por íd.. . . . 1 »

¡Misterio!... por Hugo Conway.. . . . . 1 »

Un Secreto de Familia, por íd. (ilustrada).. . 1 »

Sin Madre, por íd. . . . . 1 »

El Secreto de la Nieve, por íd.. . . . . 1 »

Confusión, por íd. . . . . 1 »

Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand. . . . . 1 »

La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy 1 »

Amo y Criado, por íd.. . . . . 1 »

Resurrección, por íd. 2 tomos. . . . . 3 »

Imitaciones.—Los Cosacos, por íd. . . . . 1 »

La Esclavitud Moderna, por íd. . . . . 1 »

Noventa y tres, por V. Hugo 2 tomos ilustrados 2 »

Los Trabajadores del Mar, por íd., íd.. . . . 2 »

El Hombre que Ríe, por íd., íd.. . . . . 2 »

Nuestra Señora de París, por íd. (ilustrada) . 2 »

Han de Islandia ó El Hombre Fiera, por íd. Dos tomos ilustrados. . . . . 2 »

Sor Filomena, por E. J. de Goncourt. . . . 1 »

Fromont y Risler, obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet. . . . . 1 »

Tartarin de Tarascon, por íd. . . . . 1 »

Poquita Cosa, por íd. . . . . 1 »

El Nabab, por íd. 2 tomos. . . . . 2 »

Las Cartas de mi Molino, por A. Daudet. . . 1 Ptas
María (novela americana) por Jorge Isaacs. . 1 »
Vida de Jesús, por Ernesto Renan (ilustrada). 1 »
Dora, por Carlota M. Braemé, íd. . . . . 1 »
Azucena, por íd. . . . . 1 »
Una Lucha de Amor, por íd. . . . . 1 »
Corazón de Oro, por íd. . . . . 1 »
Su Único Pecado, por íd. . . . . 1 »
En su Mañana de Bodas, por íd. . . . . 1 »
Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa). . . . 1 »
La Señorita Giraud, mi mujer, por A. Belot. . 1 »
Los Compañeros del Silencio, por Paul Féval Dos tomos ilustrados. . . . . 2 »
La Sala Misteriosa, por Paul Féval. . . . . 1 »
El Posadero de Aldea, por E. de Concience. . 1 »
La Ciudad Negra, por Jorge Sand. . . . . 1 »
La Venus de Gordes, por A. Belot y E. Daudet 1 »
El Beso de una Muerta, por Carolina Invernizio. . . . . 1 »
La Venganza de una loca, por íd. . . . . 1 »
La Huérfana de la Judería, por íd . . . . 1 »
Pasiones y Delitos, por íd. . . . . 1 »
El Espectro del Pasado, por íd. . . . . 1 »
Los Amores de Marcelo, por íd. . . . . 1 »
El Crimen de la Condesa, por íd.. . . . . 1 »
El Resucitado, por íd.. . . . . 1 »
El Triunfo de la Muerte, por G. D'Annunzio. 2 tomos ilustrados. . . . . 3 »
El Placer, por íd. 2 tomos ilustrados. . . . . 3 »
El Fuego, por íd. 2 tomos. . . . . 3 »
Las Vírgenes de las Rocas, por íd. 1 tomo.. 1'50 »
El Inocente, por íd. 1 tomo. . . . . 1'50 »
Historia de un Muerto, por Francisco Calcagno, ilustrada con ocho láminas . . . . 1 »

¿Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz. Edición completa é ilustrada. 2 tomos. . . . 2 Ptas.
Más allá del Misterio, por íd. . . . . 1 »
Luchar en vano, por íd. . . . . 1 »
A Sangre y Fuego, por íd. 2 tomos. . . . . 2 »
¡Sigámosle! por íd . . . . . 1 »
El Jardín de los Suplicios, por Octavio Mirbeau. . . . . 1 »
La Señora de Bovary, por Gustavo Flaubert. 1 »
Salammbó, por íd. . . . . 1 »
Mariquita León, por José Nogales y Nogales. (Edición ilustrada). . . . . 1'50 »
El Ultimo Patriota, por íd. . . . . 1'50 »
La Muerte de los Dioses, por Dmitri Merejkowski. 2 tomos. . . . . 2 »

OBRAS DE PONSON DU TERRAIL

A UNA PESETA CADA TOMO

Los Dramas de París (5 tomos)

1.º La Herencia Misteriosa.
2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad.
3.º Club de los Explotadores.
4.º Turquesa la Pecadora.
5.º El conde de Artoff.

Hazañas de Rocambole (4 tomos)

1.º Carmen la Gitana.
2.º La Condesa de Artoff

3.º La Muerte del Salvaje.
4.º La Venganza de Bacará.

El Manuscrito del Dominó (4 tomos)

1.º Los Caballeros del Claro de Luna.
2.º La Vuelta del Presidiario.
3.º Testamento de Grano de Sal.
4.º Daniela.

La Resurección de Rocambole (5 tomos)

1.º El Presidio de Tolón.
2.º La Cárcel de Mujeres.
3.º La Posada Maldita.
4.º La Casa de Locos.
5.º ¡Redención!

La Ultima Palabra de Rocambole (7 tomos)

1.º La Taberna de la Sangre.
2.º Los Estranguladores.
3.º Historia de un Crimen.
4.º Los Millones de la Gitana.
5.º La Hermosa Jardinera.
6.º Un Drama en la India.
7.º Los Tesoros del Rajah.

Las Miserias de Londres (5 tomos)

1.º La Maestra de Párvulos.
2.º El Niño Perdido.
3.º La Jaula de los Pájaros.
4.º El Cementerio de los Ajusticiados.
5.º La Señorita Elena.

Las Demoliciones de París (2 tomos)

1.º Los Amores del Limosino.
2.º La Prisión de Rocambole.

La Cuerda del Ahorcado (2 tomos)

1.º El Loco de Bedlan.
2.º El Hombre Gris.

La Vuelta de Rocambole (4 tomos)

1.º El Compadre Vulcano.
2.º Una Sociedad Anónima.
3.º Los Amores de una Española.
4.º La Venganza de Rocambole.

Las Tragedias del Matrimonio (2 tomos)

Los Dramas Sangrientos (2 tomos)

La Juventud de Enrique IV (8 tomos)

1.º La Hermosa Platera.
2.º La Favorita del Rey de Navarra.
3.º Los Amores de la Bella Nancy.
4.º Los Juramentados.
5.º Enrique y Margarita.
6.º La Noche de San Bartolomé.
7.º La Reina de las Barricadas.
8.º El Regicida.

Aventuras de Enrique IV (2 tomos)

1.º Galaor el Hermoso.
2.º La Traición del Mariscal Birón.

El Herrero del Convento. . . . . 2 tom. 2 ptas.
Los Amores de Aurora. . . . . 2 » 2 »
La Justicia de los Gitanos. . . . . 2 » 2 »
Las Máscaras Rojas. . . . . 1 » 1 »
Clara de Azay *(2.ª parte de Las Máscaras Rojas)* 1 »
El Paje Flor de Mayo . . . . . 1 » 1 »

OBRAS VARIAS

Historia Negra, por el Capitán Verdades. Relato de los escándalos ocurridos en las ex Colonias españolas, durante las últimas guerras. Un tomo. . . . . 2 Ptas.

El Capitán Dreyfus. (Historia de un proceso célebre), por Eduardo de Bray y Ramón Sempau. Dos tomos con 67 fotograbados. . 2 »

Medicina de las Familias y Plantas Medicinales, por Pío Arias Carvajal, un tomo ilustrado con grabados representando las plantas medicinales más en uso. . . . . 2 »

Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar, 1 tomo rústica.. . . . . 1 »

Poesías Escogidas, de Juan de Dios Peza. Unica edición ilustrada, autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo de 350 páginas: en rústica 2 »
En tela. . . . . 3 »

Los Trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo de más de 400 páginas, impreso con tipos nuevos y elegantes. En rústica. . . . . 2 Ptas.
En tela. . . . . 3 »

Los Miserables, por Víctor Hugo, 2 tomos ilustrados con láminas al cromo, en rústica.. . 8 »
Encuadernados en tela y planchas doradas.. 12 »

El Conde de Montecristo, por Alejandro Dumas, 2 tom. ilustrados con láminas al cromo en rústica. . . . . 8 »
En tela y plancha dorada.. . . . . 12 »

Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes, 2 tomos ilustrados con láminas. . 2 »
En tela y plancha dorada.. . . . . 3 »

Las Mil y Una Noches, por Gallan, (Cuentos Arabes) 1 tomo ilustrado, en rústica. . . . 2'50
En tela y plancha dorada.. . . . . 3'75

El Cocinero Universal, 1 tomo cartoné.. . . 1 »

Libro de Cuentas Ajustadas, hechas sin necesidad de hacer números, 1 tomo rústica. . 1 »

Historia de doce Mujeres. Doce novelas ilustradas que forman un tomo encuadernado en tela y plancha dorada. . . . . 6 »

Obras de Manuel Acuña, con un prólogo de Juan de Dios Peza. Edición ilustrada. Un tomo de 300 páginas, en rústica. . . . . 2 »
En tela. . . . . 3 »

Crónica de la Guerra del Riff, 1 tomo con más de 500 grabados, rústica. . . . . 2 »

Crónica de la Guerra de Cuba y de Filipinas, Historia de nuestras guerras coloniales desde su principio en 1895 hasta 1898. Forma toda la obra 5 tomos ilustrados con más de 2000 grabados. Precio de cada tomo en rústica y cubierta al cromo. . . . . 4 ptas.
En tela y planchas alegóricas en oro y colores. . . . . 6 »

Predestinación, (Novela de costumbres americanas) 2 tomos encuadernados de gran lujo.. 10 »

Leyes de Indias, (Recopilación de las) 4 tomos en dos volúmenes, pasta española. . . . . 70 »

Cirujía, Medicina y Partos, por A. Corlieu, 1 tomo de 870 páginas ilustrado, rústica. . . 10 »

Algebra Briot, traducido por F. Presas, 1 tomo, rústica.. . . . . 2 »

Vida de los Papas, desde San Pedro hasta León XIII, 1 tomo, rústica. . . . . 1 »

Ultimo y Completo Alivio del Párroco, 5 tomos en tela.. . . . . 15 »

Las Heregías, (con aprobación Eclesiástica) 4 tomos, rústica.. . . . . 15 »
Tela. . . . . 15 »

El Hebreo de Verona, novela histórica, 2 tomos, láminas al cromo, encuadernados en tela 10 »

Hija, Esposa y Madre, por Alvaro Carrillo. Dos tomos con láminas al cromo.. . . . . 10 »

El Capitán Estruendo, por T. Gautier. Novela interesante é ilustrada con 40 láminas debidas al eminente artista Gustavo Doré, encuadernada en tela y planchas doradas; edición de lujo.. . . . . 10 »

La Esposa Infiel. Novela de costumbres, ilustrada al cromo; 2 tomos en tela . . . . . 10 ptas

La Primera Ilusión, 2 tomos en tela. . . . 10 »
Amar sin Esperanza, 2 íd. íd. íd. . . . . 10 »
Los Novios, (por Manzoni) 2 íd. íd. íd. . . . 10 »
El Paraíso del Amor, 2 íd. íd. íd. . . . . 10 »
La Tierra Santa, 2 tomos en tela. . . . . 10 »
Los Desgraciados, por Pérez Escrich. 2 tomos 10 »
Los Bandidos del Amor, 2 tomos de 972 páginas cada uno, en tela . . . . . 10 »
La Mascota, 2 tomos de 844 páginas cada uno: encuadernado en tela. . . . . 10 »

En Rústica á Pesetas

Juan de Dios, 2 íd. íd. íd.. . . . . 10 ptas

La Semilla del Bien, 2 íd. íd. íd. . . . . 10 »

Tratado Completo de Vinificación y Repostería, por L. Sala Casto. 1 tomo de 224 págs. 2 »

Mapa ilustrado de la isla de Cuba. Mide 1'10 metros por 0,80. . . . . 2 »

Mapa Ilustrado del Archipiélago Filipino, tirado en fondo azul, adornado con los retratos de los descubridores y fundador de las órdenes religiosas.. . . . . 0'50